MI VIDA
("CONFESIÓN", 1857)
Mijail Bakunin

PRÓLOGO

Miguel Bakunin fue el primer ruso revolucionario que levantó la bandera roja. No obstante, está hoy olvidado. En ello han influido su pleito con Marx y el desarrollo de la gran industria.

Bakunin fundó, con Carlos Marx, la Primera Internacional de los Trabajadores; pero, su desacuerdo con el autor del "Manifiesto Comunista" llegó a tales extremos, que éste prefirió matar la organización en la que el ruso había ganado una influencia poderosa. Cuando Bakunin fue expulsado, las Federaciones Nacionales de Bélgica, Holanda, España e Inglaterra se marcharon con él. Hoy día, la prédica libertaria, más política que económica, y marcadamente individualista de Bakunin, no ha podido resistir a la propaganda marxista sino en España y América Española. Los anarquistas no olvidarán jamás al insigne agitador.

El desarrollo de la gran industria creó en los trabajadores la conciencia de que ellos pueden ganar el poder como clase, y no ya para la burguesía liberal. Con eso se desarrollaron las tesis de "El Capital". Por otro lado, el trabajo colectivo de las grandes fábricas, atenuó y borró en muchos casos la protesta individualista base de la propaganda bakuninista. La voluntad de ser libre ha sido sustituida por la de cooperar en masa. "A la fase antiautoritaria del socialismo (Bakunin) ha sucedido el socialismo autoritario" (Lenin), dice un biógrafo de nuestro personaje. Nadie, en efecto, habría sido más resueltamente antifascista que Bakunin.

La vida de éste ha inspirado novelas de Dostoiewski y Turguenev, de Lucien Descaves y Maurice Donnay. Fue un tipo contradictorio y en perpetua agitación.

PRIMEROS AÑOS

Hijo de un noble y rico señor ruso, dueño de quinientos siervos y de una mujer emparentada con los Muraviev, uno de los cuales fue ahorcado por rebelde y otros tres condenados a

[*] Miguel Bakunin figura, en la nómina de los grandes revolucionarios de los tiempos modernos, como uno de los más conspicuos. Su personalidad y su acción se destacan con caracteres intransferibles. Es una individualidad en la más rotunda y plena acepción del vocablo. Precisamente el ser una individualidad tan descollante, contribuyó mucho a sembrar de asperezas su camino. Tuvo como par -y, luego antagonista- a otra gran personalidad, a Carlos Marx. El duelo de ambos en la Primera Internacional de los Trabajadores trajo como consecuencia la ruptura de ésta. Y aunque, más tarde, los marxistas lograron contexturar mejores cuadros y ejercitar mayor influencia, no se puede negar que el bakuninismo, convertido en anarquismo, desempeñó hasta hace pocos años un papel preponderante en muchos países, especialmente, en España e Italia. Preso muchas veces, perseguido siempre, insurrecto sin tregua, Bakunin pasó por los más amargos trances. Uno de ellos, sin duda, es el que inspiró las páginas de esta "Confesión", sobre la que en el preámbulo siguiente se dan indispensables luces. Documento humano y político de verdadera trascendencia, la "Confesión" de Bakunin, a la que hemos dado el título de "Mi vida" por ser una autobiografía completa del autor, merece estar entre las páginas más desgarradas y lucidas de la lucha social del siglo XIX. La presente es su primera edición en castellano. *Ercilla*, Santiago, Chile, 1940. Digitalización KCL.

trabajos forzados, en su juventud. Bakunin presenció el famoso levantamiento decabrista. Había nacido en 1814. En 1828 fue enviado a Petersburgo a la escuela de artillería. A los dieciocho años, Miguel Bakunin era oficial de esta arma. En cuanto pudo abandonó el cuartel y, con pasmo de su padre, se dedicó a la filosofía y a la ciencia.

Admirador de Kant, Fichte y Hegel, creía en la dialéctica de este último, como en un credo destinado a redimir el mundo y el espíritu. Para conocerla mejor, se dirigió, en 1840, a Alemania ayudado por sus amigos Herzen y Granowski.

Le sorprendió la oposición entre la burguesía y lo nobleza feudal, y se afilió al movimiento demócrata germano. Pero, como el gobierno ruso lo espirara, tuvo que salir de ahí y pasar a Zurich, en donde conoció al sastre comunista Weitling, que lo impresionó mucho. Cuando arrestaron a éste, hallaron entre sus papeles algunos de Bakunin, quien abandonó precipitadamente Suiza, y pasó a Bruselas y a París, donde vivió entre 1844 y 1848.

Entretanto, por la denuncia suiza, el Zar condenó a Bakunin, en 1843, a perder todos sus bienes y a ser deportado a Siberia.

En París, pobre, hambriento, arreció su devoción por las clases oprimidas, más sentimental que lógica, y fue contertulio y amigo de Luis Blanc, George Sand, Lamennais, Flocon, Considerant y acaso, Flora Tristan. Pero, su mayor afecto era para Proudhon, y alguno tuvo para Marx, entonces en esa ciudad.

LA LUCHA

En 1847 pronunció un discurso célebre en una reunión de polacos que conmemoraban el aniversario de su insurrección de 1831. El discurso titulado "La Rusia tal cual es" (Russland wie es wirklich ist) provocó el pedido del embajador ruso para que Bakunin fuera expulsado del territorio francés; al par, el mismo embajador lanzó la especie de que el revolucionario estaba a sueldo del Zar, lo que provocó grandes molestias en la vida de Bakunin. Engels mismo se hizo alguna vez eco de aquella imputación jamás probada.

Pasó a Bruselas. Trató levemente a Marx. Bakunin quería la liberación de los eslavos, primero, y de los oprimidos, después. Marx propugnaba la del proletariado, como clase directora.

Apenas estalló la revolución del 48, Bakunin se lanzó de nuevo a Francia, a participar en ella. Tuvo que hacer tres días a pie para llegar de la frontera belga a París.

Ahí empuñó su fusil y combatió en las trincheras con balas, y en las plazas con discursos: igualdad de salarios, igualdad absoluta, libertad de los eslavos, revolución permanente, ataque al despotismo, guerra sin cuartel hasta acabar con el enemigo.

Ayudado por el gobierno provisorio de Francia, se trasladó a Posnania para amagar a Rusia. Pero, la burguesía armada imponía su ley. En Breslau, los mismos polacos desconfiaron de él a causa de la calumnia del embajador ruso en París. No bien convocaron un congreso eslavo en Praga, voló a esta ciudad. El congreso era producto de sucesivos motines de estudiantes y guardias nacionales. El promotor del congreso fue el partido checo de Palacki. Bakunin defendió su idea de federación de pueblos eslavos y de ataque continuo a las autocracias rusa y austriaca.

Las fuerzas reaccionarias provocaron a los congresos y al pueblo. Combates en las calles. Bakunin estuvo en ellos activamente. Con la derrota, tuvo que huir a Breslau, en junio del 48.

La lucha de Bakunin alcanza contornos dramáticos. En medio de ella le persigue como una sombra fatídica la acusación de ser agente provocador al servicio del gobierno ruso, lanzada ¡por el propio gobierno ruso! Va a Berlín y trabaja con Marx y Stirner. Lo expulsan de Prusia, de Dresde y se refugia en Angalt, donde escribe su "Llamado a los eslavos", cuya consigna es destruir los Estados ruso, austriaco, turco y prusiano, y emprender una acción común de acuerdo con las fuerzas revolucionarias alemanas y magiares. Contra nobles, eclesiásticos y señores feudales de Bohemia. Por la destrucción de los castillos, la abolición de los tribunales, el desconocimiento de las hipotecas y deudas más allá de 1.000 gúldenes, la casación de los procesos de Estado. Dictadura en Praga, con un consejo de técnicos. Desplazamiento de la juventud revolucionaria en plan de propaganda y acción. Armamentos de los desocupados "rojos" y constitución de un ejército con ellos.

Los checos se asustaron del plan. Bakunin hubo de fugar a Sajonia. Los procesos de Praga acarrearon numerosas condenas.

En Sajonia, el rey había decretado, en 1849, la disolución del Parlamento. Se dijo que llegarían tropas prusianas, y se lanzó el pueblo en contra. Bakunin se ofreció a los insurrectos sajones y empezó a trabajar con ellos. Derrotados, se retiraron hacia Bohemia mil ochocientos hombres armados. Pero vino el desbande. Mientras Bakunin, agotado, descansaba en Chemnitz, los burgueses de la ciudad lo apresaron y lo entregaron al comandante de un batallón prusiano. ¡El gobierno ruso había estado ofreciendo 10.000 rublos por la captura de su "agente provocador"!...

"LA CONFESIÓN"

El Zar despachó un piquete de tropas y un oficial para que le trajeran encadenado al revolucionario, "su agente"… Pero, había trámites que llenar. Lo encarcelaron en Dresde, cargado de grillos. Después, a la fortaleza de Königstein. El 14 de abril de 1850, Bakunin era condenado a muerte. Pero le conmutaron la pena por prisión perpetua y lo entregaron a Austria.

En medio de numerosos coraceros fue conducido a Praga. Pero, como se dijera que los checos intentaban libertarlo, lo llevaron a Olmutz. Encadenado contra la pared, en su calabozo, el insurgente quiso suicidarse tragando fósforos.

El 15 de mayo de 1851, los austriacos lo condenaron a la horca. Pero, otra vez fue conmutada la pena por prisión de por vida. Semanas después, a medianoche, era trasladado al otro lado de la frontera, transferido al Zar Nicolás I: Un carruaje con las cortinas corridas lo condujo, siempre, con ellos, a la fortaleza de Pedro y Pablo.

Tres años estuvo ahí. Otros tres -1854 a 1857- en Schlüsselburgo. Pero, mucho antes, el coronel Orloff lo fue a ver de parte del Zar, transmitiéndole el encargo de éste: "Dile que me escriba como un hijo espiritual escribiera a su padre espiritual". Bakunin reflexionó y decidió hacerlo. El texto de ese escrito es la **Confesión** que aquí publicamos, y que estuvo inédita hasta 1921. Karl Radek, el conocido líder bolchevique, comenta este documento así: "Bakunin estaba preso y, naturalmente, quería salir, y, entonces, tenía, sin duda, el derecho de adoptar el estilo más de acuerdo con la finalidad". En todo caso, contrasta el tono sumiso de la pieza con el de la vida anterior y posterior del revolucionario. Pero, dicen que "el fin justifica los medios", y es interesante seguir la biografía de Bakunin.

El Zar, después de leer la **Confesión**, escribió al margen: "No veo salida que deportarlo a Siberia"; era el 19 de febrero de 1852. Nicolás murió en 1855, y Bakunin seguía en la cárcel. Escribió entonces una carta a Alejandro II, su sucesor. El 14 de febrero de 1857, Bakunin era enviado a Siberia. Ahí permaneció confinado cuatro años, hasta 1861. Tenía diez de prisión y confinamiento, y 47 de edad cuando se evadió hacia el Japón.

De Japón pasó a San Francisco, y de esta ciudad a Nueva York. El 28 de diciembre llegaba a Londres, pobre, enfermo, a casa de su amigo Alejandro Herzen.

ÚLTIMOS AÑOS

Otra vez en actividad de propaganda, rodeado por grupos motores de checos, polacos y serbios. Publicó su "A mis amigos rusos y polacos", reproduciendo las ideas cardinales de su discurso de París. En 1863 lo vemos en Suecia, tratando de llegar a Polonia para incorporarse al movimiento polaco. Fracasado éste, se dirige a Italia. Durante tres años trabaja en ese país, formando la "Fraternidad internacional", anticipación de la Asociación Internacional de los Trabajadores ("Primera Internacional"). Sus principales núcleos estuvieron en Italia y España.

En 1867 y 68 toma parte en el Congreso de la Paz, de Ginebra. El 68 funda la Alianza de la Democracia Social, que cooperaría con la Primera Internacional, a la que se adhirió Bakunin en julio. Pronto chocó con Marx. En La Haya, en 1872, éste hizo expulsar al ruso diciendo que quería apropiarse del dinero ajeno, o sea era un estafador. En ese período, del 70 al 74, en que se realiza la polémica con Marx, se perfilaron nítidamente las ideas anarquistas de Bakunin. Entonces publicó su "Catecismo revolucionario". Una de sus ideas cardinales era convertir la guerra franco-prusiana en guerra civil. Quiso encabezar una en Lyon; pero, sorprendido, fue obligado a huir, pasando por Suiza. De ahí salió, muy enfermo ya, a dirigir un motín en Bolonia.

Ya había escrito sus "Consideraciones filosóficas". Pero la salud flaqueaba a consecuencia de su accidentada vida, de su larga prisión, de sus privaciones, de las persecuciones. Su gran deseo habría sido morir en la pelea. Pero no lo pudo lograr. Agobiado por la uremia y la pobreza, murió en Berna el 1º de julio de 1876.

Debemos indicar que la mayor parte de los datos que hemos aprovechado para esta semblanza bibliográfica de Miguel Bakunin han sido tomados del estudio de Fritz Brupbacher, que precede a la edición francesa de "Confesión" (Ed. Rieder, París), de la vida de "Carlos Marx", por Franz Mehring (Ed. Cenit, Madrid), y del "Carlos Marx" de Otto Rühle (Ed. Ercilla, Santiago).

Ercilla.

CARTA A NICOLÁS I

SU MAJESTAD IMPERIAL
MUY GRACIOSA MAJESTAD

Cuando me traían de Austria a Rusia, pensando en la severidad de las leyes rusas y conociendo su implacable odio a toda acción que signifique, aunque sea de lejos, una desobediencia, y con mayor razón a una manifiesta rebeldía contra la voluntad de Su Majestad Imperial; conociendo también toda la gravedad de mis crímenes, que no esperaba desearía ocultar o disminuir ante los tribunales, me dije que no me quedaba sino una cosa: *sufrir hasta el final*, e implorar a Dios me concediera la fuerza de poder, dignamente y sin flaqueza vil, apurar hasta las heces el amargo cáliz que me había preparado a mí mismo. Yo sabía que, desposeído de mis títulos de nobleza en virtud del decreto del Senado y del úkase de Su Majestad Imperial, habría podido ser legalmente sometido a un castigo corporal, y aguardando lo peor, no esperaba sino la muerte, pronta libertadora de toda pena y de toda prueba.

Yo no sabría expresar, Sire, cómo me ha conmovido y profundamente sacudido la actitud noble, humana e indulgente que pude comprobar no bien hube franqueado la frontera rusa. Esperaba otra acogida. Todo cuanto he visto, oído y experimentado durante el camino, desde el reino de Polonia hasta la fortaleza de Pedro y Pablo, era tan contrario a lo que esperaba con temor, y en tal oposición a todo cuanto yo mismo, según lo que había oído decir, he pensado, dicho y escrito acerca de la brutalidad del Gobierno ruso, que, al concebir por vez primera dudas sobre la veracidad de mis antiguas concepciones, me pregunté con asombro: ¿no habré calumniado? La permanencia de dos años en la fortaleza de Pedro y Pablo me ha convencido definitivamente de la absoluta falta de fundamento de muchos de mis antiguos prejuicios.

No piense, por lo demás, Sire, que, alentado por actitud tan humana, haya concebido alguna vana esperanza. Sé muy bien que la severidad de las leyes no excluye en modo alguno la humanidad, así como la humanidad, por otra parte, no excluye en nada una rigurosa aplicación de las leyes. Sé cuán inmensos son mis crímenes, y, habiendo perdido el derecho a esperar, no espero nada. ¿Me atreveré a decirle la verdad, Sire? He envejecido tanto en estos últimos años y mi alma se halla tan apesadumbrada que casi no tengo ya deseos.

El Conde Orloff me ha hecho saber que Su Majestad Imperial desea que yo le escriba una confesión completa de todas mis faltas, Sire: no merezco gracia semejante y me sonrojo al recordar todo cuanto he osado decir y escribir acerca de la inexorable severidad de Su Majestad Imperial.

¿Cómo escribir, pues? ¿Qué diré yo al terrible Zar ruso, al guardián celoso y temible de las leyes? Si me confesara a Usted, como mi soberano, esta confesión se limitaría a las siguientes palabras: Sire, soy del todo culpable para con Su Majestad y las leyes de mi patria. Usted conoce mis crímenes y lo que Usted sabe basta para condenarme, conforme a las leyes, al más duro de los castigos que existen en Rusia. He estado en abierta insurrección contra Usted, Sire, y contra su gobierno; me he atrevido a levantarme como un enemigo contra Usted; he escrito, he hablado, he amotinado los espíritus contra Usted, tanto como me ha sido posible y donde pude hacerlo. ¿Qué más falta? Dé la orden de juzgarme y castigarme, Sire. Su juzgamiento y su castigo serán leales y justos. ¿Qué más habría yo podido escribir a mi Soberano?

Pero, el conde Orloff me ha transmitido de parte de Su Majestad Imperial palabras que me han llegado hasta el fondo del alma y que me han trastornado el corazón: "Escriba, me ha dicho, escriba al Soberano como si hablara a su confesor".

Sí, Sire, me confesaré a Usted como a un padre espiritual cuyo perdón se aguarda, no para aquí abajo, sino para otro mundo; y yo ruego a Dios que me sugiera frases sencillas, sinceras, nacidas del corazón, sin astucia y sin adulación, en una palabra, frases dignas de hallar acceso al corazón de Su Majestad Imperial.

¡Yo le suplico no concederme sino dos cosas, Sire! Primeramente, no dudar de la veracidad de mis palabras; yo le juro que de mi pluma no saldrá ninguna mentira, ni la milésima parte de una mentira. Y, en segundo lugar, le suplico, Sire, *no exigir de mí la confesión de los pecados de los demás*. Al confesarse, nadie revela los pecados cometidos por los otros, sino los suyos propios.[1*] Del completo naufragio que he experimentado, sólo he salvado un bien: mi honor y la convicción de que en ninguna parte, ni en Sajonia ni en Austria, he traicionado nunca con el objeto de salvarme o de suavizar mi suerte. Y si supiera haber traicionado la confianza de alguien o aun transmitido una palabra que me hubiera estado confiada, por imprudencia, sufriría por ello más que con una tortura. Y, Sire, antes que cobarde, prefiero ser a sus ojos un criminal que merece el más duro castigo.[1]

Comienzo, pues, mi confesión.

SU JUVENTUD[2*]

Para que sea completa, debo decir algo sobre mi primera juventud. Fui, durante tres años, alumno de la Escuela de Artillería. Fui promovido a oficial a la edad de diecinueve años; pero, al final de mi cuarto año de estudios, formando entonces parte de la primera clase de oficiales, me sentí enamoricado, comprometido, extraviado y abandoné los estudios. Pasé mis exámenes de la manera más vergonzosa, o, mejor, no los pasé, y, por tales razones, me vi enviado a Lituania para hacer ahí mi servicio. Quedó establecido que no podría ser ascendido durante tres años y que no me serían concedidos ni permisos ni dimisión mientras no tuviera el grado de subteniente. Así, mi carrera estuvo torcida desde su comienzo mismo por mi culpa, a pesar de la solicitud verdaderamente paternal del señor Kowanka, entonces comandante de la Escuela de Artillería.

Después de tres años de servicio en Lituania, obtuve que aceptaran mi renuncia, con gran trabajo y a pesar de la expresa voluntad de mi padre. Al abandonar el servicio militar, aprendí alemán y me sumergía ávidamente en el estudio de la filosofía alemana, de la que esperaba la salvación y la luz. Dotado de ardiente imaginación y, como dicen los franceses, "d'une grande dose d'exaltation".[3*] – Le pido perdón, Sire, -porque no encuentro la expresión rusa correspondiente- causé muchas penas a mi anciano padre, de lo que me arrepiento de todo

---

[1*] Al margen, de puño y letra del Zar: "Con esto destruye toda mi confianza; si siente toda la gravedad de sus pecados, sólo una confesión completa y no condicional puede ser considerada como una verdadera confesión".

[1] Tanto en su confesión en Sajonia como en ésta ante el Zar, que pudo ser una trampa, al respecto, Bakunin evitó cuidadosamente mencionar nombres de compañeros o cómplices de sus empresas. (M. N.). (Extracto de una nota de Max Nettlau, en la edición francesa. Todas las notas de Max Nettlau, o los extractos de ellas, van señaladas con las iniciales *M. N.*, al final de cada una).

[2*] Para mayor claridad, hemos introducido subtítulos que no aparecen en el original ruso ni en la edición francesa. N. del T.

[3*] En francés en el original: "de una gran dosis de exaltación".

corazón, pero, ¡ay, demasiado tarde! Sólo puedo decir una cosa para disculparme: mis tonterías de esa época, así como mis pecados y crímenes posteriores, no tuvieron nunca motivos bajos y egoístas. Se debieron en su mayor parte a falsas ideas, y más aún a la necesidad muy intensa y jamás satisfecha de conocimiento, vida y acción.

En 1840, a los veinticinco años, obtuve de mi padre, no sin grandes tropiezos, autorización para ir al extranjero a fin de estudiar en la Universidad de Berlín.[2] Ahí estudié durante año y medio. Durante el primero y comienzos del segundo año de mi permanencia en el exterior, permanecí alejado -así como antes en Rusia- de todas las cuestiones políticas, que yo hasta entonces despreciaba, considerándolas desde el punto de vista de la filosofía abstracta. Mis indiferencia hacia esas cuestiones iba tan lejos, que nunca tuve el deseo siquiera de abrir un periódico. Pero, estudiaba ciencias, más especialmente metafísica alemana, en la cual me sumergí exclusivamente, casi hasta la locura; y, noche y día, no veía yo otra cosa que las categorías de Hegel.

Por lo demás, Alemania misma me ha curado de la enfermedad filosófica que predominaba en ella. Después de estudiar de más cerca los problemas metafísicos, no he tardado en convencerme de la inutilidad y vanidad de toda metafísica. Yo buscaba en ella la vida, pero no contiene sino muerte y hastío. Yo buscaba en ella la acción, pero no es sino inactividad absoluta. Este descubrimiento fue ampliamente facilitado por mis relaciones personales con profesores alemanes, porque no hay nada más limitado, más despreciable y más ridículo que el profesor alemán o que el alemán en general. El que conozca más de cerca la vida alemana, no puede amar más la ciencia alemana. Porque la ciencia alemana no es sino el producto puro de la vida alemana y ocupa, entre las ciencias reales, el mismo lugar que los alemanes mismos entre los pueblos vivos. Por fin le tomé fastidio a la metafísica y dejé de ocuparme de ella.[3] Curado de la metafísica alemana, no había sanado, sin embargo, de la sed de novedad ni del deseo y la esperanza de encontrar, en la Europa occidental, un medio objetivo favorable de estudios y un gran campo de acción. En esos momentos, comenzó a germinar en mi espíritu la nefasta idea de no volver a Rusia: abandoné la filosofía y me precipité en la política.

En ese transitorio estado salí de Berlín para Dresde, y comencé a leer periódicos políticos. Con el advenimiento al trono del actual Rey de Prusia, Alemania tomaba una nueva orientación: el rey, a juzgar por sus discursos, sus promesas e innovaciones, agitó y puso en movimiento no sólo a Prusia, sino también a las otras regiones alemanas; de manera que el Dr. Rüge lo llamó, con justo título, el primer revolucionario alemán. Le pido perdón, Sire, por expresarme tan audazmente al hablar de una testa coronada. En aquel instante, Alemania se hallaba inundada de libros, periódicos y poesías políticos, y yo devoraba ávidamente todo eso. En esa época es cuando, por primera vez, oí hablar del comunismo.

SU INICIACIÓN EN EL COMUNISMO

Había aparecido un libro titulado: *Die Sozialisten in Frankreich* (El Socialismo en Francia), por Stein, libro que tuvo una resonancia casi tan universal como antes la obra de Strauss sobre *La Vida de Jesús*. Aquel libro me reveló un mundo nuevo en el que me arrojé con todo el ardor y la vehemencia de un hombre enfermo y muerto de sed. Creí asistir a la anunciación de una nueva gracia divina, tener la revelación de una nueva religión de la dignidad, la altura, el honor y la liberación de todo género humano. Me eché a leer las obras de los demócratas y socialistas

[2] Resumen biográfico de los años 1828-40, tenido por muy exacto. (M. N.)
[3] El desencanto de Bakunin hacia la metafísica lo hizo identificar a ésta con el genio del pueblo alemán, propensión en que coincidía con Nicolás I. (M. N.)

franceses y leí ávidamente todo cuanto me fue posible hallar en Dresde. Habiendo conocido, poco después, a Arnold Rüge, que entonces editaba la revista titulada *Die Deutschen Jahrbücher* (Anuarios Alemanes), -revista que, en esa época, evolucionaba, igualmente, de la literatura a la política- escribí para él un artículo filosófico y revolucionario, titulado *Die Parteien in Deutschland* (Los Partidos en Alemania), que firmé con el seudónimo de Jules Elyzard. Desde el principio tuve tan mala mano que la revista fue suprimida al día siguiente mismo de la publicación de mi artículo. Aquello ocurría a fines de 1842.[4] En esos instantes llegaba a Dresde, proveniente de Suiza, el poeta político Herwegh, admirado por toda Alemania y solemnemente acogido por el Rey de Prusia en persona, quien, poco después, lo expulsó de sus dominios. Sin extenderme sobre las opiniones políticas de Herwegh, de lo que no me atrevo a hablar ante Su Majestad Imperial, debo decir que se trata de un hombre puro, realmente noble, de una amplitud de alma rara en los alemanes; un hombre que busca la verdad y no su interés personal ni su provecho.

Lo conocí y me hice su amigo, mantuve con él, hasta el fin, relaciones amistosas. Mi artículo en los *Deutsche Jahrbücher*, mis relaciones con Rüge y su círculo, y más especialmente mi intimidad con Herwegh, quien se proclamaba republicano -intimidad, por lo demás, no política, pero si fundada en la similitud de ideas, necesidades y tendencias-, todas estas circunstancias atrajeron sobre mi persona la atención de la Embajada de Dresde. Supe que habían hablado ahí de hacerme volver a Rusia, pero ese regreso me parecía peor que la muerte. El Occidente me ofrecía un horizonte infinito; de él esperaba la vida, maravillas, una amplitud sin límites, mientras que en Rusia yo no veía más que tinieblas, frío moral, torpeza, inercia, por lo que decidí romper con mi patria. Todos mis pecados e infortunios ulteriores han provenido de esa decisión tomada a la ligera. Herwegh se vio obligado a abandonar Alemania; me reuní con él en Suiza -si hubiera marchado a América, me habría ido con él- y me instalé en Zurich, en enero de 1843.[5]

Así como en Berlín me fui curando poco a poco de la enfermedad filosófica, así en Suiza comenzaron mis decepciones políticas. Pero, el mal político era más nocivo, más grave, se arraigan más profundamente en el alma que la enfermedad filosófica; era preciso, para curarse de ello, más tiempo, más amargas experiencias. *Esa enfermedad me ha conducido a la poco envidiable situación en que hoy me encuentro y todavía hoy ignoro si puedo considerarme completamente curado*.[4*]

JUICIO SOBRE POLÍTICA SUIZA

No me atrevo a fatigar la atención de Su Majestad Imperial con la reseña de la situación política interior de Suiza. En mi opinión ella puede resumirse en dos palabras: ¡los sucios escándalos! La mayoría de los periódicos suizos se encuentran en manos de emigrados alemanes -sólo me refiero a la Suiza germánica- y los alemanes se hallan a tal punto desprovistos de todo tacto social, que cualquier polémica resulta generalmente, en sus manos, una sucia pendencia, un desborde de mezquinas y bajas injurias.

---

[4] En este tiempo, Bakunin leía a Lamennais, así como el libro de Lorenz Stein. "El socialismo y el comunismo en la Francia Contemporánea", Leipzig, 1842. La revista "Anales alemanes para la ciencia y las artes", en que colaboró Bakunin, fue suprimida a causa de un artículo de Arnold Rüge, compañero de Marx. (M. N.)

[5] Las cartas entre Bakunin y Herwegh, publicadas en 1898, corroboran en gran parte las afirmaciones de aquel en las líneas a que se refiere esta nota. (M. N.)

[4*] Al margen, de puño y letra del Zar. N. B.

En Zurich trabé conocimiento con amigos y familiares de Herwegh, que me disgustaron, por lo demás, a tal punto que, durante mi permanencia en esa ciudad, evité verlos con frecuencia, y no me ligué íntimamente sino con Herwegh. La República de Zurich estaba entonces gobernada por el consejo de Estado Bluntschli, jefe del partido conservador. Su periódico *Der Schweizerische Beobachter* sostenía una violenta polémica contra el órgano del partido democrático. *Der schweizerische Republikaner*; cuyo redactor Julián Fröbel era familiar y también amigo de Herwegh. No me atrevo a hablar tampoco del objeto mismo de esas polémicas; todo eso es demasiado sucio. No era una polémica puramente política como las que se producen a veces entre partidos enemigos, en otros Estados; en ella tomaban parte charlatanes religiosos, profetas, Mesías, que eran al mismo tiempo nobles caballeros de la subsistencia libre, o más simplemente ladrones, y hasta prostitutas a las que vimos en el mismo banco que el señor Bluntschli, en calidad de testigos y acusadas, en el proceso público que dio término a la escandalosa pendencia. Bluntschli y sus amigos, los hermanos Romer, uno de los cuales se llamaba el Mesías, y el otro, su profeta, fueron condenados y quedaron cubiertos de oprobio, así como esas damas. Los demócratas triunfaron, aunque tampoco salieron libres de vergüenza del oprobioso asunto; y para vengarse, así como también por obedecer las exigencias del gobierno prusiano. Bluntschli arrojó del cantón de Zurich a Herwegh, quien era completamente inocente.

En cuanto a mí, yo vivía al margen de esos enredos, y no veía a los demás sino muy rara vez, con excepción de Herwegh. Yo no conocía a Bluntschli ni a sus familiares. Yo leía, estudiaba y reflexionaba cuáles serían los medios honestos para que yo pudiera ganar el pan, ya que no recibía dinero de mi familia.[6] Pero, Bluntschli, que había probablemente sabido mi intimidad con Herwegh -¿qué es lo que no se sabe en una ciudad pequeña?- o quizás con el propósito de halagar al Gobierno ruso, tuvo la idea de mezclarme en la cuestión, y no tardó en presentarse una ocasión en el siguiente hecho.

Herwegh entonces refugiado en el cantón de Argovia, me envió, provisto de una carta de recomendación, al comunista Weitling, sastre. Weitling, al ir de Lausana a Zurich, y deseoso de conocerlo, fue a verlo pasar. Por su parte, Herwegh, sabedor de mi interés por las cuestiones sociales, me lo recomendó. Me sentí feliz de aprovechar esta oportunidad que me iba a permitir, por un contacto personal, tener más amplio conocimiento del comunismo, el cual comenzaba entonces a atraer la atención general. Weitling me gustó. Es un hombre sin cultura intelectual, pero yo encontré en él una inteligencia innata, un espíritu móvil, mucha energía, y sobre todo, un fanatismo salvaje, uno noble y orgullosa creencia en la liberación y el porvenir de la masa reducida a la esclavitud. Por lo demás, no conservó mucho tiempo estas cualidades, pues poco tiempo después se depravó con el trato de literatos comunistas. Pero, en el momento de nuestro primer encuentro, se ganó toda mi simpatía. Estaba yo a tal punto desagradado de las tontas conversaciones de aquellos mezquinos profesores y literatos alemanes que me resultó muy grato encontrar a un hombre espontáneo, sencillo y sin cultura, pero enérgico y fervoroso. Le rogué que viniera a verme. Venía con bastante frecuencia a casa a exponerme sus teorías y me hablaba largamente de los comunistas franceses, de la vida de los obreros en general, de su trabajo, de sus esperanzas y de sus distracciones. También me hablaba de las sociedades comunistas alemanas, que acababan de organizarse. Yo compartía sus teorías, pero escuchaba con viva curiosidad los hechos que me exponía. Mis relaciones con Weitling no fueron más allá. No tuve con él ninguna otra clase de relaciones, ni con otros comunistas, entonces ni ulteriormente. Y en lo que a mí se refiere, nunca fui comunista.[7]

---

[6] A esto contribuyó la ruptura entre Bakunin y sus padres. (M. N.)

[7] Confirmado por un relato de Weitling en "Die Republik der Arbeiter", publicada en Norteamérica, 10 de mayo, 1851. Bakunin trabajó en Suiza en una "Exposición del desarrollo de las ideas de Feuerbach", en estudiar economía política, etc. Decía entonces en carta privada: "Yo no soy comunista de corazón" (1844). (M. N.)

"NUNCA FUI COMUNISTA"

Sire, me detengo aquí y examinaré este punto más a fondo, sabiendo que, en muchas ocasiones, he sido acusado ante el gobierno, primero por el señor Bluntschli, luego probablemente por otros, de haber trabajado activamente de acuerdo con los comunistas. Quiero, de una vez por todas, lavarme de acusaciones injustas. Tantos graves pecados pesan sobre mí que no me voy a cargar todavía con otros de que no soy en modo alguno culpable. He conocido, por cierto, a muchos socialistas y comunistas belgas e ingleses; he leído sus obras, he estudiado sus teorías, pero nunca me he adherido a ninguna secta ni a ninguna sociedad, y me he adherido totalmente al margen de sus empresas, de su propaganda y de sus agitaciones. He seguido con sostenida atención el movimiento socialista y más especialmente el comunista, porque lo consideraba como un resultado natural, necesario e inevitable de la evolución económica y política de la Europa Occidental.[5*] Veía en ello una fuerza joven, elemental, inconsciente, cuya misión era la de hacer renacer o destruir definitivamente los Estados occidentales. El orden social, la organización social en Occidente están corrompidos y se sostienen de pie sólo un esfuerzo doloroso. Sólo este hecho permite explicar la debilidad increíble y el pánico que se apoderaron, en 1848, de todos los estados occidentales, con excepción de Inglaterra. Pero, esta última, dentro de poco tiempo, experimentará también la misma suerte. *A dondequiera que se vuelva la mirada, en la Europa Occidental, no se ve más que decrepitud, debilidad*, ausencia de fe y depravación, depravación debida a esa ausencia de fe, comenzando por el grado más alto de la escala social. Ninguna de las clases privilegiadas no tiene fe ni en su misión personal ni en sus derechos. Todas representan una comedia mutua, y no hay nadie que tenga confianza en los demás ni en sí mismo. Los privilegios, las clases y los poderes establecidos se mantienen difícilmente, por el egoísmo y por la costumbre,[6*] los cuales constituyen harto débiles diques contra la tempestad que se avecina. La cultura se ha identificado con la depravación del espíritu y del corazón, con la impotencia. Y en esa podredumbre general, no quedaba sino el pueblo grosero e inculto, llamado "populacho", que conservaba en si frescura y fuerza, esto, por lo demás, menos en Alemania que en Francia. Por otra parte, todos los argumentos y consideraciones que sirvieron primero a la aristocracia contra la monarquía, y, luego, al estado llano contra la monarquía y la aristocracia, sirven hoy -y acaso con más vigor- a las masas populares contra la aristocracia, la monarquía y la burguesía. He aquí en lo que, a mi juicio, consiste la esencia y la fuerza del comunismo, sin hablar de la creciente pobreza de la clase obrera, resultado natural del aumento del número de proletarios, aumento que, a su vez, está íntimamente ligado con el desenvolvimiento de la industria tal como se le ve en Occidente. El comunismo procede y ha procedido de arriba, por lo menos tanto como de abajo. Abajo, entre las masas del pueblo, crece y vive como una vaga necesidad, pero, enérgico, como un instinto de elevación. En las clases elevadas, como depravación, egoísmo, instinto de un infortunio amenazador y merecido, temor vago e impotente producido por la decrepitud y por los remordimientos de una conciencia cargada. Y ese temor, esas vociferaciones contra el comunismo han quizá contribuido mucho a difundirlo, más que la propaganda de los mismos comunistas.[7*] Me parece que el comunismo vago, invisible, inaprensible, ubicuo, que bajo una u otra forma, vive en todos los seres sin excepción, presenta mil veces más peligros que el comunismo definido y sistemático, predicado únicamente en algunas sociedades comunistas organizadas, bien sea declaradas o bien secretas.[8*] En 1848, su impotencia quedó netamente manifiesta en Inglaterra, Francia y Bélgica, y más

---

[5*] No hablo sino de la Europa Occidental, porque en Oriente y en toda la tierra eslava -excepto acaso en Bohemia y en parte de Moravia y Silesia- el comunismo está desplazado y es insensato.

[6*] En el margen, de puño y letra del Zar: "¡qué notable verdad!"

[7*] El libro de Bluntschli por ejemplo, editado por él en 1848 en nombre del gobierno de Zurich, con motivo del proceso de Weitling, fue, con la obra de Stein ya mencionada, una de las principales causas de la difusión del comunismo en Alemania.

[8*] De mano del Zar: "Es cierto".

especialmente, en Alemania; y nada es más fácil que demostrar el absurdo, las contradicciones y la imposibilidad de cada una de las teorías sociales actualmente conocidas, de tal manera que ninguna de ellas podría realizarse, aunque fuera por tres días.

Pido disculpas, Sire, por este breve razonamiento; pero mis pecados se hallan tan íntimamente ligados a mis ideas culpables que no puedo confesar los unos sin mencionar a las otras. Yo debía demostrar por qué no he podido pertenecer a ninguna secta socialista o comunista, como tan injustamente he sido acusado. Aunque comprendí perfectamente la causa de que existan las sectas, no me gustan las teorías de ellas. Y no adhiriéndome a estas últimas, no me era posible convertirme en un órgano de su propaganda, y además apreciaba demasiado mi independencia para consentir en hacerme esclavo y arma ciega de una sociedad secreta, cualquiera que fuera, sin referirme a una sociedad cuyas opiniones no me es dable compartir.[8] En esa época, es decir en 1843, el comunismo no comprendía en Suiza, sino a un pequeñísimo número de obreros alemanes. En Lausana y Ginebra su existencia oficial tomaba la forma de sociedades de canto, de lectura y de vida en común; en Zurich, los comunistas contaban con cinco o seis sastres y zapateros. Entre los suizos no había comunistas. La naturaleza de los suizos es antagónica a todo comunismo, y el comunismo alemán estaba aun en sus principios. Pero, para darse importancia a los ojos de los gobiernos europeos, y en parte con la vana esperanza de comprometer a los radicales zuriquenses, Bluntschli construyó con todas esas piezas un fantástico espantamoscas. Como él mismo lo ha confesado, conocía la llegada de Weitling a Zurich. Toleró su presencia durante dos o tres meses y luego lo hizo detener con la esperanza de descubrir, entre sus papeles, suficientes documentos como para comprometer a los radicales zuriquenses. Pero no encontró nada, excepto una correspondencia tonta y habladurías insubstanciales,[9*] y contra mí, dos o tres cartas de Weitling, con algunas frases insignificantes acerca de mi persona, en que anunciaba a uno de sus amigos el hecho de haber conocido a un ruso, y mencionaba mi apellido; en otra carta me llamaba "el ruso", agregando: "el ruso es un buen muchacho" o "un tipo maravilloso" y otras expresiones de la misma clase.

Tal fue la base de las acusaciones lanzadas contra mí por el señor Bluntschli. No podía haber otra, porque mis relaciones con Weitling estuvieron limitadas, en lo que me toca, por la curiosidad, y por su parte, por el placer de contarnos cosas. Yo no conocía en Zurich a ningún otro comunista que no fuera Weitling. Pero al saber -ignoro si el rumor era cierto o falso- que Bluntschli tenía intenciones hasta de hacerme detener, temí las consecuencias y salí de Zurich.[9]

Durante algunos meses me dedique en la pequeña ciudad de Nyon, a orillas del lago Leman, a un aislamiento y una desnudez completas. En seguida viví en Berna,[10] en donde, hacia enero o febrero de 1844, por intermedio del señor Struve, secretario de la Embajada, supe que este último había recibido una denuncia de Bluntschli sobre mí, y había hecho una información para

---

[8] Bakunin encontraba que aún no había aparecido una doctrina cabal del socialismo, sistematizada. Entre 1865 y 66, escribió mucho sobre el tema, aunque se ha perdido gran parte de ello. En 1843 publicó un artículo titulado "El Comunismo". (*M. N.*)

[9*] Para demostrar la vanidad y la mentira de todas las acusaciones, conclusiones y conjeturas del señor Bluntschli, así como de todo el edificio construido por él sobre esa base, me referiré a un solo hecho. Weitling había sido condenado por el Tribunal Superior a uno o dos años de prisión y no a causa de su comunismo, sino por una tonta obra que poco tiempo antes publicara en Zurich. Inmediatamente después de la sentencia del tribunal, Bluntschli no encarceló a Weitling sino que lo entregó al gobierno prusiano, el cual, después de examinar el asunto, puso a Weitling en libertad.

[9] Weitling, llegado a Zurich en mayo de 1843, fue detenido en la noche del 8 al 9 de junio, acusado el 30, condenado a seis meses de prisión el 16 de septiembre, ampliada esta pena a diez meses el 23 de noviembre. (*M. N.*). En la requisa de sus papeles se halló mencionado a Bakunin. (*M. N.*)

[10] Bakunin evita mencionar aquí a sus amigos comunistas de Lausana y Ginebra, a Reichel, la familia de Vogt, de Berna, y a los Pescantini, con quienes vivió. En el otoño de 1843, el padre de Bakunin recibió orden de la policía secreta del Zar -que ya pretendía coger a Bakunin- de dar datos sobre su persona. La familia fue sometida a vigilancia. (*M. N.*)

San Petersburgo, de donde esperaba órdenes. En esa denuncia, según lo que me dijo el señor Struve, Bluntschli, no contento con acusarme de comunista, afirmaba aun -y falsamente- que yo había publicado o estaba a punto de publicar un libro sobre Rusia y Polonia, libro dirigido contra el Gobierno ruso.

Para acusarme de comunista existía una sombra de verosimilitud: mis relaciones con Weitling. Pero la otra acusación carecía absolutamente de fundamento y me demostró claramente la maldad de las intenciones de Bluntschli, porque no sólo yo no tenía entonces ninguna intención de escribir algo sobre Rusia, sino que me esforzaba en no pensar en ella, porque su recuerdo me resultaba penoso. Todo mi espíritu estaba concentrado en la Europa Occidental. En cuanto a Polonia, puedo afirmar que no me acordaba entonces ni siquiera de que existía. En Berlín yo había evitado trabar conocimiento con los polacos, y tan sólo encontré unos cuantos de la Universidad. En Dresde y en Suiza no vi a ninguno.

SALIDA DE SUIZA: BRUSELAS

Hasta 1844, Sire, mis pecados fueron pecados "interiores", intelectuales y no reales. No había mordido sino un solo fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal y lo comí en número considerable, enorme pecado, principio y origen de una acción o de una intención cualquiera. Según mis ideas y la dirección de mi espíritu, yo era un demócrata absoluto y desenfrenado, pero en la vida misma carecía de experiencia, y era casi tan inocente como un niño. Cuando me negué a volver a Rusia por orden del gobierno cometí mi primer crimen positivo.

A continuación de este acto, salí de Suiza y me dirigí a Bélgica, en compañía de mi amigo Reichel. Quisiera decir algo sobre él, ya que su nombre es mencionado con bastante frecuencia en los documentos de acusación. Adolfo Reichel, súbdito prusiano, pianista y compositor, se halla alejado del todo de la política, y si algo ha oído hablar al respecto es a través mío. Habiéndolo conocido en Dresde y habiéndolo encontrado más tarde en Suiza, trabé amistad con él y me volví su íntimo. Siempre ha sido mi único y verdadero amigo. Hasta 1848, no me separé de él y a veces viví a sus expensas. Cuando me vi obligado a salir de Suiza, no quiso abandonarme y me acompañó hasta Bélgica.[11]

En Bruselas conocí a Lelewel. Ahí por vez primera, mi espíritu se volvió hacia Rusia y Polonia. Siendo como era absolutamente demócrata, me puse a considerarlos desde mi punto de vista democrático aunque de un modo todavía muy vago y poco nítido. Salido de un largo sueño, mi sentimiento nacional, como consecuencia de los conflictos sobrevenidos con la nación polaca, hasta chocado con mis razonamientos democráticos. Yo veía a menudo a Lelewel, lo interrogaba a menudo acerca de la revolución polaca, sobre sus intenciones y proyectos en caso de victoria, sobre sus esperanzas en lo que se refiere al porvenir, y discutí muchas veces con él, especialmente sobre cosas concernientes a la Pequeña Rusia y a la Rusia Blanca. Estas, según él, debían pertenecer a Polonia; en mi opinión, sin embargo, una y otra, y sobre todo la Pequeña Rusia, debían odiar en la persona de los polacos, a sus antiguos opresores. Por lo demás, entre todos los polacos que residían entonces en Bruselas, tan sólo conocía y veía yo a Lelewel, y aun con él, a pesar de frecuentes encuentros, mis relaciones se limitaban a un simple conocimiento. Yo traduje al ruso, cierto es, el *Manifiesto a los rusos* que motivó su

[11] Reichel confirmó con su vida este juicio de Bakunin. El y Adolf Vogt asistieron a la muerte del conspirador, en 1876. (M. N.)

expulsión de París, pero eso no tuvo consecuencias, ya que la traducción aquella se quedó inédita entre mis papeles.[12]

Después de una permanencia de algunos meses en Bruselas, me dirigí, con Reichel, a París, en donde esperaba, como anteriormente en Berlín y, más tarde en Suiza, la salvación de la luz. Era en julio de 1844.[13]

PARÍS

París actuó primero sobre mí como un balde de agua fría sobre un loco. En ninguna parte del exterior me he sentido tan aislado y extraño, y, perdone, Sire, tan desorientado como en París. La sociedad que frecuentaba se componía ante todo, casi exclusivamente, de demócratas alemanes refugiados o venidos libremente de Alemania con la intención de fundar un periódico franco-alemán que tuviera por meta poner de acuerdo y reanudar los intereses espirituales y políticos de ambas naciones. Pero como los literatos alemanes no pudieran prescindir de sus relaciones, de chismes, pendencias y disputas, la ruidosamente anunciada empresa se fue al agua. Desembocó en un semanario cobarde y piadoso el *Vorwärts*, que tampoco llegó a hacer huesos viejos, ya que se ahogó en su propio lodo, después de lo cual expulsaron de París a los propios alemanes, con gran alivio de mi parte.[14]

En esa época, es decir a fines del otoño de 1844, es cuando por vez primera supe la sentencia que me condenaba a mí así como a Ivan Golovin a la pérdida de mis títulos de nobleza y a trabajos forzados. No lo supe oficialmente, sino por intermedio de uno de mis conocidos, según me parece por Golovin mismo. Este último publicó, con tal motivo, en la *Gaceta de los tribunales*, un artículo acerca de los pretendidos derechos de la aristocracia rusa, supuestamente ultrajados y pisoteados en nuestras personas. A modo de respuesta y refutación, yo publiqué otro artículo, en el periódico democrático *La Reforma*, en forma de carta al director. Esa carta, lo primero que yo publiqué acerca de Rusia, constituye mi segundo delito positivo. Apareció a fines de 1844 -olvido en qué mes- en el periódico *La Reforma* firmada con mi nombre y sin duda se encuentra en manos del gobierno, entre las piezas de la acusación.[15]

Después de mi salida de Bruselas y hasta esa época no había visto a polacos, ni a uno solo siquiera. Mi artículo de *La Reforma* fue motivo de nuevas relaciones con algunos de ellos. Primero, el príncipe Adan Zartoriski me invitó a su casa por medio de uno de sus adherentes. Fui una vez a su casa y no lo volví a ver más. Después, recibí de Londres una carta de felicitación y llena de cumplidos, dirigida por demócratas polacos que me invitaban a tomar parte en la fiesta conmemorativa que celebran todos los años en recuerdo de Rylejev, Pestel, etc. Les contesté también con cumplidos, agradeciendo su fraternal recuerdo, pero no fui a Londres, ya que no había resuelto en mi espíritu la actitud que debía adoptar -siendo a pesar de

---

[12] El encuentro con Lelewel (1786-1861) fue un hecho funesto en la vida de Bakunin. Lo arrastró a lo más bajo del nacionalismo, cambio perceptible en Bruselas, 1844.

[13] Primero hizo un rápido viaje a París con un amigo ruso, y, luego, el 10 de julio, regresó con Reichel, para una larga residencia.

[14] Estas observaciones pasan caballerescamente sobre sus relaciones con Marx -en septiembre había conocido también a F. Engels- y sobre los "Anales franco-alemanes", París, febrero, 1844, en donde figura una carta de Bakunin a Rüge, de mayo de 1843. No considera tampoco la hoja "Vorwärts" (Adelante), aparecido el 2 de enero de 1844, cuyo director hospedó a Bakunin. De esa hoja se sirvió Marx contra Rüge, cuando rompió con él, quien también había roto con Herwegh. (M. N.)

[15] La "Gaceta de los tribunales" del 16 de enero de 1845, publicó el úkase del Zar, fechado en San Petersburgo, el 28 de diciembre de 1844, condenando a propuesta del Senado, a Golovin y a Bakunin a la pérdida de sus derechos civiles y de nobleza, a la confiscación de sus bienes y, si volvían a Rusia, a deportación perpetua a Siberia. (M. N.)

todo ruso, aunque fuera demócrata- frente a la emigración polaca. Y, luego, temía a las frases y demostraciones huecas inútiles y sonoras, que nunca me han entusiasmado. Así es como, aquella vez, terminaron mis relaciones con los polacos, y, hasta la primavera de 1846, no vi a ninguno, excepto Alois Bierjazki (que fuera ministro de finanzas durante la revolución polaca), anciano venerable, lleno de bondad, a quien conocí donde Nicolás Ivanovich Turguenev, y quien, al margen de todos los partidos políticos de la emigración, se ocupaba exclusivamente de su escuela polaca. Vi también, de cuando en cuando, a Mickiewicz, a quien veneraba en su pasado como gran poeta eslavo, pero lamentando, en lo presente, su apostolado medio engañado y medio engañador en pro de una nueva religión absurda y de un nuevo Mesías.

Mickiewicz se esforzó en convertirme, ya que según su criterio, bastaba que un polaco, un ruso, un checo, un francés y un judío consintieran en vivir y actuar juntos según las ideas de Tovianski, para que cambiara la faz del mundo y se salvara el universo. Tenía ya polacos y checos en número bastante, también tenía judíos y franceses, y sólo le faltaba un ruso. Trató pues de enrolarme, pero no lo pudo conseguir.[16]

Entre los franceses, mis amistades fueron las siguientes: del partido constitucional: Chantbolle, redactor de *El Siglo*, Merrucéau, gerente de *El Constitucional*, Emile Girardin, director de *La Prensa*, Durieux, director del *Courrier français*, León Faucher, los economistas Federico Bastiat y Wolowski, y otros más. Del partido de los republicanos políticos: Béranger, Lamennais, Francisco, Esteban y Manuel Arago, Marrast y Batide, director de *El Nacional*. Del partido democrático: el difunto Cavaiganc, hermano del general, Flocon y Luis Blanc, director de *La Reforma*, Víctor Considerant, fourierista y director de la *Democracia pacífica*, Pascal Duprat, director de *La Revista Independiente*, Félix Pyat, Víctor Scholcher, el negrófilo Michelet y Guinet, profesores, el utopista Proudhon, que, sin duda, es uno de los franceses más notables de nuestro tiempo, por fin George Sand y algunas otras personalidades menos conocidas. Yo veía con más frecuencia a unos más y más espaciadamente a los otros, sin mantener relaciones íntimas con nadie.[17] En muchas ocasiones, durante el período de mi primera residencia en París, acudía a ver a los obreros franceses y las sociedades comunistas y socialistas, sin tener, por lo demás, más motivo ni finalidad que satisfacer mi curiosidad. Pero pronto dejé de ir allí, primeramente para no atraer la atención del gobierno francés sobre mí y exponerme a sufrir vejámenes, pero más que eso, porque no encontraba ninguna utilidad para mí en concurrir a dichas sociedades.[18] Especialmente, frecuentaba -sin hablar de Reichel de quien no me separaba- a mi antiguo camarada Herwegh, quien se hallaba refugiado en París y que se ocupaba casi exclusivamente de las ciencias naturales; además a Nicolás Ivanovich Turguenev. Este último llevaba una existencia recluida, al margen de todo movimiento político, y puede decirse, de todo trato. Además, según lo que pude ver, no tenía deseo más ardiente que hacer un día perdonar y poder regresar a Rusia a fin de pasar sus últimos años en la patria de que hablaba con amor y a veces entre lágrimas. En casa de Turguenev es donde hallé de cuando en cuando al conde Mamiani, aquel italiano que después, en Roma, resulto siendo ministro del Papa, así como también al general napolitano Pepe.[19]

También veía a veces a rusos de tránsito por París. Pero, Sire, yo le suplico *no preguntarme sus nombres*. Le aseguro solamente,[10*] -recuérdelo, Sire, como se lo he jurado al empezar esta

---

[16] Es de notar que, dentro de la inevitabilidad de que Bakunin mencionaras sus relaciones con el príncipe Zartoriski, lo hace en forma inofensiva. Pero, cometió la imprudencia de hacer llegar a su hermana Tatiana, la carta de Carlos Stolzman, polaco muy notorio y gran conspirador, carta que fue traducida a varios idiomas y publicada. (M. N.)

[17] Personas muy conocidas, cuya nominación no ofrecía peligro alguno para ellas, como es obvio. Nótese que Bakunin atenúa la personalidad de Proudhon llamándolo "utopista". (M. N.)

[18] En su primera visita a París, en junio de 1844, fue a ver a Cabet y a los comunistas cabetistas, quienes pronto le cansaron. (M. N.)

[19] Aquí se lamenta por un decabrista. Sólo después de la muerte de Nicolás, 1855, su sucesor, Alejandro, permitió a los sobrevivientes que volvieran a Rusia, después de treinta años de destierro en Siberia. (M. N.)

[10*] De puño y letra del Zar: N. B.

carta- que ninguna mentira, ni siquiera un milésimo de mentira, vendrá a profanar la pureza de esta confesión salida del corazón; pero, también ahora, le juro que no tuve relaciones políticas con ningún ruso, ni entonces ni después, y que no hubo lazo político, por leve que fuera, que me ligara a ninguno de ellos, sea directamente, sea por tercero, sea por correspondencia. Vivíamos los rusos de paso en París y yo mismo, en esferas diferentes. Ellos vivían rica y alegremente, dándose banquetes, comidas, cenas, haciendo ostentación, concurriendo a los espectáculos y bailes con *grisettes* y *lorettes*,[11*] clase de vida poco conforme a mis gustos y mucho menos a mis medios. En cuanto a mí, vivía en la pobreza, sosteniendo dolorosa lucha con las circunstancias y con mis necesidades interiores de movimiento y acción, nunca satisfechas; y no compartía con ellos sus diversiones, ni mi trabajo o mis ocupaciones.[12*] *No digo que no hubiera tratado nunca -más precisamente a partir de 1846- de convertir a algunos de esos rusos a mis ideas, y a lo que yo entonces llamaba una buena acción; pero, ninguna de mis tentativas se vio coronada por el éxito*.

Me escuchaban sonriendo, me trataban de original, de modo que después de algunos esfuerzos inútiles renunciaba a convertirlos. La única falta cometida por algunos de ellos fue, cuando comprobaban mi desnudez, *acudir a veces a mi ayuda, por lo demás muy raramente*.[20]

Por lo general, pasaba mis veladas ocupado en traducciones del alemán, para subvenir a mis necesidades, y, en parte, a las ciencias: historia, estadística, economía política, sistemas sociales y económicos, política especulativa, es decir, sin ninguna aplicación a la realidad, y también un poco a las matemáticas y a las ciencias naturales. Aquí me siento obligado a hacer una observación en mi honor: libreros parisienses y también alemanes se esforzaron en muchas oportunidades, mediante el cebo de condiciones favorables, en persuadirme a escribir sobre Rusia, pero siempre me negué, no queriendo hacer de Rusia un objeto de transacciones comerciales. Nunca he escrito sobre Rusia, por dinero, y siempre a regañadientes, podría decir que contra mi deseo, por así decir, contra mi voluntad, y siempre con mi propio nombre.[21] Salvo el artículo aparecido en *La Reforma* de que hablé antes, excepto más tarde un artículo en *Constitucional*,[22] y aquel desdichado curso me hizo ser arrojado de París, nunca he publicado una sola frase acerca de Rusia.[23] No hablo aquí de lo que he escrito después de febrero de 1848, período en que me encontré comprometido a una actividad política definida. Por lo demás, aun entonces, mis publicaciones se limitaron a dos proclamas y a algunos artículos en los periódicos.[24]

¡La vida en París fue para mí muy dura, muy dura, Sire! No tanto a causa de la miseria, que soportaba con indiferencia, sino porque habiéndome despertado del delirio de la juventud y de

---

[11*] *Grisettes* (bohemia, azotacalles). *Lorettes* (ramera elegante). Hemos preferido dejar en el texto la típica palabra francesa. (N. del T.)

[12*] De letra del Zar. N. B.

[20] Conmovedora descripción, muy prudente, aunque permite entrever que Bakunin echó velos sobre otro mundo, sobre otro aspecto de su vida, que era peligroso revelar. Bakunin estaba entonces, a lo que parece, espiado por Jacob Nikolajevich Tolstoi, quien figura en la correspondencia de Marx y Engels (1846-47), agente ruso, desenmascarado por Golovin, pero defendido por Bakunin y considerado persona honesta por Marx. Tolstoi fue el autor de la imputación de espía lanzada sobre Bakunin. Todavía no se han agotado las investigaciones sobre dicho Tolstoi. (M. N.)

[21] La única mención sobre este trabajo consta en una carta de Bakunin, fechada en París, el 12 de octubre de 1847, en la que habla de una obra que está realizando sobre Rusia y Polonia, en que sostenía la necesidad de reconciliar a ambos pueblos sobre las bases de identidad de raza y de oposición al despotismo imperial. (M. N.)

[22] Carta del 9 de febrero, en "El Constitucional", 19 de marzo de 1846.

[23] "XVIII aniversario de la Revolución polaca, discurso pronunciado en la reunión habida en París para celebrar el aniversario, el 29 de noviembre de 1847, por M. Bakunin, refugiado ruso". París, en la oficina de asuntos polacos, calle de Saint-Honoré, núm. 385, 1847, 14 págs., in-8º, imprenta de Giraudet et Jouaust, calle Saint-Honoré núm. 315. (M. N.)

[24] Ambos "llamados" a los eslavos y algunos artículos aparecieron en un periódico de Dresde. (M. N.)

mis fantásticas esperanzas, me hallé de pronto en medio de un país extraño, en medio de una atmósfera moral sin calor, privado de familia y parientes, sin campo de acción, sin ocupación y sin la menor esperanza de un porvenir mejor. Habiéndome apartado de la patria, habiéndome prohibido con ligereza toda posibilidad de regreso, no pude volverme alemán ni francés: al contrario, cuanto más permanecía en el extranjero, más profundamente me sentía ruso y que nunca dejaría de serlo. Pero el retorno a la vida rusa no me era ya posible de otro modo que por la vía criminal en la revolución, en la que tenía poca fe y aun, más tarde, y puedo decirlo con franqueza, no creía en ella sino lentamente la voz interior que me decía lo absurdo de mis esperanzas y de mis empresas. En ciertos días me ocurrió que me sentí a tal punto deprimido que, por la noche, me detuve a menudo sobre el puente que generalmente tenía que atravesar para regresar a casa, preguntándome si no sería mejor que me arrojara al Sena a fin de ahogar una existencia sin utilidad ni alegría.[25]

JUICIO SOBRE EUROPA: EL FENÓMENO RELIGIOSO

Además el universo entero se hallaba entonces sumido en profundo letargo. Después de la breve agitación que, en Alemania, siguiera al advenimiento del rey actual al trono de Prusia, después del efímero movimiento suscitado en toda Europa, meses más tarde, bajo el corto ministerio de Thiers, por la cuestión de Oriente, el universo parecía haberse adormecido con un sueño tan profundo que nadie, ni aun los demócratas más exaltados, podía creer en un próximo despertar. Nadie preveía entonces que ese silencio era la calma antes de la tempestad. Como se sabe, los franceses postergaban la realización de todas sus esperanzas para después de la muerte del rey Luis Felipe. Marrast, es cierto, me dijo un día, hacia fines de 1844: "La Revolución es inminente, pero no es posible predecir cuándo y cómo se hará una revolución francesa. Francia es como una caldera a vapor siempre lista a estallar, cuya explosión nadie puede prever".[13*] Pero Marrast mismo, sus amigos y en general todos los demócratas estaban entonces muy abatidos y se sentían aplastados por una tristeza sin límites. En cambio, el partido conservador triunfaba y se halagaba de tener una vida eterna. En cuanto al público, para matar el tiempo se ocupaba de diversos escándalos sobrevenidos en torno a las elecciones y de los jesuitas o también del movimiento de los *free-trader* ingleses.

A mediados del año de 1845, después de un largo período de calma, los pocos que habían seguido la evolución de las cosas alemanas vieron surgir las primeras débiles olas en la superficie del océano político: dos nuevas sectas religiosas se habían constituido en Alemania: Los "Lichtfrunde" (amigos de la luz) y los "católicos alemanes". En Francia, unos se burlaban de estas sectas mientras que otros, con razón, según creo, las consideraban como un signo de los tiempos, como el presagio de una época nueva. Estas sectas sin ningún valor en sí mismas, tenían, sin embargo, su importancia por el hecho de que ellas lograban traducir al lenguaje religioso, es decir, popular, las concepciones y exigencias de la época. No podían ejercer gran influencia sobre las clases cultas, pero exaltaban la imaginación de las masas que, generalmente, tienen más pronunciada tendencia al fanatismo religioso. Además, el "catolicismo alemán" había sido inventado y lanzado con fines puramente políticos, por el partido democrático de la Silesia prusiana. Se mostraba más activo que su hermana mayor, la secta protestante, la cual, a su vez, tenía mayor honestidad. Si entre los apóstoles y predicadores de ese "Catolicismo" había hartos charlatanes, no escaseaban tampoco numerosos hombres de

[25] Este pasaje demuestra el aislamiento de Bakunin y su falta de relaciones en París. Su misma familia lo había abandonado a su suerte a partir de 1843. (M. N.)

[13*] En francés en el texto ruso: "La revolution est inminent, mais on ne jamais prédire quand et comment se fera una révolution francaise; la France est comme cette chaudiére a vapeur toujours préte a eclater dont mil ne sait prévoir l'exprosion".

talento, y se puede decir que, bajo las especies de su comunión colectiva, por llamarla así, renovación de la época de la Iglesia primitiva, el "catolicismo alemán" predicaba abiertamente el comunismo.

Pero todo el interés suscitado por la aparición de ambas sectas se desvaneció pronto al rumor de que el rey Federico Guillermo IV había otorgado una Constitución a sus Estados. Alemania se conmovió de nuevo, y Francia, por vez primera, pareció salir de su profundo sueño. Poco tiempo después, como se sucedieran los truenos, se vio primeramente el movimiento político, luego los acontecimientos de Suiza y de Italia, y, por fin, la revolución de 1848. Me extenderé sobre la insurrección polaca, porque ella constituye una época de mi propia vida.[26]

Hasta 1846, me había yo mantenido al margen de todas las empresas políticas. No conocía a los demócratas polacos. Los alemanes en esa época, no intentaban todavía, según entiendo, ninguna acción en lo absoluto. Los franceses que yo conocía no me hablaban de nada. Ligados, desde hacía largo tiempo y muy íntimamente con los demócratas de Polonia, estaban sin duda alguna al corriente de los preparativos de la insurrección polaca, pero los franceses saben guardar un secreto, y como mis relaciones con ellos se limitaban a tratos superficiales, nunca pude saber por su intermedio nada. De suerte que los proyectos posnianos, las tentativas hechas en el reino de Polonia, la insurrección de Cracovia y los sucesos de Galicia me sorprendieron por lo menos tanto como a todo el mundo. La impresión producida en París por estos acontecimientos fue inimaginable: durante dos o tres días toda la población vivió en la calle. La gente se hablaba sin conocerse. Todos exigían, todos esperaban, con la impaciencia febril noticias de Polonia. Este súbito despertar, este movimiento general de los espíritus y las pasiones se apoderó igualmente de mí; yo también experimenté la impresión de despertar en mi turno,[27] y me decidí a salir, a cualquier precio, de mi inactividad y a tomar una parte activa en los sucesos que se preparaban.

RELACIÓN CON LOS POLACOS

Con tal efecto, tuve que hacer presente mi persona ante la atención de los polacos, que me habían olvidado, y con tal intención publiqué un artículo sobre los polacos y sobre los uniatos de la Rusia Blanca, de que todos los periódicos de Occidente se ocupaban entonces. El artículo apareció en *El Constitucional* a principios de la primavera de 1846, y cayó sin duda en manos del Gobierno. Cuando lo mandé al gerente de *El Constitucional* -Murrucéau-, éste me dijo: "Que se encienda fuego por los cuatro costados del mundo con tal de que salgamos de esta situación vergonzosa e insoportable". Le recordé estas palabras en febrero de 1848, pero, en esta época, ya se había arrepentido de ellas, asustado como estaba, igual que todos los liberales, con la oposición dinástica, con la revolución horrible y a la vez singular que habían provocado ellos mismos.[28]

Hasta 1846, mis pecados no habían sido pecados voluntarios; provenían más bien de mi aturdimiento y de mi carácter exagerado por decirlo así todavía adolescente, porque si el número de los años hacía de mí un adulto, yo había permanecido, por mucho tiempo más,

[26] Semejante descripción, relativa a los años anteriores a la revolución de 1848, aparece en otros libros de Bakunin, como "Estatismo y Anarquía", Zurich, 1873, ed. castellana "La Protesta", Buenos Aires, 1919; en el volumen V de las "Obras completas", etc. (M. N.)

[27] Advertencia de Bakunin al Zar acerca de la opinión pública entonces que festejaba toda rebelión contra su autoridad. (M. N.)

[28] El artículo de "El Constitucional", que tardó tanto en aparecer, deseaba la victoria de la insurrección polaca, pero se ocupaba en particular de otros asuntos. Bakunin protestó contra la "rusificación" de Lituana, Rutenia, etc. (M. N.)

como adolescente desprovisto de experiencia. Pero a partir de esta fecha, comencé a pecar conscientemente, intencionalmente, y con un objetivo más o menos definido, Sire, no trataré en modo alguno de excusar mis delitos imperdonables, ni de hablarle de un remordimiento tardío.[14*] *El arrepentimiento en mi situación es tan inútil como pecador después de su muerte: expondré únicamente los hechos sin disimular ni atenuar ninguno de ellos*.[29]

Poco después de la publicación del artículo arriba mencionado, fui a Versalles, sin que me hubieran llamado, espontáneamente, con la intención de conocer a los miembros de la Central del partido democrático polaco, con el objeto de trabar acciones comunes y de ponerme de acuerdo con ellos. Era mi intención proponerles actuar en su sentido sobre los rusos del reino de Polonia, sobre los de Lituania y de Polonia, pues lo suponía que ellos mantendrían en esas provincias suficientes relaciones como para desarrollar en ellas una propaganda activa. Pero el fin que me proponía era la revolución rusa y la república federativa de todos los Estados eslavos – federativa, por lo demás, desde sólo el punto de vista administrativo, pero centralizada desde el punto de vista político.

Mi tentativa no obtuvo éxito. Vi, en muchas oportunidades, a los demócratas polacos, pero no llegué a entenderme con ellos. Primero, en razón de la discordancia de nuestros concepciones y de nuestros sentimientos nacionales. Me parecían muy limitados, mezquinos, exclusivistas, y que no veían en el mundo nada que no fuera Polonia, incapaces de comprender los cambios sobrevenidos en Polonia misma, después del sometimiento completo del territorio. Ellos, por otra parte, desconfiaban de mí, y no esperaban mucho de mi colaboración. De manera que, después de algunas entrevistas infructuosas, dejamos del todo de vernos, y esta tentativa, aunque criminal en su finalidad, no pudo llegar a ningún resultado criminal.

Desde el verano de 1846, hasta el mes de noviembre de 1847, permanecí nuevamente en completa inactividad, ocupándome de ciencias, como antaño; siguiendo con febril atención la creciente agitación de Europa, ardiendo de deseos por tomar en ello una parte activa, pero sin hacer nada de positivo. Ya no veía a los demócratas polacos, pero encontré a muchos jóvenes polacos emigrados en 1846 y, en consecuencia, convertidos casi todos en místicos a la manera de Mickiewicz. En el mes de noviembre estuve enfermo y permanecía en mi alcoba, con la cabeza afeitada, cuando dos de esos jóvenes vinieron a verme para proponerme que dijera un discurso con motivo del aniversario que celebraban los polacos y los franceses, en memoria de la revolución de 1831.[30]

Acepté el ofrecimiento con júbilo, me mandé hacer una peluca y, preparado mi discurso de tres días, lo pronuncié en una reunión, ante un público numeroso, el 17-19 de noviembre de 1847. Sire, Usted conoce, acaso, esa desdichada alocución que señala el principio de mis tristes y criminales aventuras. Fue a continuación de tal discurso que, por reclamación de la Embajada rusa, fui desterrado de París y me refugié en Bruselas.[31]

Ahí, Lelewel me preparó un nuevo triunfo: pronuncié un segundo discurso, que habría sido publicado si la revolución de febrero no lo hubiera impedido. En ese discurso, que era como la continuación y el desarrollo del primero, hablé largamente de Rusia, de su pasado, de la antigua

---

[14*] Aquí, de puño y letra del Zar: "No es cierto; todo pecador puede salvarse por el arrepentimiento, siempre que sea arrepentimiento sincero".

[29] Declaración formulada antes de abordar el espinoso tema de las relaciones polacas. (M. N.)

[30] Interesante testimonio sobre su primer proyecto. Los polacos no confiaban en Bakunin, porque lo sabían igualmente opuesto a su imperialismo y aristocratismo así como al zarismo. (M. N.)

[31] "Informe del XVIII aniversario de la revolución polaca del 29 de noviembre de 1830, celebrado en París, en la reunión general del 29 de noviembre de 1847, bajo la presidencia de M. Vavin, diputado, Zdanie sprawy z 17go obchoda roczniczy rewolucyi polskiéj roku, 1830". (París, 40 pág., in-8º, imprenta de L. Martinet). Se agregan páginas sobre el debate en la Cámara de Diputados a propósito de la expulsión de Bakunin (4 de febrero, 1848). (M. N.)

animosidad y la lucha entre Rusia y Polonia; hablé también del gran porvenir de los eslavos, de su misión consistente en renovar el mundo occidental corrompido; luego, después de haber dado una ojeada global sobre la situación de Europa y predicho una revolución europea inminente, un espantoso cataclismo y, más particularmente, la destrucción inevitable del Imperio de Austria, terminé con estas frases: "Preparémonos, y cuando haya llegado la hora, que cada cual cumpla con su deber"[15*].[32] Por lo demás, hasta este momento y a pesar de mi vivísimo deseo de acercarme a los polacos, no logré ligarme íntimamente con ninguno de ellos, y todas nuestras relaciones se limitaron a recíprocos cumplidos y a frases de simpatía. Nuestras naturalezas, nuestras concepciones, nuestros gustos eran demasiado antagónicos para que pudieran realizar una unión real entre nosotros. Por lo demás, en ese mismo instante, los polacos concibieron con respecto a mí más desconfianza que nunca. Con sorpresa y gran aflicción mías, por vez primera se difundió el rumor de que yo era un agente provocador del gobierno ruso. Supe, más tarde, por los polacos, que la Embajada rusa, interrogada con respecto a mí por el ministro Guizot, había contestado: "Es un hombre al que no le falta talento; nosotros lo utilizamos, pero hoy ha ido demasiado lejos", y que Guizot transmitió tal respuesta al conde Zartoriski. Supe igualmente que el ministro Duchatel escribió a propósito de mí al Gobierno belga, afirmando que yo no era un emigrado político, sino un simple ladrón, que había evaporado una gran suma en Rusia, luego había fugado y que me habían condenado a trabajos forzados como consecuencia del robo y de la invasión. Este rumor, de todos modos, así como las demás razones referidas anteriormente, hicieron imposible toda intimidad entre los polacos y yo.[33]

NUEVAMENTE EN BRUSELAS

En Bruselas, fui introducido en la sociedad formada por los comunistas y los radicales belgas y alemanes unificados. Estaban en relación con los cartistas ingleses y con los demócratas franceses. Esa sociedad, además, no era clandestina; celebraba sesiones públicas; probablemente realizada también sesiones secretas, pero no tomé parte en ellas. Y hasta sólo asistí dos veces a esas sesiones públicas, después de lo cual dejé de frecuentarlas, porque sus maneras y su tono no fueron de mi agrado. Sus exigencias me parecieron igualmente intolerables, de manera que me atraje el descontento y hasta el odio de los comunistas alemanes que, con más encarnizamiento que los demás, lanzaban gritos a propósito de mi pretendida traición.[34] Yo frecuentaba más bien los círculos aristocráticos. Conocí al general Skrzynecki y, por intermedio de él, al conde Merodé, ex ministro, y a un francés, el conde de Montalembert, yerno del último. Dicho en otra forma, me encontraba en el núcleo de la propaganda de los jesuitas. Se esforzaban por convertirme al catolicismo y, como junto con los jesuitas había también damas que se ocupaban de mi salvación, me entretenía pasablemente en su compañía. Al mismo tiempo yo escribía para *El Constitucional* artículos acerca de Bélgica

---

[15*] En francés en el texto: "Préparons-nous et, quand l'heure aura sonné, que chacun de nous fasse son devoir!".

[32] Discurso pronunciado el 14 de febrero de 1848 en la Salle del Impasse du Cheval, cerca de la calle del Fossé-aux Loups, conmemorando la ejecución de Simón Konarski en Vilna. Lelewel y Bakunin fueron los principales oradores. (M. N.)

[33] La emigración polaca en Brulesas tenía disensiones. La Cámara de Diputados se ocupó de la expulsión de Bakunin de Alton Shee, y como Guizot hiciera alusiones a Bakunin, éste lo desafió en "La Reforma". (M. N.)

[34] Se trataba de la "Asociación democrática", internacional en su formación y sus relaciones, fundada en agosto de 1847, así como del "Deutscher Arbeiter Verein", sociedad obrera alemana, establecida a fines del mismo mes. Las cartas de Bakunin a Herwegh (fines de diciembre) y a Anuenkof nos dan a conocer sus impresiones inmediatas ante los ambientes polaco, belga y alemán, este último bajo la influencia preponderante de Marx. La repulsión que Bakunin sintió por Marx en 1844. la volvió a sentir con respecto a un grupito de obreros marxistas nuevamente. (M. N.)

y los jesuitas belgas, sin cesar por esto de seguir la marcha acelerada de los sucesos políticos en Italia y Francia.[35]

LA REVOLUCIÓN 1848

En fin, estalló la revolución de febrero. Desde que supe que estaban batiéndose en París, pedí prestado -para obviar cualquier eventualidad- un pasaporte a una persona de mi conocimiento y me puse en camino hacia París. Pero el pasaporte no servía: "La República se ha proclamado en París", tales fueron las primeras palabras que oímos en la frontera. Ante esa noticia, sentí un estremecimiento: llegué a pie a Valenciennes, pues el ferrocarril estaba destruido. En todas partes, muchedumbres, gritos de entusiasmo, banderas rojas en todas las calles, en todas las plazas y sobre los edificios públicos. Fui obligado a hacer un rodeo, porque la vía férrea estaba destruida en muchos puntos, y llegué a París el 26 de febrero, tres días después de proclamada la República. Ya, en el camino, todo me divertía, pero que le diré, Sire, de la impresión que me causó París. Esa ciudad enorme, centro de la cultura europea, se había vuelto repentinamente un Cáucaso salvaje: en cada calle, casi en todas partes se erguían barricadas como montañas llegando casi hasta los techos. Sobre las barricadas, entre las piedras y los muebles amontonados, semejantes a los georgianos con sus gañotes, obreros, de pintoresca blusa, negros de pólvora y armados hasta los dientes. Gordos tenderos de rostro bestializado por el terror miraban miedosamente desde las ventanas. En las calles y bulevares, ni un solo carruaje. ¡Habían desaparecido todos los antiguos fatuos, todos los odiosos dandies de lente y bastón, y en su lugar,[16*] mis nobles obreros, masas entusiastas y triunfales, blandiendo sus rojas banderas, entonando canciones patrióticas embriagadas con su victoria! Y en medio de tal alegría sin límites, de esa borrachera, todos eran tan dulces, humanos, compasivos, honrados, modestos, corteses, amables y espirituales, que sólo en Francia -y más aún, sólo en París- es posible ver algo semejante. En seguida, durante una semana, habité con obreros en el cuartel de la calle Tournon, a dos pasos del Palacio del Luxemburgo. Este cuartel, antes reservado para la guardia municipal se había convertido entonces, como muchos otros, en una fortaleza republicana de acantonamiento al ejército de Caussidiére. Yo había sido invitado a permanecer ahí por un amigo demócrata que comandaba un destacamento de quinientos obreros. Tuve, pues así, oportunidad de ver a los obreros y estudiarlos desde la mañana hasta la noche. Sire, le aseguro, nunca, en ninguna parte, en ninguna otra clase social, hallé tan noble abnegación, tanta integridad verdaderamente conmovedora, tal delicadeza en los ademanes y tan amable alegría unidas a semejante heroísmo, como entre esas gentes sencillas, sin cultura que siempre valieron y valdrán mil veces más que sus jefes. Lo que sorprende sobre todo en ellas es su profundo instinto de disciplina; en sus cuarteles no podía haber orden establecido ni ley, ni coacción, pero, ojalá algún soldado regular sepa obedecer con tanta exactitud, adivinar con tanto acierto los deseos de sus jefes y mantener el orden tan estrictamente como esos hombres libres. Ellos con pasión. En su penoso servicio, durante jornadas enteras, soportaban el hambre y no por eso eran menos amables y siempre alegres. Si esos hombres, si esos obreros franceses hubieran encontrado un jefe digno, capaz de comprenderlos y de quererlos, ese jefe habría podido realizar milagros con ellos.

Sire, no podría darle cuenta exacta de ese mes pasado en París, porque fue un mes de embriaguez del alma. No sólo estaba yo como ebrio, sino que todos lo estaban también. Unos de miedo loco, los otros de loco éxtasis, de insensatas esperanzas. Me levantaba a las cuatro o las cinco de la mañana, me acostaba a las dos, permaneciendo de pie todo el día, concurriendo

[35] Bakunin tropezó con su resistencia a los medios democráticos polacos, en los cuales sólo simpatizaba con Lelewel. (M. N.)

[16*] De puño y letra del Zar. N. B.

a todas las asambleas, reuniones, clubes, procesiones, paseos o demostraciones. En una palabra, aspiraba con todos mis sentidos y mis poros la embriaguez de la atmósfera revolucionaria. Era una fiesta sin principio ni fin. Veía a todo el mundo y no veía a nadie, porque cada individuo se perdía en la misma turba innumerable y vagabunda. Hablaba a todo el mundo sin acordarme de mis palabras ni de las de los demás, porque la atención era absorbida a cada paso por los acontecimientos y los nuevos objetivos por inesperadas noticias. Esa fiebre general no era menos mantenida y reforzada por las noticias que llegaban de otras partes de Europa. Se oían frases como éstas: "Se están batiendo en Berlín. El rey se ha fugado después de haber pronunciado un discurso. Se baten en Viena. Matternich escapó: han proclamado la República. ¡Toda Alemania está sublevada! Los italianos han triunfado en Milán y Venecia; los austriacos han sufrido una vergonzosa derrota. La República ha sido proclamada ahí: ¡Toda Europa se vuelve República! ¡Viva la República!"[17*]

Parecía que el universo entero se hubiera dado vuelta. Lo increíble era lo habitual. Lo imposible, posible. Y lo posible y lo habitual, insensatos. En una palabra, el estado de los espíritus era tal entonces, que si alguien hubiera venido a decir: "El buen Dios acaba de ser arrojado del cielo, la república ha sido proclamada allí", todo el mundo lo habría creído y nadie se hubiera llamado a sorpresa. Y no eran sólo los demócratas los que sentían tal embriaguez. Por el contrario: ellos fueron los primeros en recuperar el sentido, obligados como estaban a consagrarse al trabajo y a consolidar un poder que les había sido entregado sin esperarlo y como por milagro. El partido conservador y la oposición dinástica vuelta en un día más conservadora que los conservadores mismos, en una palabra todos los hombres del antiguo régimen creían, más que los demócratas, en todos los milagros e inverosimilitudes. Hasta habían dejado de creer que dos y dos son cuatro y Thiers en persona lo declaró: "No nos queda más que una cosa, hacernos olvidar".[18*] Esto sólo explica la prontitud y la unanimidad con que todas las ciudades de provincia y todas las clases en Francia reconocieron la República.[36]

Pero ya es tiempo de que vuelva a mi propia historia. Después de dos o tres semanas de esta embriaguez, me despabilé un poco y comencé a plantearme esta cuestión: ¿qué voy a hacer ahora? Mi misión no estaba en París ni en Francia; mi puesto estaba en la frontera rusa. La emigración polaca se reunía ahí en esos momentos, preparándome a la guerra contra Rusia. Yo debía hallarme ahí a fin de actuar simultáneamente sobre los rusos y sobre los polacos en forma de no permitir que esa guerra degenerara en una guerra de Europa contra Rusia, con miras como lo han declarado a veces a rechazar a este pueblo bárbaro hacia los desiertos del Asia. Debo actuar de modo, pensaba yo, que la mencionada guerra no se convierta en una batalla de los polacos germanizados contra el pueblo ruso, sino en una guerra eslava, en una guarra de los eslavos libres y unidos contra el Emperador ruso.[37]

Sire, no me extenderé sobre el carácter criminal y el donquijotismo de mi empresa. Si me detengo en este último es a fin de definir más claramente mi situación de entonces, mis medios y mis relaciones. Considero absolutamente indispensable una explicación detallada sobre este punto, sabiendo que mi partida de París fue ocasión de numerosas acusaciones mentirosas y de sospechas.

[17*] En francés en el texto original.

[18*] En francés en el texto original ruso: "Il ne nous reste plus qu'une chose, c'est de nous faire oublier".

[36] Estas páginas, aparecidas en "Journal du People" de París, constituyen un mentis a los rumores esparcidos sobre Bakunin y demuestran su auténtico ímpetu revolucionario. Además, Bakunin lanzó en 1848 en diversos periódicos artículos alentando la revolución. (M. N.)

[37] Esto confirma las declaraciones de Bakunin en Dresde, así como su carta a su defensor, en 23 de marzo de 1850. (M. N.)

ACUSADO DE AGENTE FRANCÉS Y POLACO

Sé, ante todo, que algunos me han hecho pasar por agente de Ledru-Rollin.[38] Sire, en esta confesión, no le he ocultado uno solo de mis pecados y de mis crímenes. He puesto desnuda, ante Usted, mi alma. Ha visto mis extravíos. Me ha visto caer de locura en locura, de un error a un pecado, y de un pecado en el crimen… Pero Usted no dudara de mis palabra, Sire, si le digo que a pesar de todas mis locuras, de toda la perversidad de mis ideas y de mis crímenes, yo había, al menos, conservado demasiado orgullo, independencia, dignidad y, en fin, amor hacia mi patria para consentir en ser, con respecto a ésta, el despreciable agente, instrumento ciego y sucio de un hombre o de un partido cualquiera. En mis deposiciones, en muchas oportunidades, he afirmado que apenas he conocido a Ledru-Rollin, que no lo he visto sino una vez y que sólo le he dirigido una decena de palabras sin importancia: aquí lo vuelvo a repetir, porque es la verdad.[39] Conocí más íntimamente a Luis Blanc y a Flocon, pero no conocí a Albert sino después de mi regreso de Francia.[19*] Durante todo el mes que pasé en París, comí tres veces en casa de Luis Blanc, e hice a Flocon una visita; además, he comido muchas veces en casa de Caussidiére, el prefecto de policía revolucionario, en cuya casa encontré a menudo a Albert. No vi entonces a otros miembros del gobierno provisional. Un solo hecho habría podido proporcionar, pretexto a la mencionada acusación, pero ese hecho parece haber permanecido ignorado de mis acusadores.

Habiendo decidido dirigirme a la frontera rusa y careciendo del dinero necesario para el viaje, traté mucho tiempo de procurármelo de mis amigos y conocidos, pero no lo conseguí, por lo que resolví muy a mi pesar dirigirme a los demócratas del Gobierno Provisional. Redacté, pues, en cuatro ejemplares la siguiente carta que mandé a Flocon, Luis Blanc, Albert y Ledru-Rollin: "Desterrado por el gobierno derrocado y habiendo regresado a Francia después de la revolucion de febrero, tengo actualmente la intención de dirigirme a la frontera rusa, al educado de Posnania, a fin de actuar de acuerdo con los patriotas polacos. Para hacer esto, necesito dinero y ruego a los miembros demócratas del Gobierno Provisional que me presten dos mil francos, *no como un donativo gratuito que no deseo y que mucho menos pretendo exigir, sino a título de préstamo*, prometiéndoles devolver esta suma en cuanto me sea posible". Al recibir esta carta, Flocon me pidió que fuera a verle y me dijo que él y sus amigos del Gobierno Provisional consentían en prestarme esa pequeña suma y más si yo quería, pero que antes debía conferenciar con la Central Polaca, pues estando vinculados estrechamente a ésta, dependían de ella en todo lo concerniente, aun de lejos, a Polonia. ¿De qué clase de "conferencia" se trataba? Lo ignoro, como también ignoro lo que los demócratas polacos dijeron de mí a Flocon. Sólo sé una cosa, y es que al día siguiente me ofrecieron una suma mucho mayor, que tomé dos mil francos y que, al decirme adiós, me pidió que le escribiera desde Alemania y Polonia para su periódico *La Reforma*. Le escribí dos veces: al principio, desde Colonia, y más tarde a fines de 1848, al enviarle mi *Llamado a los eslavos*.[40] En lo que a él se refiere, nunca recibí ninguna carta suya, ninguna orden, y no mantuve con él relaciones directas ni indirectas. Cuanto al dinero, yo nunca lo devolví, porque viví en Alemania en perpetua miseria.

Me acusaban, en segundo lugar, o más bien -no había hechos positivos para formular una acusación- sospechaban de que yo había estado en relaciones secretas, al partir a París, con los demócratas polacos, para actuar de conformidad con ellos, conforme a una misión y según

---

[38] En este sentido se pronuncia un informe de la policía de Berlín, del 26 de junio de 1849, inserto en la traducción alemana de la "Confesión", Berlín, 1926, págs. 97 y 98. (M. N.)

[39] Bakunin escribió a su defensor que sólo había hablado con Ledru-Rollin una vez en la vida, durante cinco minutos. (M. N.)

[19*] Hay aquí, probablemente, un error; debe leerse: "Bélgica". N. de la edición francesa.

[40] No he encontrado nada de Bakunin en "La Reforma". Pero escribió muchas cartas acompañando su "Llamado a los eslavos". (M. N.)

plan combinado de antemano.[41] Esta sospecha sería perfectamente natural, pero igualmente desprovista de todo fundamento. Es preciso distinguir dos cosas en las emigraciones: la gran masa que hace ruido y las sociedades secretas, compuestas de pocos hombres emprendedores, cuya mano dirige invisiblemente la masa, preparando la acción en tenidas secretas. Yo conocía entonces la masa de emigrados polacos, y ella me conocía también, me conocía mejor de lo que habría podido conocer a cada uno de los emigrados, porque éstos eran innumerables y yo resultaba ser el único ruso entre ellos. Yo oía lo que ellos decían -sus bravatas, sus ensueños, sus esperanzas-, en una palabra todo lo que cualquiera persona habría podido escuchar por poco que quisiera. Pero no tomaba yo participación alguna en las reuniones y no estaba en la confidencia de secretos de los verdaderos conspiradores. En ese momento, no había en París sino dos sociedades polacas serias: la sociedad de Zartoriski y la de los demócratas. Nunca tuve relación con la de Zartoriski y no lo vi a él sino una sola vez. En 1846, tuve la intención de entrar en relaciones con la Central Democrática, pero esta tentativa no se vio coronada por el éxito. En París, después de la revolución de febrero, no pude hallar ninguno de sus miembros, de manera que estaba entonces mucho menos al corriente de las cosas concernientes a los planes de los demócratas polacos que de lo que se refería a los demócratas belgas, italianos y más especialmente a las empresas alemanas de la época. Entre los italianos yo conocía a Mamiani, al general Pepe, que no pertenecían a ninguna sociedad. Entre los belgas, conocía a algunos jefes, y estaba al corriente de sus proyectos, pero no me mezclaba en sus asuntos. Sin embargo, en lo que estaba más íntimamente iniciado era en las cuestiones alemanas, pues me encontraba en relaciones amistosas con Herwegh, que tomaba en ellas una parte muy activa. Asistí a los comienzos de la desdichada campaña en el territorio de Baden, estuve al corriente de sus recursos, de sus auxiliares, de sus armamentos, de las promesas hechas por el Gobierno Provisional, del número de obreros enrolados en su regimiento, así como de sus relaciones con las demócratas badenses: todo esto lo sabía yo porque era amigo de Herwegh, pero sin que me ligara en forma alguna ni me confundiera ningún propósito con los suyos.[42]

A fin de completar el cuadro de mi situación de entonces y no dejar ninguna sombra de mentira, debo decir algo sobre los rusos. Decir que los conocí, no puede comprometerlos más de lo que están comprometidos por sí mismos en París. Ivan Golovin, Nicolás Sasonof, Alejandro Herzen y, acaso, aun Nicolás Ivanovich Turguenev, tales son los únicos rusos de quienes se puede, con cierta razón, sospechar que mantuvieran relaciones políticas conmigo. Pero, en lo tocante a Golovin no lo amaba ni respetaba; yo era muy reservado con él, y, de acuerdo con la revolución de febrero, no creo haberlo vuelto a ver. Nicolás Sasonof es un hombre inteligente, cultivado, dotado, pero de un amor propio exagerado. Se ha declarado mi enemigo precipitadamente porque no me dejé convencer de la independencia de la aristocracia rusa, de la cual se consideraba el representante más o menos cabal. No creía en su amistad, pero lo veía con frecuencia y me gustaba su conversación inteligente y cortés.

Después de mi regreso de Bélgica, lo encontré muchas veces en casa de Herwegh. Me trató fríamente, y según supe después, es él quien primero propagó el rumor de mi supuesta dependencia de Ledru-Rollin. Yo tenía mucha simpatía por Herzen. Es un hombre de una gran bondad, noble, espiritual, brillante, un poco charlatán y epicúreo. Lo vi en París durante el verano de 1847. En esa época, no pensaba aún en emigrar, y se divertía más que los otros con mis tendencias políticas. El mismo se ocupaba de cuestiones y problemas de toda clase, más particularmente de literatura. A fines del verano del mismo año, partió a Italia y volvió a París en el verano siguiente, dos o tres meses después de mi partida, de manera que no nos volvimos a encontrar. No nos volvimos a ver y no nos escribimos nunca. Pero una vez, él me envió dinero

[41] En el informe policial de 1849 -reforzando lo dicho en la nota 38- se acusa a Bakunin de propiciar el asesinato del emperador de Rusia. Bakunin estaba obligado a destruir, ante todo, esa acusación para que el Zar prestará crédito a sus demás afirmaciones. (M. N.)

[42] Comprobación de lo que, por otras fuentes, se conoce. (M. N.)

por intermedio de Reichel. Por fin, en lo que concierne a N. I. Turguenev, sólo puedo decir lo siguiente: entonces vivía, más que nunca, al margen, y, rico propietario y rentista, estaba pasablemente asustado por la revolución. Sólo lo vi al paso y de prisa.[43]

En una palabra, Sire, tengo plenamente el derecho de afirmar que mi vida, mis proyectos y mis actos se han desarrollado fuera de toda sociedad, sin ninguna influencia o impulso externo. Mi locura, mis pecados y mis crímenes me pertenecen nada más que a mí. Soy un gran culpable, pero jamás me he rebajado a ser agente de alguien, o esclavo de las ideas de otro.

"OTRA INFAME ACUSACIÓN": TERRORISTA

Hay, además, contra mí otra acusación, infame acusación por cierto:

Me acusan de haber tenido la intención de atentar contra la vida de Su Majestad Imperial, de acuerdo con dos polacos, cuyos nombres he olvidado ya. No quiero entrar en los detalles de semejante calumnia. He hablado de manera detallada de ella en mis deposiciones hechas en el extranjero, y me daría vergüenza extenderme más sobre el tema. Sólo diré una cosa, Sire: yo soy un criminal con respecto a Usted y a la ley, pero sé también perfectamente que mi alma no ha sido nunca capaz de un crimen ni de una cobardía. Residente más en mi imaginación que en mi corazón, mi fanatismo político tenía también límites bien definidos, y nunca ni Bruto, ni Ravaillac, ni Alibaud fueron mis héroes. Además, Sire, nunca hubo en mi alma el más insignificante fermento de odio contra Usted. Cuando yo era suboficial en la escuela de artillería, le amaba ardientemente al igual que todos mis camaradas. En esa época, cuando Usted llegaba al campamento, las meras palabras: "El Emperador llega", nos hundían en un éxtasis inefable, y todos nos precipitábamos a su encuentro. En su presencia, ignorábamos el miedo; al contrario, junto a Usted y bajo su protección buscábamos refugio contra nuestros jefes, jamás se atrevieron a seguirnos en Alejandría. Era, lo recuerdo, en la época del cólera. Usted estaba triste, nosotros le rodeábamos en silencio. Le mirábamos con veneración sin límites, y cada cual de nosotros sentía en su alma su gran tristeza, aunque no conocíamos sus razones, -¡y qué dichoso era aquel a quien Usted dirigía la palabra!- Más tarde. Mucho más tarde, en el extranjero, cuando yo era ya un demócrata obstinado, me creí obligado a odiar al Emperador Nicolás; pero ese odio residía en mi imaginación, en mis ideas, no en mi corazón. Odiaba a un personaje político abstracta, a la Encarnación del Poder Autocrático en Rusia, al opresor de Polonia, pero no a la Figura Viviente y Majestuosa que se me apareció en los comienzos de mi vida y que se grabó en mi joven corazón.

¡Las impresiones de la juventud no se borran tan fácilmente, Sire! Y, además, en lo más hondo de mi fanatismo político, mi locura ha conservado ciertas medidas. Mis ataques contra Usted no han salido nunca de la esfera política. Me atreví a llamarle déspota, cruel, duro, implacable. He predicado el odio y la insurrección contra su poder, pero jamás me he atrevido, jamás he querido, jamás habría podido manchar con palabras sacrílegas Su Personalidad, Sire. En fin -¿cómo decirlo? me faltan las palabras para expresar una diferencia que, sin embargo, siento profundamente-, jamás he hablado o escrito como un cobarde lacayo que injuria a su amo, calumniándolo y ofreciéndolo porque sabe que este último no lo oye o se halla demasiado lejos para golpearlo con su bastón. En fin, Sire, hasta en los últimos tiempos, a despecho de todas mis ideas democráticas y como a pesar mío, yo sentía por Usted profundo respeto. Y no era el único. Muchos otros, polacos y europeos en general, convenían conmigo que, entre todas las

[43] Estas observaciones sobre los emigrados no les causaban daño. Además, la policía había encontrado ya entre los papeles de Bakunin cartas de una hermana de Sasonof. Quizás estas referencias a Sasonof tuvieran por objeto desviar sanciones que pendían sobre él. (M. N.)

actuales testas coronadas, Usted, y sólo Usted, Sire, había conservado la fe en su Misión de Zar. Con tales sentimientos, con tales ideas y cualquiera que pueda ser toda mi locura política, yo no podía convertirme en un regicida, y Usted estará convencido, Sire, de que tal acusación no es otra cosa que una infame calumnia.[44]

OTRA VEZ EN LA PELEA

Vuelvo ahora a mi relato. Después de tomar el dinero de Flocon, fui a buscar un pasaporte donde Caussidiére. No me contenté con uno solo, tomé dos, por cualquier evento, uno a mi nombre y otro a nombre imaginario, porque deseaba ocultar todo lo posible mi presencia en Alemania y en Polonia. Después de lo cual, habiendo comido en casa de Herwegh y cargado de cartas y comisiones para los demócratas badenses subí a la diligencia y me dirigí a Estrasburgo. Si, en el carruaje, alguien me hubiera interrogado sobre el objetivo de mi viaje o hubiera consentido en responderle, se habría desarrollado el siguiente diálogo: – "¿Con qué fin vas tú?" – "Voy a conspirar". – "¿Contra quién?" – "Contra el Emperador Nicolás". – "¿De qué manera?" – "Ni yo mismo lo sé". – "Pero ¿adónde vas tú ahora?" – "A Posnania". – "Por qué, precisamente, a Posnania?" – "Porque he sabido por los polacos que allá hay más vida, más movimiento y que sería más fácil actuar sobre el reino de Polonia, desde Posnania que no desde Galicia". – "¿De qué medios dispones?" – "De dos mil francos". – "¿Qué esperanzas tienes con respecto a tus recursos?" – "Ninguna esperanza determinada, pero los encontraré quién sabe cómo". – "¿Tienes conocimientos y relaciones en Posnania?" – "Excepto algunos jóvenes que he visto con bastante frecuencia en Berlín, no conozco ahí a nadie". – "¿Cómo, pues, quieres tú, solo y desprovisto de medios, luchar contra el Zar ruso?" – "Tengo a la revolución de mi lado y espero, una vez llegado a Posnania, salir de mi aislamiento". – "En la hora actual, los alemanes se vuelven contra Rusia, glorificando a los polacos y preparándose a hacer con ellos la guerra al imperio ruso. Tú, ruso, ¿vas a aliarte a ellos?" – "¡Dios me libre! En cuanto los alemanes se atrevan a poner un pie sobre territorio eslavo me convertiré en su implacable enemigo; pero, precisamente, voy a Posnania para impedir por todos los medios la monstruosa alianza de polacos y alemanes contra Rusia". – "¿Pero los polacos no están en capacidad de luchar solos contra las fuerzas rusas?" – "Solos, no; pero, aliados a los demás eslavos, y, más especialmente, si consigo arrastrar a los rusos del reino de Polonia"… – "¿En qué fundas tus expectativas? ¿Mantienes relaciones con los rusos?" – "Absolutamente no, pero pongo toda mi esperanza en la propaganda y el poderoso espíritu de la revolución que, en la actualidad, se ha apoderado del mundo entero".[45]

Abstracción hecha de la inmensidad del crimen, Sire, Usted encontrará risible que yo solo, sin un nombre célebre y sin poder real, partiera a combatir contra Usted, el gran Zar de un inmenso Imperio. Hoy me doy completamente cuenta de toda mi locura; yo mismo reiría si tuviera fuerzas, y cierta fábula de Ivan Andreievich Krilov acude involuntariamente a mi memoria… Pero, entonces, yo no veía nada, no quería pensar en nada y como un insensato corría a una pérdida inevitable. ¡Y si hay algo que, en cierta medida, me pudiera servir de excusa, no diré a la perversidad, sino al absurdo de mi equipamiento, es que yo salía de un París sumido en la embriaguez, y que yo mismo estaba ebrio, y que todo el mundo, en mi derredor, estaba como ebrio también!

[44] Bakunin había escrito desmintiendo la acusación de querer asesinar al Zar, dirigiéndose a su defensor, en una carta fechada el 23 de marzo de 1850, proporcionando numerosos datos al respecto. (M. N.)

[45] El plan de Bakunin consistía en dar a la lucha contra el zarismo un carácter de lucha exclusivamente eslavo. (M. N.)

Al llegar a Francfort, al comienzo del mes de abril, encontré ahí una inmensa multitud de alemanes llegados de toda Alemania para el *Vor-Parlament*. Conocía a casi todos los demócratas, mandé las cartas y cumplí los encargos de Herwegh observando mucho el caos alemán y esforzándome por hallarle un sentido, por descubrir un germen de unidad en esa nueva torre de Babel. Quedé en Francfort alrededor de una semana. Fui a Maguncia, en Mannheim, a Heidelberg; asistí a numerosas reuniones populares armadas y no armadas; frecuenté los clubes alemanes, conocí personalmente a los más importantes jefes de la insurrección badense, me puse al corriente de todas sus empresas, pero sin tomar parte activa en ninguna de éstas, deseándoles, sí, el mayor éxito posible y simpatizando con ellas. Pero, en lo que me concernía a mis propios proyectos, permanecí en completo aislamiento, tanto antes como después. Luego, dirigiéndome a Berlín, pasé algunos días en Colonia esperando allí la llegada de mis efectos, enviados desde Bruselas. A medida que me acercaba al norte, mi alma se enfriaba más y más. En Colonia, se apoderó de mí una indecible angustia, como el presentimiento de mi próxima pérdida.[46] Pero nada podía retenerme. Al día siguiente a mi llegada a Berlín, fui detenido. Me preguntaron primer por Herwegh, luego me metieron bajo cerrojos castigándome por poseer dos pasaportes. Por lo demás, no me detuvieron sino un día, después de lo cual me dejaron en libertad, bajo mi promesa de no volver a Posnania ni quedarme en Berlín, sino regresar a Breslau. El prefecto de policía, Minutoli, conservó el pasaporte hecho a mi nombre, pero me devolvió el otro, expedido al nombre de Leonhard Neglinski; el cual nunca había existido. Y, por propia iniciativa, me dio además otro pasaporte, a nombre de Wolf o de Hoffmann -no me acuerdo bien- probablemente con la laudable intención de que no perdiera yo la costumbre de viajar con dos pasaportes. Así, por decirlo de algún modo, sin haber visto en Berlín nada más que un puesto de policía, me encaminé y llegué a Breslau a fines de abril o principios de mayo.[47]

EN BRESLAU

Permanecí ininterrumpidamente en Breslau hasta el congreso eslavo, es decir, hasta fines de mayo, durante casi un mes. Desde el comienzo, traté de trabar conocimiento con los demócratas del lugar; luego, me puse a buscar a los polacos, con la intención de unirme a ellos. El primer punto fue fácil de realizar, pero, en cambio, el segundo resultó no sólo difícil sino imposible. En esa época, muchos polacos de Galicia, Cracovia, Posnania y, en fin, emigrados de París y Londres, se habían juntado en Breslau. Se trataba de una especie de Congreso Polaco. Este Congreso, a lo que parece, no tuvo resultados muy apreciables. Yo no asistí a las reuniones, pero supe por los demás que había sido ocasión de muchos rumores, de una profunda discordia y de altercados entre los partidos y las provincias, a continuación de lo cual los polacos se marcharon, sin tomarse ninguna resolución. Mi situación con respecto a ellos, desde el principio, fue penosa y rara: todos me conocían, todos eran muy amables conmigo, me dirigían hasta cumplidos, pero yo me sentía extraño entre ellos; y cuanto más dulces eran sus palabras, mi alma se enfriaba más y era menos posible que nos entendiéramos los unos a los otros. Además, en esa misma época, por segunda vez y con mayor intensidad que la primera, se había difundido entre ellos el rumor de mi supuesta traición. Los emigrados, particularmente los miembros de la sociedad democrática, eran los que más crédito prestaban a esta calumnia y la propagaban muy activamente. Más tarde, mucho más tarde, se disculparon de ello, haciendo responsable a un viejo charlatán, el conde Ledochowski, el cual, prevenido por Lamartine, no había tenido cosa más premiosa que hacer sino avisar a su vez a todos los demócratas polacos. Visiblemente, los polacos me hostilizaban y, perdiendo por fin la paciencia, comencé a

[46] En carta dirigida a Annenkof, el 17 de abril de 1848, Bakunin expresa idénticos sentimientos. (M. N.)
[47] Todo esto es exacto, Bakunin omite mencionar su paso a Leipzig, en donde devolvió la visita a Arnold Rüge. (M. N.)

alejarme, de manera que no tuve relaciones con ellos hasta el Congreso de Praga. No vi ya sino a un reducido número de ellos, sin ninguna intención política.[48]

En cambio, yo frecuentaba más a los alemanes, concurría a menudo a su club democrático y gozaba entre ellos, en aquel tiempo, de tal popularidad que sólo debido a mi gran influencia es que mi antiguo amigo Arnold Rüge fue elegido diputado de Breslau ante la Asamblea Nacional de Francfort. Los alemanes son singulares, pero son buenos, y casi siempre he logrado entenderme con ellos excepción hecha, sin embargo, de los literatos comunistas. Entonces, los alemanes jugaban a la política y me consideraban, al respecto, como un oráculo. No se trataba, en lo referente a ellos, de conspiraciones o planes serios, sino que hacía mucho ruido, cantaban canciones y consumían mucha cerveza y fanfarronería. Todo se hacía y discutía en la calle, ostensiblemente. No había ya leyes, ni autoridades; se disfrutaba de una libertad plena y entera, y todas las noches, a modo de diversión, se brindaba una pequeña insurrección.

Sus clubes no eran sino meras escuelas de elocuencia o, mejor, de habladurías.

Durante todo el mes de mayo permanecí completamente inactivo. Me adormitaba esperando mi hora. Tal abatimiento provenía, en gran medida, de las circunstancias políticas del momento. El fracaso de la insurrección de Posnania, que habría sido vergonzoso para el ejército prusiano, la expulsión de los polacos (emigrados) de Cracovia, luego su expulsión de Prusia, el fiasco completo de los demócratas badenses, la primera derrota de los demócratas de París,[49] todos esos eran otros tantos signos manifiestos de que acababa de iniciarse un reflujo contrarrevolucionario. Los alemanes no lo veían ni comprendían, pero yo me había compenetrado de su sentido y, por vez primera, comenzaba a dudar del éxito. Por fin se lanzaron a hablar del Congreso eslavo. Yo resolví ir a Praga con la esperanza de encontrar ahí mi punto de apoyo de Arquímedes para la acción.

Hasta esa época -excepción hecha de los polacos, y, desde luego, de los rusos- no había conocido un solo eslavo no había residido nunca en los estados austriacos. No conocía a los eslavos más que de oídas y por los libros. En París, no ignoran la existencia del club fundado por Cyprica Robert, que había reemplazado a Mickiewicz en la cátedra de literaturas eslavas. Pero no había frecuentado el club, pues no estaba deseoso de mezclarme con eslavos dirigidos por un francés. Además, el hecho de conocer e intimar con ellos era para mí una nueva experiencia, yo esperaba mucho del Congreso de Praga, creyendo más particularmente poder llegar a vencer, con ayuda de los demás eslavos, cuanto hay de estrecho en el amor propio de los polacos.

EL CONGRESO DE PRAGA Y LOS ESLAVOS

Si mis esperanzas no se vieron completamente realizadas, no fueron tampoco completamente desengañadas. Los eslavos, desde el punto de vista político, son verdaderos niños, pero he encontrado entre ellos un increíble frescor e inteligencia innata y energía incomparablemente mayores que en los alemanes. Su manera de abordarse era conmovedora, su deslumbramiento infantil, pero profundo; se les hubiera creído miembros de una sola familia, dispersa por el mundo juntado por vez primera, después de larga y dolorosa separación. Lloraban y reían. Se besaban. Su alegría, sus lágrimas, la cordialidad de su acogida carecían de declamaciones, de

[48] Cosa igualmente sabida, salvo el detalle que muestra a Lamartine repitiendo al conde Ledochowski lo que la embajada rusa había insinuado a Guizot. Lamartine fue a Relaciones Exteriores, y las mismas personalidades de la embajada probablemente lo influenciaron. (M. N.)

[49] El 15 de mayo de 1848, que eliminó a Blanqui, Barbés, Luis Blanc, Caussidiére, etc. (M. N.)

mentira, de afectada solemnidad. Todo era sencillo, sincero, marcado por un carácter sagrado. En París, me dejé arrastrar por la exaltación democrática, por el heroísmo de la masa popular, pero aquí me vi seducido por la sinceridad y el calor del sentimiento eslavo, ingenuo pero hondo. Sentí en mí latir un corazón eslavo, a punto tal que al principio había olvidado todas las simpatías democráticas que me vinculaban con Europa Occidental. Los polacos miraban a los demás eslavos desde la altura de su importancia política, manteniéndose un poco al margen, con una ligera sonrisa. Pero, por mi parte, al mezclarme a ellos, vivía con ellos, compartía sus alegrías con toda mi alma y todo mi corazón. Ellos también me querían, y yo disfrutaba entre ellos de una confianza casi general.

El sentimiento predominante entre los eslavos era el odio a los alemanes. La expresión enérgica, aunque poco cortés de "maldito alemán" cuya pronunciación es exacta en todos los dialectos eslavos, produce sobre cualquier eslavo un efecto increíble. Yo experimenté varías veces su poder y pude comprobar que estas palabras llegaban hasta vencer a los mismos polacos. A veces injuriar hasta vencer a los alemanes de palabra bastaba para que los polacos olvidaran su exclusivismo polaco, su odio contra los rusos y esa política astuta, pero no inútil, que frecuentemente los ha obligado a buscar los buenos auspicios de los alemanes; odio que, en una palabra, bastaba para hacerlos salir completamente de la estrecha repisa dolorosa y artificialmente helada en que estaban viviendo a pesar suyo, como consecuencia de sus grandes infortunios nacionales, y para reanimar, en fin, su vivo corazón eslavo obligándolos a sentir al unísono de sus hermanos de raza. En Praga, donde la indignación contra los alemanes no tenía límites, me sentí más cerca de los polacos mismos. El odio de los alemanes era el inagotable tema de todas las conversaciones; servía de vínculo entre desconocidos. Cuando dos eslavos se encontraban, su primera palabra casi siempre se dirigía contra los alemanes como si quisieran asegurarse con eso mutuamente que uno y otro eran verdaderos y buenos eslavos. El odio contra los alemanes es la base primer de la unión eslava, ese odio es tan inmenso y tan profundamente anclado en el corazón de todo eslavo, que hasta ahora, tengo la convicción, Sire, de que tarde o temprano, de una y otra manera, cualesquiera sean las condiciones políticas de Europa, los eslavos sacudirán el yugo alemán, y que llegará un período en que no habrá ya eslavos prusianos, austriacos ni turcos.[50]

La importancia del Congreso eslavo residía, a mis ojos, en el hecho de que él constituyó el primer encuentro, el primer contacto, la primera tentativa de los eslavos para unirse y comprenderse. Cuanto el Congreso en sí, fue como todos los demás Congresos y Asambleas políticas de la época, vacío de ideas y absurdo. En cuanto a los orígenes del Congreso eslavo, he aquí lo que yo sé:

Desde hacía mucho tiempo existía en Praga un círculo de estudios literarios que se había entregado a la tarea de conservar, cultivar y desarrollar la literatura checa y las costumbres nacionales, así como las de la nacionalidad eslava en general, oprimida, ofendida y menospreciada tanto por los alemanes como por los húngaros. Este círculo mantenía relaciones muy activas y continuas con otros círculos análogos de eslovacos, croatas, eslovenos y serbios, también con los luzacianos de Sajonia y Prusia, y se encontraba, por decirlo así, a la cabeza de todo el movimiento. Palacki, Schafarik, el conde Thun, Hanka, Kolar, Urban, Luis Stur y otros más eran los jefes de la propaganda eslava que, habiendo sido literaria en sus comienzos, poco a poco había llegado a adquirir importancia política. El gobierno austriaco, aunque no los amaba en absoluto, toleraba estas organizaciones, que constituían, en efecto, una oposición contra los húngaros. Para caracterizar esa actividad, me limitaré a citar un solo ejemplo: hace quince o dieciséis años, nadie, pero absolutamente nadie en Praga hablaba el checo, excepto acaso el bajo pueblo y los obreros. Todo el mundo vivía a la alemana y hablaba alemán, y se tenía

[50] Todo esta se halla, indudablemente, bien observado y constituye una de las más delicadas flores de la literatura nacionalista de todos los países. Bakunin se transportó a un paraíso, pero el Congreso eslavo en sí y lo que siguió, le mostraron la realidad de los hechos. (M. N.)

vergüenza del origen checo y del idioma nacional. En la actualidad, al contrario, hombres, mujeres, niños, nadie quiere hablar alemán. Y los mismos alemanes, en Praga, han aprendido a comprender el checo y a expresarse en esta lengua. No he citado más ejemplo que el de Praga, pero el mismo fenómeno se ha producido en todas las demás grandes o pequeñas ciudades de Bohemia, Moravia y Eslovaquia, ya que en las aldeas nunca se dejó de vivir la vida eslava ni de hablar eslavo. Usted no ignora, Sire, cuán profundas e intensas son las simpatías que los eslavos sienten hacia el poderoso Imperio ruso, del cual esperan ayuda y protección, y hasta qué punto el gobierno austriaco y todos los alemanes en general temían y temen al paneslavismo ruso. En los últimos años, ese círculo de estudios, inofensivo en apariencia, se amplió, se robusteció. Ganó y condujo a toda la juventud, echó raíces entre las masas populares, y el movimiento literario se convirtió de repente en movimiento político. Los eslavos no esperaban más que la ocasión propicia para aparece ante los ojos del mundo.

Tal oportunidad se presentó en 1848. El Imperio Austriaco estaba a punto de descomponerse en sus diversos elementos, incompatibles y mutuamente hostiles, y si consiguió por un instante prolongarse, no lo debe a sus debilitadas fuerzas sino exclusivamente, Sire, a su ayuda. Los italianos se rebelaron, luego los húngaros y los alemanes, y, por fin, los eslavos. El gobierno austriaco o, mejor, el gobierno de Innsbruck -pues entonces había varios gobiernos austriacos, al menos dos: uno el real, en Innsbruck, y el otro, oficial y constitucional, en Viena, sin hablar del tercero, el de Hungría, igualmente reconocido de modo oficial; el gobierno dinástico de Innsbruck digo, abandonado por todos y casi enteramente desprovisto de medios, se dedicó a buscar su propia salvación en el movimiento nacional de los eslavos.

La primera idea de reunir en Praga un Congreso eslavo se les volvió a presentar a los checos, a Schafarik, a Palacki y al Conde Thun. En Innsbruck la idea fue acogida con entusiasmo, con la esperanza de que el Congreso eslavo sirviera de contrapeso al Congreso de los alemanes reunidos en Francfort. El Conde Thun, Palacki y Brauner crearon, entonces, en Praga una especie de gobierno provisorio. Reconocidos por el gobierno de Innsbruck, entraron en relaciones directas con él a pesar de los ministros vieneses que se negaban a reconocer a los que no querían obedecer, por considerarlos enemigos y representantes de la nacionalidad alemana. Así es como se constituyó el partido checo cuasi oficial, medio eslavo y medio gubernativo: gubernativo porque quería salvar la dinastía, al príncipe monárquico y la integridad del Imperio de Austria; pero no sin exigir, en cambio, primero una Constitución, después la traslación de la capital imperial de Viena a Praga, lo que en efecto les fue prometido, por cierto con la firme intención de no hacerlo, y, en fin, la transformación completa del Imperio austriaco llamado a convertirse de imperio alemán en un imperio eslavo, no bien alemanes y húngaros hubieran dejado de oprimir a los eslavos; sino, al contrario, los eslavos a los húngaros y a los alemanes. En el libro que, en aquel tiempo, publicó Palacki, expresó sus ideas en los siguientes términos: "Nosotros queremos intentar el esfuerzo de reanimar, de curar y de afirmar el imperio de Austria quebrantado hasta sus cimientos, y hacerlo con ayuda de nuestra fuerza eslava y sobre nuestro suelo eslavo". Empresa imposible que los habría condenado a engañar o a engañarse a sí mismos.

Pero, el partido checo no se contentaba con el predominio acordado al elemento eslavo dentro del Imperio de Austria. Apoyándose en su carácter cuasi oficial y en las halagüeñas promesas de Innsbruck trataba todavía de organizar en su favor una especie de hegemonía checa y de hacer que los eslavos ratificaran por sí mismos la preeminencia del idioma y la nacionalidad checos. Sin hablar de Moravia, el partido se proponía reunir Bohemia a Eslovaquia, la Silesia austriaca y hasta Galicia, amenazando a los polacos en caso de negarse, con una insurrección rutena. En una palabra, el fin perseguido era crear un poderoso reino de Bohemia.

Tales eran las pretensiones de los políticos checos. Naturalmente provocaron una fuerte oposición de parte de los eslovacos y de los silesianos, y sobre todo de los polacos. estos últimos no habían por cierto llegado a Praga con la intención de someterse a los checos, ni

tampoco, si hay que decir verdad, por efecto de una simpatía especial con respecto a sus hermanos eslavos y a la idea eslava, sino únicamente con la esperanza de encontrar apoyo y cooperación con vistas a sus empresas nacionalistas. Así, desde el primer día, se incitó una lucha no entre la gran masa de eslavos que acudieron al Congreso, sino entre los jefes, particularmente entre los checos y polacos, y entre los polacos y rutenos, lucha que terminó en nada, como el Congreso eslavo. Los eslavos del sur se mantuvieron al margen de todas las discusiones, preocupados tan sólo de los preparativos de la guerra de Hungría y tratando de persuadir a los demás eslavos de la necesidad de postergar el examen de todos los asuntos intestinos hasta la completa derrota de los húngaros o, para usar términos empleados por otros, hasta su total expulsión de Hungría. Los polacos no apoyaban a uno ni a otro partido. En una palabra, cada uno tiraba por su lado y todos trataban de hacerse un pedestal para alzarse a sí mismos. De tal modo procedían, más que los demás, los checos, halagados por los cumplidos que llegaban de Innsbruck, y después de los checos, los polacos, los cuales, por cierto, no eran halagados por la suerte, sino por las felicitaciones de los demócratas europeos.

El Congreso se compuso de tres secciones: la del norte que comprendía a los polacos, rutenos, y los silesianos; la del norte, con checos, moravios y eslovacos; y la del sur que englobaba a los serbios, croatas, eslovenos y dálmatas. Según la primitiva idea de Palacki, instigador y jefe del Congreso eslavo, en éste no debían haber tomado parte sino exclusivamente los eslavos de Austria, puesto que los eslavos no austriacos sólo debían haber asistido como huéspedes. Pero, desde el comienzo, esta concepción fue desplazada totalmente; y fueron admitidos en el Congreso, no ya como huéspedes sino como miembros activos, muchos polacos de Posnania, polacos emigrados, algunos serbios turcos y en fin dos rusos, yo y además un pope, antiguo creyente cuyo nombre he olvidado (se le puede hallar por otra parte en las versiones del Congreso eslavo publicadas por Schafarik). Ese pope, o, más exactamente, ese monje pertenecía a un convento de viejos creyentes, que existía en Bukovina, bajo la dirección de un metropolitano especial, convento que, si mis recuerdos son exactos, acababa de ser clausurado en aquella misma época, a pedido del gobierno ruso. Pero, el monje que volvía a Viena en compañía del metropolitano, destituido, había oído hablar del Congreso eslavo y vino solo a Praga.[51]

Por mi parte, ingresé a la sección del norte, es decir, polaca y pronuncié en esa oportunidad una breve alocución. Rusia, dije, se ha apartado de la comunidad eslava que avasallaba a Polonia y mucho más aún al entregar esta última a los alemanes, enemigos comunes y principales de toda la raza eslava. Por consiguiente no puede entrar en la fraternidad y en la unidad eslava sino libertar a Polonia, y por tanto, mi puesto debía estar entre los polacos. Los polacos me recibieron con aplausos, y, a mi pedido, me eligieron diputado ante la sección de los eslavos del sur. El pope -antiguo-creyente- entró igualmente a la sección polaca y, gracias a mi intervención, fue electo miembro de la Asamblea general, compuesta por diputados de los tres grupos principales. No quiero disimularle, Sire, que mi pensamiento oculto era el de emplear a ese pope en la propaganda revolucionaria en Rusia. Yo sabía que existe, en Rusia, cierto número de antiguos-creyentes y una cantidad de sectas diversas, y no ignoraba que el pueblo ruso es inclinado al fanatismo religioso. Pero, mi pope era un hombre lleno de astucia, despejado, un verdadero caballero de industria y ladronzuelo ruso. Iba a menudo a Moscú y sabía muchas cosas de los antiguos-creyentes y del cisma del imperio ruso en general, y su convento, según parece, había mantenido continuas relaciones con los antiguos-creyentes. Pero no tuve tiempo de ocuparme de él y abrigaba, además dudas, acerca de la moralidad de semejante colaboración. No poseía, además, ningún plan especial con miras a una acción cualquiera, ni relaciones suficientes, y, sobre todo, yo no tenía plata. Y, sin plata, nada hay que hacer con gente de esa calaña. Además, ocupado entonces exclusivamente de la cuestión eslava, lo veía rara vez y hasta acabé, después, por perderlo completamente de vista.

[51] Se trata de Alimpii Miloradov, cuyo verdadero nombre era Zverev. El relato de Bakunin es exacto. (M. N.)

DISCURSO DE BAKUNIN AL CONGRESO ESLAVO

Pasaban los días, y el Congreso no avanzaba nada. Los polacos se ocupaban del reglamento, formas parlamentarias de la cuestión rutena. Los más importantes asuntos se trataban fuera del Congreso, en reuniones especiales y menos numerosas. Yo no asistí sino a estas últimas asambleas, pero supe que los altercados de Breslau se repitieron ahí parcialmente, y que se hablaba mucho de Kossuth y de los húngaros, con quienes, si no me equivoco, los polacos comenzaron en esa época a mantener relaciones positivas, con gran descontento de los demás eslavos. Los checos pensaban en sus ambiciosos designios; los eslavos del sur, en una guerra futura. Una vez más experimenté que la tristeza se apoderaba de mí y comencé a encontrarme tan aislado en Praga como lo había estado antes en París y en Alemania.[52] Tomé varias veces la palabra en la sección polaca, en la de los eslavos del sur e igualmente en la Asamblea general. El contenido esencial de mis discursos pudo resumirse como sigue:

"¿Por qué se han reunido en Praga? ¿Acaso para conversar sobre asuntos provinciales? ¿O bien para hacer que converjan todos los asuntos particulares de todos los pueblos eslavos, sus intereses, sus exigencias y sus problemas, en una sola cuestión eslava, grande e indivisible? Comiencen, pues, por ocuparse de esta, subordinando todas sus exigencias privadas a la obra eslava. Nuestra asamblea es la primera asamblea eslava; tenemos la misión de echar aquí las bases de una vida eslava nueva, de proclamar y sancionar en ella la unidad de todos los pueblos eslavos, reunidos en adelante en un gran cuerpo político indivisible.

"Y, ante todo, preguntémonos si nuestra asamblea no es sino una asamblea de eslavos de Austria o una asamblea eslava en general. ¿Qué significado tiene la expresión "eslavos austriacos"? Se comprende con eso a los eslavos que habitan el imperio de Austria o, si se quiere, a los eslavos sometidos por los alemanes austriacos. Si pretenden limitar su asamblea a los representantes de los eslavos austriacos exclusivamente, ¿con qué derecho se llaman eslavos? Exceptúan de ellos, a todos los eslavos del Imperio ruso, a los eslavos súbditos prusianos y a los eslavos de Turquía. Dicho de otro modo, la minoría excluye a una enorme mayoría y osa darse el nombre de eslavos. ¡Llámense, pues, eslavos alemanes y designen su Congreso, un Congreso de eslavos alemanes, pero no un Congreso eslavo!

"Ya sé que muchos de ustedes esperan encontrar un apoyo en la dinastía austriaca. Por el momento, ellos se los promete todo; les adula porque le son indispensables, pero, ¿mantendrá su palabra? ¿Podrá sostenerla una vez restaurado con su concurso el poder actualmente decaído? Dicen que la mantendrán; yo creo lo contrario. La ley fundamental de todo gobierno es el principio de conservación; todas las leyes morales están sometidas a ese principio, y la historia no conoce aún ejemplo de un estado que haya mantenido, sin verse obligado a ello, las promesas hechas en momentos críticos. Ya lo verán. La dinastía austriaca no sólo olvidará sus servicios, sino que se vengará en ustedes por la vergonzosa debilidad que la ha obligado a humillarse ante ustedes y a halagar sus exigencias revolucionarias. La historia de la dinastía austriaca es más rica que las demás en ejemplos de esta clase, y ustedes, checos cultos, que conocen tan bien y con tantos detalles todas las desdichas pasadas por su patria, mejor que los demás, deben comprender que lo que hoy obliga a esa dinastía a buscar su amistad, no es el cariño para con los eslavos ni el amor a la independencia eslava, la lengua, los derechos y las costumbres eslavos, sino exclusivamente la fuerza de una necesidad de hierro.

"En fin, aun suponiendo lo imposible, aun admitiendo que la dinastía austriaca quiera, en efecto, quiera y pueda mantener las promesas prestadas, ¿cuáles serán sus conquistas? Austria pasará a ser no un imperio medio alemán, sino un imperio medio eslavo; es decir, que de

[52] Todas las observaciones de Bakunin sobre los nacionalistas eslavos y sus jefes de Praga se hallan confirmadas por la historia. (M. N.)

oprimidos se transformarán en opresores, y que, en lugar de odiar, serán odiados; o sea que ustedes, eslavos austriacos, poco numerosos, se apartarán de la mayoría eslava y que se destruirán ustedes mismos toda esperanza en la unión de los eslavos, en esa gran unidad eslava que -al menos en las palabras- constituye el objeto primordial y la esencia misma de sus preocupaciones. La Unidad eslava, la libertad eslava, la restauración eslava no son posibles sino mediante la completa destrucción del imperio de Austria.

"En cuanto a los otros, que esperan la ayuda del zar ruso para restaurar la independencia eslava, no se engañan menos. El zar ruso ha concluido una nueva y muy estrecha alianza con la dinastía austriaca, no en favor de ustedes, sino en contra suya; no para ayudarlos, sino para volverlos por la fuerza, como a los demás súbditos austriacos sublevados, a la antigua sumisión, a la antigua obediencia absoluta. El Emperador Nicolás no ama la libertad de la masa ni las constituciones. Lo han podido comprobar en Polonia. Sé que el Gobierno ruso actúa sobre ustedes y sobre los eslavos de Turquía, por medio de sus agentes, que recorren el territorio eslavo y difunden entre ustedes ideas paneslavistas seduciéndolos con la expectativa de una ayuda próxima y de la liberación casi inmediata de todos los eslavos, gracias a la inmensa fuerza del imperio ruso. Y no dudo de que prevé, en un lejano, muy lejano porvenir, el momento en que todos los territorios eslavos formarán parte del imperio ruso.

"Pero ninguno de nosotros verá esa hora feliz. ¿Están decididos a esperar hasta entonces? No sólo ustedes, sino todos los pueblos eslavos habrán caído en la decrepitud de aquí a entonces. En el momento que vivimos, no hay sitio para ustedes en el seno del imperio ruso; piden la vida y allí sólo reina un silencio de muerte. Exigen la independencia, el movimiento, y en Rusia no existe más que una obediencia mecánica. Aspiran a la resurrección, al surgimiento, a la luz, a la libertad, y allá no hay sino muerte, oscuridad y trabajo de eslavos. Al entrar en la Rusia del Emperador Nicolás, descenderán a la tumba de toda vida nacional y de toda libertad. Es cierto que, sin Rusia, la unidad eslava no es completa y que sin ella la fuerza eslava no existe, pero sería insensato esperar de la Rusia contemporánea una ayuda para los eslavos y para su salvación. ¿Qué les queda, pues, por hacer? Únanse primeramente fuera de Rusia, sin excluirla, esperando, aguardando su libertad cercana. Ella se sentirá arrastrada por su ejemplo y serán los libertadores del pueblo ruso que, a su vez, se convertirá como resultante, en su energía y su escudo.

"Comiencen, pues, su fusión de la manera siguiente: proclamen eslavos no austriacos sino habitantes de territorios eslavos del llamado imperio de Austria, que se han reunido en Praga para echar las primeras bases de la futura federación, grande y libre, de todos los pueblos eslavos. Proclamen también que, en espera de la unión de los pueblos eslavos del imperio ruso, de los territorios prusianos y de Turquía, han formalizado entre ustedes, checos, moravios, polacos de Galicia y Cracovia, rutenos, silesianos, eslovacos, serbios, eslovenos, croatas y dálmatas, una poderosa e inalterable alianza, alianza defensiva y ofensiva sobre las bases siguientes…".[53]

No enumeraré aquí todos los artículos que imaginé. Diré tan sólo que mi proyecto, publicado en seguida, por cierto a mi costo y nada más que fragmentariamente, fue compuesto dentro de un espíritu democrático,[54] y que concedía gran extensión a las diferencias nacionales y provinciales en todo cuanto se refería al aparato administrativo, una vez planteadas, en ese

[53] Todo lo que Bakunin escribe sobre el Congreso de Praga es de absoluta sinceridad, ya que él fue el único que, por su independencia, exhibió sus cartas sobre la mesa. Lo que ahí aparece se halla confirmado en la defensa de Bakunin ante los tribunales sajones -inédita aún- y en su carta a su defensor, 23 de marzo de 1850, además de otros documentos. (M. N.)

[54] Publicado primeramente en polaco en el "Dziennik Domowy" (Posnania), en julio, luego en checo en "Wcela" (Praga), el 16 de septiembre, y en alemán, en los "Jahrbücher für Slavische Literatur" (Leipzig, 1848, núm. 59, págs. 257-260). (M. N.)

campo, ciertos principios generales y obligatorios para todos, pero en lo concerniente a la política exterior e interior, el poder se entregaba y concentraba entre las manos del gobierno Central. De tal manera, todas las pretensiones egoístas y ambiciosas de los polacos y los checos debían ir desapareciendo dentro de la unión eslava general. Yo aconsejaba, igualmente, al Congreso que exigiera de la corte de Innsbruck -entonces dispuesta a ceder en todos los aspectos- el reconocimiento oficial de la Unión y el otorgar a los buenos y fieles súbditos eslavos las mismas concesiones que acababa de hacer a los húngaros; a saber: creación de un ministerio eslavo especial, de un ejército eslavo particular con oficiales eslavos, y la organización de finanzas eslavas distintas. Yo aconsejé además exigir llamar de Italia al ejército croata y otros regimientos eslavos, en fin, el envío de un encargado de negocios a Hungría, ante Kossuth, no ahora de parte del Ban Jelatchich, sino de parte de todos los eslavos reunidos, con vistas a resolver pacíficamente la cuestión eslavo-húngara y ofrecer a los húngaros así como a los valacos de Transilvania que entraran sea a la Unión eslava del Oeste, sea a la Unión republicana occidental en el mismo pie de igualdad que los demás eslavos.

Confieso, Sire, que al enviar este proyecto al Congreso eslavo tenía en mira la destrucción completa del imperio de Austria, destrucción entonces inevitable, sea porque el gobierno le hubiera dado su obligado consentimiento, sea hubiera opuesto un rechazo que necesariamente debía producir un conflicto entre la dinastía y los eslavos. Mi otro objetivo, el más importante, era encontrar en la Unión de los eslavos el punto de partida para una amplia propaganda revolucionaria en Rusia, con el fin de emprender la lucha contra Usted, Sire. Me era imposible unirme a los alemanes; habría sido una guerra europea, peor todavía, una guerra de los alemanes contra los rusos. Tampoco me era posible unirme a los polacos: no tenían confianza en mí y yo mismo, habiendo conocido más cerca su carácter nacionalista y su egoísmo incurable, aunque históricamente comprensible, experimenté fastidio y se me hizo completamente imposible asociarme a los polacos y actuar de acuerdo con ellos contra la patria. En cambio, en la Unión eslava encontré una más amplia concepción de la patria y, el día en que Rusia se hubiera fusionado con ella, polacos y checos se habrían visto obligados a cederle el primer puesto.

"PROPAGANDA REVOLUCIONARIA SOBRE RUSIA"

En muchas oportunidades he empleado la expresión "propaganda revolucionaria sobre Rusia". Es preciso que explique la forma cómo yo comprendía dicha propaganda, cuáles eran mis esperanzas y cuáles los medios de que disponían. Ante todo, Sire, le debo afirmar solemnemente que ni antes ni después, ni entonces ni más tarde mantuve, no digo relaciones, sino ni siquiera una sombra o comienzo de relaciones con Rusia y los rusos, ni con ningún ser humano residente dentro de los límites del imperio suyo. Desde 1842, no recibí de Rusia más que una decena de cartas y dirigí otro tanto; y esas cartas no contenían la menor huella de política. En 1848, había esperado entrar en relaciones con los rusos residentes en las fronteras de Posnania y Galicia. A tal efecto me vi en la necesidad de ser ayudado por los polacos, pero, como acabo de exponer en muchas ocasiones, no sabía ni podía ligarme con ellos. Yo mismo nunca estuve en el Ducado de Posnania, en Cracovia ni en Galicia, no conocía un solo habitante de esas provincias de quien hubiera podido afirmar positivamente y con plena conciencia que mantuviera relaciones con el reino de Polonia o Ukrania. No creo, por lo demás, que los pueblos hubieran tenido, en esa época, relaciones continuas con las provincias limítrofes del imperio ruso. Se lamentaban de la dificultad de las comunicaciones, de la muralla viviente e impenetrable de que éste se rodeaba. A él no llegaban sino rumores sordos, la mayor parte de las veces insensatos. Así, por ejemplo, una vez se afirmó que los oficiales rusos habían clavado los cañones de la ciudadela de Varsovia y otros absurdos semejantes, a los cuales a pesar de la locura en que yo estaba sumido, nunca presté fe.

Todos mis proyectos quedaron en suspenso, no por falta de voluntad, sino por no poder actuar, porque no disponía de posibilidades ni de medios necesarios para la propaganda. Por lo que me informó el conde Orloff, se ha hecho notar al Gobierno que yo había hablado en el extranjero de mis relaciones con Rusia, particularmente con la Pequeña-Rusia. No puedo responder sino de una cosa: no habiéndome gustado nunca mentir, nunca pude hablar de relaciones que nunca tuve.

Yo recibía noticias de Ukrania por los propietarios polacos que habitaban en Galicia; así supe que la abolición de la servidumbre entre los campesinos galicienses había producido, a comienzos de 1848, tal agitación entre los campesinos ucranianos de Volbinia, Podolia y el Gobierno de Kiev, que, temeroso por sus vidas muchos terratenientes se refugiaron en Odessa. Eso es todo lo que yo supe con respecto a la Pequeña-Rusia. Es posible, por tanto, que yo hubiera hablado en público de esas noticias, pues me adhería desesperadamente a todo lo que, aunque fuera en forma leve, podía sostener o, más exactamente, suscitar, en el público europeo y más especialmente el eslavo, la fe en la posibilidad y la inevitable necesidad de la revolución rusa.[55]

En este punto se impone una breve observación. Consagrado a la desdichada carrera de revolucionario por mi pasado, mis ideas, mi situación, mi insatisfecha necesidad de acción así como por mi propia voluntad, no podía conseguir apartar de Rusia mi naturaleza, mi corazón y mi pensamiento. Así no podía tener otro campo de actividad que Rusia. Estaba igualmente obligado a creer en la revolución rusa, o más bien a persuadirme y persuadir a los demás de creer en ella. Lo que dije en la carta de Mickiewicz, aunque acaso en menor grado, podría aplicárseme a mí mismo; yo era a la vez engañador y engañado, me ilusionaba a mí mismo e ilusionaba conmigo a los demás, violentando más o menos mi inteligencia y el buen sentido de mis oyentes. No he nacido charlatán, Sire; al contrario nada me repugna tanto como el charlatanismo, y, nunca, se ha extinguido en mí la sed de verdad simple y pura. Pero la desdichada y anormal situación en que me hallaba, por lo demás por culpa mía, me ha obligado a veces a ser un charlatán a pesar mío. Sin relaciones, sin medios, solo con mis ideas, perdido en medio de una multitud extraña, no tenía más que un compañero: la fe. Me decía que la fe transporta las montañas, corona lo inaccesible, crea lo imposible, destruye los obstáculos; que la fe en sí misma encierra la mitad del éxito, la mitad de la victoria. Al par que una fuerte voluntad, ella hace nacer las circunstancias, despierta a los hombres, junta, reúne y fusiona a las almas en una sola alma y en una sola fuerza. Yo me decía que, creyendo yo mismo en la revolución rusa, conducir también a los otros a creer en ella, persuadir a los europeos y particularmente a los eslavos de eso, y, en fin persuadir a los rusos mismos, significaba hacer posible y hasta inevitable la revolución en Rusia. En una palabra, yo deseaba creer y deseaba hacer creer a los demás. Esta fe mentirosa, artificial y forzada la adquirí no sin esfuerzo, no sin dolorosas luchas. Cuántas veces en horas de aislamiento se apoderaron de mí desgarradoras dudas, acerca de la moralidad y posibilidad de mi empresa; ¡cuántas veces oí los reproches de las voces interiores! ¡Cuántas veces me arrepentí de las palabras dirigidas al apóstol Pablo cuando todavía se llamaba Saul: "Dura cosa es rebelarse contra el aguijón"! Pero era en vano. Yo sofocaba en mí la voz de la conciencia y rechazaba mis dudas como algo indigno.

Conocía mal a Rusia. Había pasado ocho años en el extranjero, y, en la época en que residí en Rusia, estuve tan exclusivamente absorbido por la filosofía alemana que no veía nada en torno mío. Además, el estudio de Rusia sin ayuda especial del gobierno es casi imposible, aun para los que se dan el trabajo de estudiarla; y el estudio de la masa y los campesinos es, según me parece, difícil hasta para el propio gobierno. En el exterior, cuando por primera vez se fijó mi atención sobre Rusia, me dediqué a reunir antiguas impresiones inconscientes y, en parte sobre

[55] Todo esto es verdadero, en último análisis, es decir, que Bakunin no pudo hacer nada serio por falta de relaciones, de medios y de verdaderos partidarios, lo cual no quiere decir que dejara de elaborar el máximo de proyectos. (M. N.)

esta base y en parte según los diferentes rumores que podían llegarme, estirando o recortando casa hecho, y cada hecho sobre el lecho de Procusto de mis deseos democráticos, me forjé una Rusia imaginaria dispuesta a la revolución. Así me engañaba a mí mismo y a los demás, como a mí. Nunca hablé de mis relaciones ni de mi influencia en Rusia: habría sido una mentira, y odio la mentira. Pero cuando, en derredor mío, se suponía que yo tenía alguna influencia, que poseía relaciones positivas, callaba, sin objetar nada, encontrando en esta opinión el único apoyo para mis proyectos. Así fue como se dio vida a ciertos rumores fantásticos, desprovistos de fundamento, y que, verosímilmente conoció el gobierno.[56]

Además, entonces no existía, ni siquiera en germen, propaganda rusa; toda ella estaba en mi cerebro. ¿Pero bajo qué forma residía en él? Trataré de contestar a esa pregunta con toda franqueza y con todos los detalles posibles. Sire, ¡estas confesiones son duras para mí! No porque tema despertar la justa cólera de Su Majestad Imperial ni incurrir en el más cruel de los castigos; desde 1848, y, sobre todo, desde mi encarcelamiento, he pasado por tantas situaciones e impresiones diferentes -experiencias amargas y amargos presentimientos, esperanzas, aprensiones y temores- que mi alma ha acabado por encallecerse, por petrificarse, ¡y parece que la esperanza y la angustia carecen de acción sobre ella! No, Sire, pero yo experimento vergüenza y dolorosos remordimientos a hablarle directamente de crímenes tramados por mí mismo contra Usted y contra Rusia, aunque esos crímenes no hayan pasado de la intención y del pensamiento, y nunca se tradujeran en hechos.

Si yo me encontrara ante Usted, Sire, como ante el único Zar-Juez, podría liberarme de este suplicio interior sin detenerme en inútiles detalles. Cuanto a la justa aplicación de las leyes penales, bastaría que dijera: "He tratado con todas mis fuerzas y por todos los medios posibles desencadenar la revolución en Rusia; quería entrar a Rusia por la fuerza, sublevar al país contra el Zar y destruir de arriba abajo el orden existente. Y si no he hecho nada de eso, si no comencé mi propaganda no fue por falta de voluntad sino de medios". La ley quedaría satisfecha, porque una confesión así bastaría para hacerme condenar a la pena más dura existente en Rusia. Pero su extraordinaria gracia, Sire, ha querido que en la actualidad me encuentre ante Usted no sólo como ante el Zar-Juez, sino como ante el Zar-Confesor a quien debo revelar todos los secretos de mi pensamiento. Quiero, pues, confesarme a Usted; trataré de aportar luz en el caos de mis pensamientos y sentimientos, a fin de exponerlos dentro de un orden relativo. Hablaré ante Usted como lo haría ante Dios mismo, a quien no se puede engañar por la adulación ni la mentira. Pero, Sire, yo le suplico, permítame por un instante que olvide que estoy en presencia del grande y terrible Zar, frente al cual tiemblan millones de seres y en cuya presencia nadie se atreve no sólo a enunciar sino simplemente a concebir una opinión contraria. Permítame pensar que hablo tan sólo a un padre espiritual.

"YO QUERÍA LA REVOLUCIÓN EN RUSIA"

Yo quería la revolución en Rusia. Primera cuestión: ¿por qué la quería? Segunda cuestión: ¿con qué orden de cosas iba yo a reemplazar el orden existente? Tercera y última: ¿por qué medios y vías me disponía a desencadenar la revolución en Rusia?

Al recorrer el mundo, se descubre doquiera mucho mal, opresión, injusticia y, quizás, en Rusia más que en los demás Estados. No porque el pueblo sea, en Rusia, peor que en la Europa occidental; al contrario, yo creo que el ruso tiene más bondad, mejor corazón, más amplitud de alma que el occidental, pero en Europa occidental existe un remedio contra el mal; la publicidad,

[56] Este examen de sí mismo es muy justo, y le permitió, en seguida, plantear ante Nicolás I los audaces puntos de vista sobre política que aquí aparecen. (M. N.)

la opinión pública y, en fin, la libertad que ennoblece y que eleva a todos los seres. Este remedio no existe en Rusia. La Europa occidental parece a veces más mala, pero es porque en ella todo mal irrumpe a plena luz y hay pocas cosas que permanecen en secreto. En Rusia, en cambio, todas las enfermedades penetran al interior y corroen la constitución misma del organismo social. El motor esencial en Rusia es el miedo, y el miedo destruye toda vida, toda inteligencia, todo movimiento noble del alma. Es duro y doloroso vivir en Rusia para cualquiera que ame la verdad, para el que ame a su prójimo, para el que respete igualmente, en los hombres, la dignidad e independencia del alma inmortal; para el que, en una palabra, no sufra tan sólo por los vejámenes que se le hacen directamente, sino también por los que alcanzan a sus vecinos. La vida social en Rusia es una cadena de persecuciones mutuas: el superior oprime al inferior; éste aguanta, no osa quejarse, pero oprime, en venganza, al que está más abajo de él, quien a su vez aguanta, pero se venga a su vez sobre otro al cual él domina. Pero el mayor dolor es el del pueblo, el del pobre campesino ruso que, al verse en lo más bajo de la escala social, no puede oprimir a nadie y debe soportar vejaciones de parte de todos, según el proverbio ruso: "Sólo el perezoso es el que no nos golpea".

Se roba en todas partes, la confusión existe doquiera y se cometen injusticias por dinero en Francia, Inglaterra, o en la honrada Alemania, pero yo creo que esto no ocurre en Rusia con más frecuencia que en los demás Estados. En Occidente, el ladrón público rara vez puede ocultarse porque hay millares de ojos fijos en cada cual, porque todos están en aptitud de descubrir el robo y la injusticia, y entonces no hay ministerio capaz de defender al ladrón. Pero, en Rusia, todo el mundo conoce a veces al ladrón, al opresor, al que comete injusticias por dinero; todos los conocen, pero callan, por miedo. Y las mismas autoridades callan sabiéndose culpables. Todos no tienen sino un pensamiento: ya que el Ministro y el Zar no saben nada -¡y el camino hasta el Zar es tan largo como el que sube hasta Dios, Sire!- es difícil, es casi imposible en Rusia que un funcionario no sea un ladrón. Primero, en torno suyo, todo el mundo roba. La costumbre se convierte en una segunda naturaleza, y lo que, en los primeros tiempos, indignaba parece pronto natural, inevitable y necesario. Luego, un subordinado se ve frecuentemente obligado a pagar un diezmo a su jefe, bajo una u otra forma. En fin, si alguien tiene la intención de permanecer honrado, sus camaradas y sus jefes conciben contra él un odio implacable. Primero se le tratará de original, de salvaje, de naturaleza antisocial. Si no se corrige lo harán pasar hasta por un liberal y un peligro librepensador, y no cesará la persecución hasta que no desaparezca de la faz de la tierra. Los funcionarios inferiores, educados en esta escuela, se vuelven con el tiempo los funcionarios superiores que modelan a su turno y de la misma manera a las nuevas generaciones; y, en Rusia, los robos, las injusticias y las opresiones prosperan y crecen como un pólipo de innumerables ramificaciones y que no muere nunca, a despecho de golpes y mutilaciones.

El temor por sí solo carece de efecto contra ese mal que lo devora todo. El terrorista, detiene la enfermedad por un tiempo, pero solamente por poco tiempo. El hombre se habitúa a todo, incluso al temor. El Vesubio está rodeado de pueblos y el mismo lugar en que perecieron Herculano y Pompeya se halla ahora poblado de seres vivos. En Suiza, hay populosas aldeas a veces debajo de una roca rajada: todos saben que puede derrumbarse de un día a otro y que en su terrible caída reduciría a polvo todo lo que hallara a su paso, pero sin embargo nadie cambia de lugar y se arrullan con la idea de que acaso no caiga en mucho tiempo más. ¡Así son todos los funcionarios rusos, Sire! Saber cuán terrible es su cólera y cuán severos sus castigos cuando Usted sabe una injusticia o un robo cualquiera: todos tiemblan ante el solo pensamiento de su ira, ¡pero no por eso dejan de seguir robando, oprimiendo y cometiendo injusticias! En parte porque resulta difícil deshacerse de un hábito tenaz e inveterado; en parte también porque cada cual se encuentra como preso y arrastrado, y con obligaciones para con los demás ladrones, sus cómplices, pero sobre todo porque cada cual se arrulla con la idea de actuar con tal prudencia y gozar de tal protección, igualmente deshonesta, que el rumor de sus propios crímenes no llegará nunca a sus oídos.

El temor por sí solo es ineficaz. Contra semejante mal, se necesitan otros remedios: la nobleza de sentimientos, la independencia de pensamiento, la intrepidez orgullosa de una conciencia pura, el respeto por la dignidad humana en sí mismo y en los demás, en fin el desprecio público a todos los seres sin conciencia y sin humanidad, el respeto humano y la conciencia social. Pero estas cualidades y estas fuerzas no se desarrollan sino ahí donde hay libertad ilimitada para el alma y no esclavitud y miedo. En Rusia se tiene miedo de estas virtudes, no porque no se les ame, sino porque se teme que ellas aporten consigo ideas libres…

No me atrevo a entrar en detalles, Sire. Sería ridículo e insolente que yo le hablara de cosas que Usted conoce mil veces mejor que yo. Por mi parte conozco poco a Rusia y lo que yo sé de ella lo he expresado en un corto número de artículos y folletos, así como en mi carta de defensa, redactada de mi puño y letra en la fortaleza de Koenigstein.[57] A menudo he empleado, en esos textos, expresiones insolentes y criminales para con Usted, Sire, en tono y espíritu enfermizamente febril, pecando así contra el precepto ruso de que "es preciso no sacar las inmundicias de la isba", pero en cambio era conforme a mis convicciones de entonces, de manera que todas esas mentiras y falsedades deben atribuirse a mi ignorancia de Rusia y a mi desfalleciente inteligencia, y no a mi corazón.

Lo que me incitaba, lo que más me indignaba, era la desdichada situación en la cual se encuentran en la actualidad el llamado bajo pueblo y el campesino ruso, bueno y oprimido por todos. Yo sentía para con esta clase mucha más simpatía que para las demás, incomparablemente más que para la de los nobles rusos, disolutos y sin carácter. Yo fundaba sobre el campesino todas mis esperanzas de resurrección, toda mi fe en la grandeza del futuro ruso, yo veía en ellos frescor, un alma amplia, una inteligencia luminosa y que la depravación extranjera no lo había contaminado: en ese pueblo es donde yo veía la fuerza rusa, y yo pensaba en lo que pudo o habría podido llegar a ser si se le hubiera dado libertad y propiedad, si se le hubiera enseñado a leer y escribir. Y me preguntaba por qué el Gobierno actual, autocrático e investido de un poder infinito que no limitan la ley, las cosas, un derecho distinto ni la existencia de un solo poder rival, o empleaba toda su omnipotencia en liberar, elevar e instruir al pueblo ruso. ¡Y, ligadas a esta pregunta esencial y fundamental, otras interrogaciones se presentaban a mi espíritu! Pero, en vez de contestar como debe hacerlo todo súbdito de Su Majestad Imperial: "No me corresponde a mi razonar sobre tales asuntos; el Emperador y las autoridades saben a qué atenerse y yo sólo debo someterme", en lugar de esa otra respuesta que no habría estado desprovista de fundamento y que podría servir de base a la primera: "El Gobierno considera las cosas desde arriba al considerarlas todas simultáneamente, pero yo no puedo hacer otra cosa que ver los obstáculos, las dificultades, las circunstancias y condiciones actuales de la política interior y exterior; así no puedo yo fijar la hora favorable para tal acción en particular";[20*] en vez de estas respuestas, yo decía en mi pensamiento y en mis escritos, con insolencia y como un traidor: "El Gobierno no liberta al pueblo ruso, primero porque al disponer de un poder ilimitado y de una omnipotencia de derecho, está en realidad limitado por un conjunto de circunstancias, vinculado de manera invisible por su administración corrompida y por el egoísmo de su nobleza. Y más aún, porque no quiere, en realidad, la libertad ni la instrucción, ni la elevación del pueblo ruso, porque no lo considera sino como una máquina sin alma, una máquina para llevar a cabo conquistas en Europa". Esta respuesta, absolutamente contraria a mi deber de súbdito fiel, no contradecía en nada mis convicciones democráticas.

Usted podría preguntarme, y: ¿qué piensas tú ahora?:[21*] Sire me sería difícil contestar a tal pregunta. Durante los dos años y pico de encarcelamiento, he tenido tiempo de reflexionar en muchas cosas, y puedo afirmar que nunca en mi vida he reflexionado tan seriamente como en

---

[57] Una publicación de esta larga defensa manuscrita, y otros documentos del proceso sajón, fue propuesta y preparada por otros, y acaso se haya hecho ya, pero no la conozco. (M. N.)

[20*] Al margen, de puño y letra del Zar Nicolás I. N. B.

[21*] Al margen, de puño y letra del Zar Nicolás I. N. B.

esa época: me encontraba solo, lejos de todas las seducciones del mundo y avispado por una experiencia real y dura. Y concebí más grandes dudas aun acerca de la verdad de mis ideas, cuando, al regresar a Rusia, encontré en ella, en vez del trato rudo y grosero que esperaba, una acogida tan humana, tan noble y misericordiosa. En el camino aprendí muchas cosas que hasta ahí ignoraba, y en las que no habría creído en el extranjero. Muchas, muchas cosas han cambiado en mí; pero, ¿puedo afirmar en conciencia que no hayan quedado en mí muchos y muchos vestigios de la antigua enfermedad? Sólo hay una verdad que he comprendido perfectamente: que la ciencia y el acto de gobernar son cosas tan grandes, tan difíciles que hay pocos seres en el mundo capaces de concebirlas por su sola inteligencia sin estar preparados para ello por una educación especial, por una atmósfera especial, por un conocimiento profundo y un contacto permanente; que la vida de los Estados y de los pueblos comporta muchos datos superiores, muchas leyes que escapan a la medida ordinaria y que una multitud de cosas que, en la vida privada, nos parecen duras, injustas y crueles, resultan necesarias en la esfera superior de la política. He comprendido que la historia tiene su marcha propia, misteriosa, lógica, aunque a menudo contraria a la lógica del mundo; que esa marcha es saludable, aunque no siempre corresponda a nuestros deseos individuales, y que -salvo algunas excepciones muy raras en la historia, excepciones que la Providencia ha, por decirlo así, admitido y que el reconocimiento de la posteridad ha santificado- ningún hombre particular -por grandes que por lo demás puedan ser la sinceridad, verdad y santidad aparentes de sus convicciones-, tiene el derecho ni la misión de sembrar pensamientos insurreccionales y alzar la mano contra las fuerzas superiores e impenetrables del destino. En una palabra, he comprendido que mis propias intenciones, que mis propios actos fueron ridículos, insensatos, insolentes y criminales en el más alto grado. ¡Criminales para con Usted, mi Emperador; criminales para con Rusia, mi patria; criminales en fin para todas las leyes políticas y morales, divinas y humanas! Pero, volvamos ahora a mis preguntas sediciosas y democráticas.

Yo me preguntaba también: "¿Qué beneficio saca Rusia de sus conquistas? Y si la mitad del mundo se sometiera a ella, ¿sería por ello Rusia más feliz, más libre y más rica? ¿Sería siquiera más fuerte? Y el poderoso imperio ruso, desde ya tan extenso y por decir así ilimitado ¿no acabaría por derrumbarse al instante o retrocederían más aún sus fronteras¿ ¿Cuál es el objetivo final de esta expansión? ¿Qué aportaría el Imperio ruso a los pueblos sometidos en reemplazo de su perdida independencia? Ni libertad ni instrucción, ni prosperidad de masas, sino únicamente su propia nacionalidad ya reducida a esclavitud. Además, la nacionalidad rusa, o más exactamente, panrusa, ¿debe o puede ser la de todo el mundo? Los pueblos eslavos mismos ¿pueden convertirse todos en rusos? ¿Olvidarán su lengua cuando la Pequeña Rusia no ha podido todavía olvidar la suya, olvidar su cultura y su hogar, cesar por completo, en una palabra, de ser ellas mismas y según la expresión de Puschkin "perderse en medio del mar ruso"? ¿Qué ganarían, qué ventaja tendría la propia Rusia de esta fusión forzada? Sacarían los mismos resultados que la Rusia Blanca de su largo sometimiento a Polonia: el agotamiento y bestialización completos del pueblo. ¿Y Rusia? Rusia se vería obligada a cargar sobre sus hombros todo el peso de tan complicada centralización impuesta e inconmensurable. Se convertiría en objeto de odio para todos los demás eslavos, tal como lo es en la actualidad para los polacos.

No sería la libertadora, sino el tirano de toda la familia eslava, su involuntaria enemiga, y eso a costa de su propia prosperidad y de su propia libertad. ¡En fin, odiaba por todos, llegaría a odiarse a sí misma, al no encontrar en sus artificiales victorias otra cosa que esclavitud y sufrimientos! Mataría a los eslavos y, con ellos, se mataría a sí misma. ¿Debe ser éste el fin de la vida eslava, el fin de la historia eslava que acaba de empezar?

Sire, no me he esforzado en absoluto por atenuar mis expresiones. Le he expuesto con toda desnudez las cuestiones que me atormentaban entonces, poniendo mi esperanza en su graciosa indulgencia y deseoso de explicar, por poco que sea a Su Majestad Imperial, cómo, al

pasar, o, mejor, al vacilar de cuestión en cuestión e ir de deducción en deducción, pude llegar en parte a convencerme de la necesidad y la moralidad de la revolución rusa.

He dicho bastante como para probar hasta qué punto eran de desenfrenadas mis ideas. Ahora, me apresuro, a riesgo de parecer ilógico, saltar sobre una serie de asuntos y pensamientos análogos, que me llevaron a la definitiva conclusión revolucionaria. Me es difícil, Sire, me es indeciblemente duro hablarle sobre este tema. Difícil, porque ignoro la manera de expresarme: si atenuó mis expresiones Usted podría creer que trato de disimular o aminorar la insolencia de mi pensamiento y que mi confesión no es sincera ni completa; pero, si repitiera las expresiones de que me valiera durante el paroxismo de mi locura política, Usted pensaría, Sire, que tengo, -¡Dios me guarde!- la intención de exhibir ante Usted la libertad de mi pensamiento. Además, para exponer todas mis antiguas ideas, yo debería distinguir entre aquellas de que me he desembarazado totalmente, y las que he conservado parcial o enteramente. Yo debería entrar en explicaciones interminables, en razonamientos que serían aquí no sólo indecentes, sino también absolutamente contrarios al espíritu y al fin único de esta confesión, la cual no debe contener sino el relato simple y sincero de mis pecados. Pero, para mí es más doloroso que difícil, Sire, hablarle de lo que osaba pensar sobre la dirección y el espíritu de su administración. ¡Me es doloroso desde todo punto de vista: doloroso a causa de mi situación, porque comparezco ante Usted, ante mi Emperador como criminal condenado! Doloroso para mi amor propio; parece, Sire, haberle oído decir: ¡este boquirrubio parlotea sobre cosas que no conoce en modo alguno! *Pero, sobre todo, es mi corazón el que sufre por ello, porque me presento ante Usted como el hijo pródigo, tal como un hijo descastado y extraviado se presenta ante la indignación y la cólera de su padre*[58].[22*] Para decirlo en una palabra, Sire, estaba persuadido de que Rusia para salvar su honor y su porvenir tenía que hacer la revolución, sacudir Su Poder Imperial, abolir el gobierno autocrático, y después de haberse libertado así de la esclavitud interior, ponerse a la cabeza del movimiento eslavo, volver sus armas contra el Emperador de Austria contra el Rey de Prusia, contra el Sultán turco y, si fuera necesario, igualmente contra Alemania y los húngaros, en suma, contra el mundo entero, con el objeto de liberar definitivamente del yugo extranjero a todos los pueblos eslavos. La mitad de la Silesia prusiana, una gran parte de la Prusia oriental y occidental, en una palabra todos los Estados de habla eslava, y polaca debían separarse de Alemania. Mis fantasías llegaban todavía a más: yo pensaba, yo esperaba que la nación húngara, -forzada por las circunstancias, por su aislamiento en medio de los pueblos eslavos, así como por su índole más oriental que occidental- que todos los moldavios y valacos y en fin que la misma Grecia entrarían a la Unión eslava y que se formaría así un Imperio de Oriente libre y unificado, una especie de mundo oriental resucitado, opuesto, sin serle hostil, al mundo occidental, y que tuviera por capital a Constantinopla.

FORMA DE GOBIERNO PARA RUSIA: REPÚBLICA Y DICTADURA

¡Tal era la amplitud de mis aspiraciones revolucionarias! Estas aspiraciones por lo demás, no me eran dictadas en modo alguno por la ambición, se lo juro, Sire. Y me atrevo a esperar que Usted Mismo se convencerá pronto de ello. Pero, de antemano, debo responder a esta pregunta: ¿Cuál forma de gobierno anhelaba yo para Rusia? La respuesta me será muy difícil, porque mis ideas acerca de este punto eran vagas e indeterminadas. Después de ocho años de permanencia en el extranjero, me daba muy bien cuenta de que ignoraba a Rusia, y me decía

[58] La nota marginal de Nicolás demuestra que tomaba en serio la fingida humildad de Bakunin, cuya ironía es palpable, así como sus fines. (M. N.)

[22*] Al margen, de puño y letra de Nicolás: "Es un error temerme personalmente; yo siempre perdono de todo corazón".

que no era yo, mucho menos estando fuera de Rusia, el llamado a establecer las formas de su nueva existencia. Veía que hasta en la Europa Occidental, en donde las condiciones de vida se hallan nítidamente determinadas, en donde el conocimiento de sí mismo está incomparablemente más difundido que en Rusia, yo veía, digo, que ahí mismo nadie estaba en aptitud de prever no sólo las formas permanentes del porvenir sino también los simples cambios del mañana inmediato, y me decía además: en el momento que vivimos, todo el mundo, los europeos y los rusos, ignoran a Rusia, Rusia se calla; pero si ella calla, no es porque no tenga nada que decir, sino porque su lengua carece de libertad y porque sus miembros están agarrotados. ¡Que despierte y hable! Y entonces, sabremos lo que ella piensa y quiere; ella misma nos enseñará las formas e instituciones que necesita. Si yo hubiera tenido, entonces, a mi lado por lo menos a un ruso con quien conversar sobre Rusia, se habrían formado de mi espíritu nociones, no diré mejores, razonables, pero al menos más precisas. Pero yo estaba solo con mis ideas; millares de fantasías vagas y contradictorias se apretujaban en mi cerebro; no podía ordenarlas, y convencido de la imposibilidad de salir de ese laberinto, por mis propias fuerzas, postergaba la solución de todos los problemas hasta el día en que regresara a Rusia.

Yo quería la República. Pero, ¿qué república? No quería una república parlamentaria. El gobierno representativo, las formas constitucionales, la aristocracia parlamentaria y el llamado equilibrio de los poderes en el que todas las fuerzas actuantes se encuentran tan artificiosamente contrabalanceadas que de ellas ninguna puede actuar, en una palabra todo ese catecismo político, cauteloso, limitado y versátil de los liberales occidentales, no ha sido nunca objeto de mi adoración, de mi simpatía ni tan siquiera de mi estima. En esa época yo había comenzado a despreciarla más aún, por haber visto los resultados de las formas parlamentarias en Francia, Alemania, hasta en el Congreso eslavo y, más especialmente en la sección polaca en la que los polacos jugaban al parlamentarismo como los alemanes jugaban a la revolución. Además, el parlamento ruso, como por lo demás ocurría con el polaco, estaría exclusivamente compuesto por la nobleza; el parlamento ruso habría podido unirse también a la clase comerciante -pero la gran masa, el verdadero pueblo, parapeto y fuerza de Rusia, portador de la vida y el porvenir rusos-; el pueblo, me decía yo, quedaría privado de representantes y se vería oprimido, vejado por esa misma nobleza que lo suprime en la hora actual. Creo que en Rusia, más que en otra parte, será rigor un fuerte poder dictatorial, un poder que se preocupara exclusivamente de la elevación e instrucción de la masa; un poder libre en su tendencia y su espíritu, pero sin formas parlamentarias; que imprima libros de contenido libre, pero sin libertad de prensa; un poder rodeado de partidarios, ilustrado por sus consejos, robustecido por su libre colaboración, pero que no esté limitado por nadie ni por nada. Yo me decía que toda la diferencia entre esa dictadura y el poder monárquico consistiría únicamente en que la primera, según el espíritu de sus principios, debe tender a hacer superflua su propia existencia, porque ella no tendría otro objetivo que la libertad, la independencia y la progresiva madurez del pueblo mientras que el poder monárquico, al contrario, al esforzarse siempre en hacer indispensable su propia existencia, se ve en consecuencia obligado a mantener a sus súbditos en un perpetuo estado de infancia.[59]

Yo ignoraba lo que vendría después de la dictadura, y pensaba que nadie podía preverlo. Y, ¿qué sería la dictadura? Podría creerse que me preparaba yo mismo a ocupar ese elevado puesto. Pero tal suposición es absolutamente falsa. Debo, confesar, Sire, que fuera de una exaltación fanática -pero fanática más bien por las circunstancias y por una situación anormal que en razón de mis tendencias naturales- yo no poseía ni las cualidades brillantes ni el ímpetu que engendran los políticos notables o los grandes criminales políticos. En esa época, como en el pasado, tenía yo tan poca ambición que me habría sometido a cualquiera que poseyera

[59] Este párrafo ha sido citado para favorecer la leyenda de que Bakunin alentaba la dictadura. Pero se advierte, con ligerísima buena voluntad, que se trata de la dictadura técnica del jabón, la escoba, de la higiene intelectual, moral y social elementales para un país víctima de inmensa incuria. No fue amigo de las "asambleas oratorias", que contribuyeron no poco al fracaso del empuje popular de 1848-1849. (M. N.)

capacidades, medios y firme voluntad para servir los principios en los cuales yo creía entonces, como en una verdad absoluta. Yo habría seguido alegremente a ese jefe, le habría obedecido con celo, porque siempre he amado y respetado la disciplina cuando se apoya en la convicción y la fe. No digo que estuviera yo desprovisto de amor propio, pero nunca me ha dominado ese sentimiento; al contrario, me veía obligado a luchar contra mí mismo y contra mi naturaleza, cada vez que me preparaba a hablar en público o hasta a escribir para el público. No tenía en modo alguno de esos vicios enormes, a lo Danton o a lo Mirabeau, no conocía esa depravación ilimitada e insaciable que, con tal de satisfacerse, se halla lista a trastornar el mundo entero. Y si tenía egoísmo, ese egoísmo era tan sólo necesidad de movimiento, necesidad de acción. Siempre hubo en mi naturaleza un defecto capital: el amor a lo fantástico, a las aventuras extraordinarias e inauditas, a las empresas que abren a la mira *horizontes ilimitados* y cuyo final no es previsible por nadie. En una existencia ordinaria y calmada me sentía ahogado, me sentía mal. Los hombres buscan de ordinario la tranquilidad y la consideran como un bien supremo; por mi parte, eso me inspiraba desesperación. Mi alma estaba en perpetua inquietud y exigía acción, movimiento, vida. Yo debería haber nacido en algún sitio de las selvas norteamericanas, entre los colonos del Far West, ahí donde la civilización se halla todavía en sus comienzos, en donde la existencia no es sino una lucha incesante contra hombres salvajes y contra la naturaleza virgen, y no en una sociedad burguesa, organizada. Y so por lo demás, desde mi juventud, el destino quiso hacer de mí un marino, yo sería probablemente todavía, en la hora actual, un hombre honesto, no habría pensado en la política ni habría buscado otras aventuras ni otras tempestades que las del mar. Pero la suerte decidió otra cosa, y mi necesidad de acción y movimiento permaneció insatisfecha. Tal necesidad, agregada en seguida a la exaltación democrática fue, por decirlo así, mi único móvil. En lo concerniente a tal exaltación, ella puede definirse en pocas palabras: amor a la libertad y odio invencible a toda opresión, odio más intenso aun cuando esa opresión se refería a otro y no a mí mismo. Buscar mi felicidad en la felicidad de los demás, mi dignidad en la dignidad de todos los que me rodeaban, ser libre en la libertad de los otros, he aquí mi credo, la aspiración de toda mi vida. Yo consideraba como el más sagrado de los deberes, rebelarme contra toda opresión, cualquiera que fuera el autor o la víctima. Hay siempre en mí mucho de Don Quijote, no sólo en política sino también en mi vida privada. Yo no podía ver indiferentemente la menor injusticia, con mayor razón una opresión clamorosa. Muchas veces, sin que me correspondiera, sin derecho, me mezclé, de modo irreflexivo, a los asuntos de los demás y he cometido así, en el curso de una existencia agitada pero vacía e inútil, no pocas tonterías, incurriendo en muchos desacuerdos y me he hecho de muchos enemigos sin odiar, por decirlo así, a nadie. Esa es, Sire, la verdadera llave de mis actos insensatos, de mis pecados y de mis crímenes. Si hablo de ello con esta seguridad y nitidez es porque, durante estos dos últimos años, he tenido ocasión bastante de estudiarme a mí mismo y de reflexionar en mi pasado; y ahora me miro con indiferencia, como puede mirarse un moribundo o un muerto.[60]

Con semejantes ideas y tales sentimientos, no podía pensar en mi propia dictadura, no podía alimentar en mi espíritu proyectos ambiciosos. Al contrario, estaba tan seguro de sucumbir en desigual lucha que muchas veces escribí a mi amigo Reichel cartas en que le daba un adiós para siempre: no muero en Alemania, le decía, será en Polonia y, si no es en Polonia, será en Rusia. Y muy a menudo dije a polacos y alemanes, cuando se discutía ante mí sobre futuras formas de gobierno: "Nuestra misión es destruir y no construir; otros hombres serán los que construyan, mejores que nosotros, más inteligentes y más libres". Yo tenía la misma esperanza en cuanto a Rusia; pensaba que el movimiento revolucionario suscitaría hombres más vigorosos, más jóvenes que se apoderarían de la revolución para conducirla a su objetivo.

Podría hacérseme esta pregunta: ¿cómo es que, dada la vaguedad de tus ideas, y el que ignoraras tú mismo lo que ocurriera con tus empresas, te pudiste resolver a una cosa tan

[60] Todo esto es comprobable en "Los años de juventud de Miguel Bakunin" (en ruso), por el difunto A. A. Kornilov, Moscú, 1915, XIV, 718 p. (M. N.)

horrible como la revolución *rusa*? ¿Nunca oíste hablar de la insurrección de Pugatchef? ¿No sabes tú a qué grado de barbarie y de brutal ferocidad pueden llegar los campesinos rusos en revolución? ¿No te acuerdas de estas palabras de Puschkin: "Que Dios nos libre de la insurrección rusa, insensata e implacable"?

Sire: la respuesta a esta pregunta, a este reproche me será más dura que todas las anteriores. Más dura porque entonces, ya -y aunque mi crimen no hubiera salido del campo de las ideas- yo me sentía criminal en mi espíritu, me estremecía al pensar en los posibles resultados de mi empresa, ¡y, a pesar de todo no renunciaba a ella! Es cierto que me esforzaba en engañarme a mí mismo con la vana esperanza de poder detener, de poder domar la furiosa embriaguez de la turba desencadenada, pero no creía en ello y encontraba una justificación en el sofisma que pretende que un mal, aunque sea horrible, es a veces necesario. En fin, me consolaba con la idea de que si hubiera muchas víctimas, yo estaría entre ellas, y sabe Dios si yo habría tenido suficiente carácter, fuerza, maldad, no digo para acometer, sino tan sólo para emprender el comienzo de esta obra criminal. ¡Quién sabe! Quiero creer que no habría sido capaz de ello; y, sin embargo, sí, tal vez. ¿Qué es lo que no se llega a cometer impulsado por el fanatismo? Y se dice, no sin razón, que en la ejecución de un crimen, sólo cuesta dar el primer paso. Yo he reflexionado mucho, largamente sobre este punto, hasta este día, y no sé qué contestar; pero doy gracias a Dios por haberme impedido convertirme en un monstruo y en el verdugo de mis compatriotas.

En lo concerniente a los medios y métodos que tenía intención de utilizar para la propaganda en Rusia, no puedo decir nada más determinado. No tenía, no podía tener esperanzas definidas, ya que me hallaba privado de todo contacto con Rusia. Pero estaba listo a adherirme a cualquier medio que se me presentara: conspiración en el ejército, motín de soldados rusos, excitación a la sublevación entre los prisioneros rusos, si se hubiera podido formar con ellos el primer núcleo de un ejército revolucionario ruso, y en fin, a la insurrección de los campesinos. En una palabra, Sire, mi crimen para con Su Sagrado Poder no conocía, en pensamiento e intención, límite ni medida. Y una vez más, agradezco a la providencia que me detuviera a tiempo, impidiéndome así cometer, y aún iniciar una sola de mis nefastas empresas contra Usted, mi Emperador, y contra mi patria. Sé, por lo demás, que no es tanto la acción cuanto la intención lo que constituye el acto criminal, y, sin referirme a mis pecados alemanes, en expiación de los cuales fui primeramente condenado a muerte y luego a reclusión perpetua, reconozco completamente y de todo corazón haber, sobre todo, pecado contra Usted, Sire, y contra Rusia, y que mis crímenes merecen el más riguroso de los castigos.[23*]

AGITANDO A ALEMANIA

Ha terminado la parte más dolorosa de mi confesión. Ahora no me resta sino confesarle mis pecados alemanes, de hecho más positivos, que no se limitaron a ser sólo intenciones, sino que pesan mucho más sobre mi conciencia que las faltas intencionales concebidas por mí contra Usted, Sire, y contra Rusia, cuya detallada y sincera descripción acabo de terminar. Continúo nuevamente mi relato.

Yo buscaba entonces una base para mi acción. No habiendo encontrado ninguna entre los polacos, por las causas indicadas anteriormente, continué mi campaña con los eslavos. Habiendo adquirido la convicción de que no encontraría nada, ni siquiera en el Congreso eslavo, me dediqué a reunir a los otros hombres al margen del Congreso y a organizar con

[23*] Al margen de puño y letra de Nicolás: "La espada no corta una cabeza que se confiesa culpable: ¡Dios le perdone!"

estos elementos una sociedad secreta -la primera de que formé parte- sociedad llamada "Los amigos eslavos". Se componía de algunos eslovacos, moravios, croatas y serbios. Permítame, Sire, que no los nombre; que le baste saber que, con excepción mía ningún súbdito de Su Majestad formó parte y que esa sociedad vivió sólo unos pocos días, dispersándose al mismo tiempo que el Congreso, cuando la insurrección de Praga, con la victoria de los ejércitos dinásticos y la partida forzosa de todos los eslavos, obligados a abandonar la capital de Bohemia. La sociedad no tuvo tiempo para organizarse ni para echar las primeras bases de su acción; se dispersó por todos lados sin convenir en nada, ni fijar direcciones ni convenir sobre la correspondencia que podrían intercambiar, de manera que, a consecuencia de ello, no estuve ni pude estar en relaciones con ninguno de sus miembros, y careció de influencia alguna sobre mis actos ulteriores. La menciono aquí sólo por no omitir ningún detalle en mi exposición.

El Congreso Eslavo, en los últimos tiempos, cambió un poco de tendencias, habiendo cedido en parte a la insistencia de los polacos, y, por otra parte, a mi influencia, así como a la de mis partidarios eslavos. Poco a poco se había aproximado a un espíritu paneslavo y más liberal -no digo democrático- y había cesado de servir las miras particulares del gobierno austriaco. Fue su sentencia de muerte. La insurrección de Praga, además, no fue obra del Congreso, sino de los estudiantes y del partido de los llamados demócratas checos. Estos últimos no eran muy numerosos entonces, y, a lo que me parece, no tenían tendencias políticas definidas, sino que se hallaban vinculados a la insurrección porque entonces estaba de modo insurreccionarse. En esa época los conocía poco, ya que apenas frecuentaban las sesiones del Congreso y se encontraban en gran parte fuera de Praga, en las aldeas de los alrededores, en donde incitaban a los campesinos a tomar parte en la sublevación que ellos habían preparado. Yo ignoraba completamente sus planes y hasta el movimiento proyectado, el cual fue para mí una sorpresa tan grande como para los demás miembros del Congreso eslavo. Sólo la víspera del día fijado, hacia el anochecer, oí hablar por vez primera, y aún en términos muy vagos, de la insurrección planeada por los estudiantes y la clase obrera y, de acuerdo con otras personas de mi amistad, traté de hacer comprender a los estudiantes la necesidad de renunciar a esa empresa imposible y de no ofrecer al ejército austriaco la oportunidad de tan fácil victoria. Era evidente que el conde Windischgraetz no tenía más ardiente deseo que poder utilizar semejante ocasión para establecer la desfalleciente moral de sus tropas y la disciplina militar, y dar así a Europa, después de tan vergonzosas derrotas, el primer ejemplo de una victoria del ejército sobre las masas sublevadas. Por ciertas medidas, parecían tratar de irritar a los habitantes de Praga, y los provocaba netamente a la revuelta. Y por sus inauditas exigencias, que ningún general habría podido aceptar sin cubrirse de deshonor ante todas sus tropas, esos necios estudiantes resultaron brindándole el esperado pretexto para iniciar las operaciones militares.

Permanecí en Praga hasta la capitulación, sirviendo como voluntario: armado de un fusil, yo iba de barricada en barricada, disparé muchas veces, pero, en todo eso, nunca dejé de ser una especie de invitado, sin esperar en lo absoluto resultados apreciables. Sin embargo, hacia el final, aconsejé a los estudiantes y a los demás insurgentes que depusieran al gobierno del *Hotel de Ville*, comprometido en conversaciones secretas con el príncipe Windischgraetz, y reemplazarlo con un comité militar provisto de poderes dictatoriales. Quisieron seguir mi consejo, pero ya era demasiado tarde, Praga capituló. En cuanto a mí, al día siguiente por la mañana, me fui a Breslau en donde, salvo error, permanecí esa vez hasta los primeros días de julio.[61]

Al describir mi impresión de mi primer encuentro con los eslavos, he dicho que un corazón eslavo y sentimientos eslavos, hasta ahí insospechados, habían despertado en mí, haciéndome casi olvidar el interés que yo tenía en el movimiento democrático de la Europa occidental. Tales sentimientos los experimenté de manera más intensa ante las insensatas vociferaciones que,

[61] Detalles personales interesantes e inéditos que reducen las exageraciones desproporcionadamente difundidas sobre el rol de Bakunin en la insurrección de Praga. (M. N.)

después de la disolución del congreso de Praga, lanzaban los alemanes contra los eslavos, en todos los rincones de Alemania, sobre todo en el Parlamento de Francfort. No eran ya clamores democráticos, sino el clamor del egoísmo nacional germánico. Los alemanes querían la libertad para ellos y no para los demás. Reunidos en Francfort, creyeron en efecto haberse convertido en una nación unificada y poderosa, y que, en adelante, podían determinar los destinos del mundo. "La patria alemana", que hasta ahí no había existido sino en sus canciones y también en las charlas que sostenían mientras fumaban y bebían cerveza, se creyó que se convertiría en la patria de la mitad de Europa. El Parlamento de Francfort surgido él mismo de una rebelión, basado en la rebelión y existente sólo gracias a ella, se dedicó en seguida a tratar de rebeldes a italianos y polacos,[24*] a considerarlos como a criminales y sediciosos adversarios de la grandeza y la omnipotencia alemanas. La guerra alemana por el Schleswig-Holstein ("stammverwandt und meerumschlungen", pariente por la sangre y vinculado por el mar) era calificada de guerra santa, y la guerra de los italianos por la libertad italiana, las empresas de los polacos en el ducado de Posnania, eran consideradas como criminales. Pero la furia nacional de los alemanes se volvió con más violencia aun contra los eslavos de Austria reunidos en Praga. Los alemanes se habían habituado, desde hacía tiempo, a considerar a estos últimos como a sus siervos y no les permitían ni siquiera respirar en eslavo. Todos los partidos alemanes, sin excepción, eran unánimes en ese odio contra los eslavos, en todos los clamores eslavófobos. No solamente conservadores y liberales aullaban contra los eslavos, como lo hacían también contra Italia y Polonia, sino que los demócratas mismos gritaban más fuerte que los demás: en los periódicos, folletos, asambleas legislativas y populares, clubes, cervecerías y en la calle… El tumulto era tan grande, la tempestad tan furiosa que, si esos clamores alemanes hubieran tenido el poder de matar o de herir a alguien, los eslavos estarían, hace mucho tiempo, exterminados. Antes de mi partida para Praga, los demócratas de Breslau me habían testimoniado un gran respeto, pero toda mi influencia desapareció y fue aniquilada no bien tomé la defensa de los eslavos en los clubes democráticos. Todos protestaron a gritos y no me dejaron acabar; fue mi última intentona oratoria en el club de Breslau y, en general, en los clubes y asambleas públicas de Alemania.[25*] Los alemanes se me habían hecho odiosos, a tal punto que me era imposible hablar tranquilamente con alguno de ellos. No podía ya ni escuchar su idioma, ni siquiera una voz alemana, y me acuerdo de que habiéndome pedido limosna, cierta vez, un mendigo alemán tuve que hacerme fuerza para no pegarle.[62]

No era el único en experimentar esos sentimientos. Todos los eslavos, sin exceptuar a los polacos, sentían igual. Engañados por el gobierno revolucionario francés, burlados por los alemanes e insultados por los judíos alemanes, los polacos se dedicaron a declarar en alta voz que no les quedaba sino una cosa: recurrir a la protección del Emperador ruso y pedirle por favor que incorporara a Rusia todas las provincias polacas sometidas a Austria y Prusia. Tal era la opinión general en el Ducado de Posnania, en Galicia y en Cracovia. Sólo la emigración levantaba sus protestas, pero entonces estaba casi desprovista de influencia. Se pudo creer que los polacos actuaban por hipocresía y trataban de intimidar a los alemanes, pero lejos de hablar de ello a estos últimos, conversaban exclusivamente entre ellos mismos de este proyecto y lo hacían con tal pasión y en tales términos que no tuve, ni siquiera entonces, ninguna duda acerca de su sinceridad y hasta hoy me hallo convencido de que si Usted, Sire, hubiera querido en esa fecha enarbolar el pendón eslavo, se les habría visto a ellos y a cuantos hablan eslavo en los territorios austriacos y prusianos, acudir incondicionalmente, sin previos acuerdos, prestos a entregarse ciegamente a Su Voluntad, y, precipitándose, en fin, con alegría y

[24*] De mano del Zar: "¡Perfecto!"

[25*] Al margen, de puño y letra de Nicolás I: "¡Era tiempo!"

[62] Bakunin propuso a los demócratas alemanes de Breslau enviar un mensaje a los eslavos reconociendo sus aspiraciones a la libertar y su derecho a desear separarse de Alemania, prometiendo la ayuda de la democracia alemana. Sólo la combatieron el candidato Friedmann y el novelista Berthold Auerbach. (M. N.)

fanatismo[26*] bajo las amplias alas del águila rusa, hubieran caído con violencia no sólo contra los alemanes, objeto de su odio, sino también contra toda la Europa Occidental.[63]

Entonces fue que se me ocurrió una extraña idea. Me decidí a escribirle, Sire, y comencé mi carta. Ella contenía igualmente[27*] una especie de confesión más ambiciosa y verbosa que ésta que estoy escribiendo -entonces estaba libre y no tenía experiencia- pero, en su conjunto, bastante franca y sincera. En ella me arrepentía de mis pecados. Imploraba su perdón. Luego, después de una ojeada un poco afectada e hinchada sobre la situación en que se encontraban entonces los pueblos eslavos, yo le imploraba, Sire, en nombre de todos los eslavos oprimidos, que acudiera en su ayuda, que los acogiera bajo su poderosa protección, que fuera su Salvador y su padre, y, después de proclamarse el Zar de todos los Eslavos, que enarbolara al fin el estandarte eslavo en Europa Occidental, ¡para espanto de los alemanes y de los demás opresores y enemigos del pueblo eslavo! Esa carta era larga y complicada, fantástica, irreflexiva, pero escrita con pasión y todo corazón. Contenía mucho de ridículo y absurdo, pero también verdades; en una palabra era una imagen fiel de mi desorden interior y de las innumerables contradicciones que entonces agitaban mi espíritu. Rompí la carta y la quemé sin acabarla. Cambié de opinión pensando que Usted encontraría, Sire, excesivamente ridículo e insolente que un súbdito de Su Majestad Imperial, no sólo un simple súbdito sino un criminal político, osara escribirle, y esto no sólo para limitarse a implorar su gracia, sino para darle consejos y tratar de que modificara su política… Me dije que mi carta, desprovista de toda utilidad, tendría como único efecto comprometerme a ojos de los demócratas que hubieran podido conocer, por casualidad, una intentona abortada y muy poco democrática.[64] Además, dos circunstancias, cuya coincidencia fue bastante singular, me llevaron, por sobre todo, a renunciar a mi proyecto.

MARX Y BAKUNIN: ACUSADO DE ESPÍA

En primer lugar supe, puedo decir que de fuente oficial, es decir, por el prefecto de policía de Breslau, que el gobierno ruso pedía mi extradición al gobierno prusiano, alegando que, de acuerdo con los dos polacos ya mencionados de quienes nunca había oído hablar antes y cuyos nombres no recuerdo ahora, habría tenido yo intenciones de atentar contra la vida de Su Majestad Imperial. Ya he tenido ocasión de refutar esa calumnia, y, Sire, yo le suplico que me permita no volver a ocuparme de ella. En segundo lugar, los rumores que corrieron sobre mi supuesto espionaje no se limitaron ya a encontrar un eco en la prensa alemana: el Dr. Marx,[28*] uno de los jefes comunistas alemanes de Bruselas, que me había tomado más odio que los demás porque me negué a permitir que me obligaran a hacer acto de presencia en sus asociaciones y sus reuniones, era entonces redactor en jefe de la *Rheinische Zeitung*, que aparecía en Colonia. El fue el primero que publicó una correspondencia de París, en la cual me reprochaba que había causado la pérdida de muchos polacos con mis denuncias. Y como la *Rheinische Zeitung* era la lectura favorita de los demócratas alemanes, todo el mundo, en todas

---

[26*] Al margen, de letra de Nicolás I: "No lo dudo, es decir, que me habría puesto a la cabeza de la revolución -en cierto modo a la manera de un Masaniello eslavo-: Gracias".

[63] Nicolás no se mostró dispuesto a asir la pértiga que le tendía aquí Bakunin, obedeciendo, acaso, al sentimiento nacionalista que empujaba a los patriotas eslavos hacia el Zar, así como ocurrió con los patriotas italianos hacia Vittorio Emmanuel II y a los nacionalistas de otros países hacia Napoleón III, Bismarck, etc. (M. N.)

[27*] Al margen, de letra de Nicolás I: "Lástima que no la enviaras".

[64] Se observa que este máximo de humildad de parte de Bakunin precede a un nuevo esfuerzo para apartar del espíritu del Zar la idea del pretendido proyecto de asesinato. (M. N.)

[28*] Se refiere a Carlos Marx, con quien sostuvo entonces y con quien sostendría, sobre todo después, incansables polémicas que fueron causa de que Marx pusiera fin a la Primera Internacional, en la que Bakunin ejerció influencia. (N. del T.)

partes y ahora en alta voz, se dedicó de pronto a hablar de mi supuesta traición. Me hallaba cogido entre dos fuegos: a ojos del gobierno, era un criminal que preparaba un regicidio, y a los ojos del público era un infame espía. Tuve entonces la convicción de que ambas calumnias provenían de una misma fuente. Comoquiera que fuera, ellas fijaron definitivamente mi destino: me juré no renunciar a mis proyectos y no desviarme de la ruta que había tomado, y avanzar sin volverme atrás hasta el día en que mi perdición demostrara a los polacos y alemanes que yo no era un traidor.

Después de algunas explicaciones, en parte orales y en parte escritas e impresas, en los periódicos alemanes,[65] no encontrando por otra parte[29*] ninguna razón ni utilidad para permanecer en Breslau, regresé a Berlín en donde permanecí hasta el fin de septiembre. En Berlín vi con frecuencia al Embajador de Francia, Emmanuel Arago y encontré en su casa al Embajador de Turquía,[66] el cual, en muchas ocasiones, me pidió que lo fuera a ver; pero me abstuve de ello, no queriendo que se dijera que servía en alguna forma a la política turca contra Rusia, mientras que en realidad deseaba, la liberación de los eslavos sometidos a los turcos y la completa ruina de la potencia otomana. Vi igualmente a numerosos alemanes y polacos, miembros de la Asamblea legislativa o constitucional prusiana, en su mayoría demócratas, pero observé la más estricta reserva, aún con aquellos que había intimado antes en Breslau: siempre me parecía que todo el mundo me consideraba un espía, y, a menudo de odiar a todo ser humano, sentía deseos de huir de todo el mundo. Nunca, Sire, he experimentado angustia semejante: ni antes ni después ni siquiera cuando, privado de libertad, tuve que sufrir todas las pruebas de dos procesos criminales. Sólo en esa época comprendí cuán dura debía ser la situación de un verdadero espía, o, más bien, hasta qué punto debe ser infame un espía para que soporte su existencia indiferentemente. Sufrí horriblemente, Sire.

Además, para mí, demócrata, el horizonte europeo comenzaba a oscurecerse sin duda. Doquiera la reacción o preparativos de reacción reemplazaban a la revolución. Los sucesos de junio, en París, tuvieron consecuencias nefastas para todos los demócratas, no sólo en París y en Francia, sino en toda Europa. En Alemania, no se habían tomado aún medidas reaccionarias definidas; todo el mundo parecía disfrutar de una completa libertad. Pero los que sabían mirar se daban cuenta de que los gobiernos se preparaban sin ruido, deliberando, concentrando sus fuerzas, no esperando sino el momento favorable para asestar un golpe decisivo, no tolerando el estúpido parloteo de los parlamentos alemanes, sino porque esperaban de ello más ventajas para sí y no temían de igual modo sus perjudiciales resultados. No estaban engañados: los liberales y demócratas alemanes se suicidaron, por decirlo así, haciéndoles la victoria harto fácil. La cuestión eslava se embrolló igualmente, en esa época: la guerra del Ban Jelatchich, en Hungría, parecía a primera vista ser una guerra eslava y haber sido emprendida tan sólo para defender a los eslovacos y eslavos del sur contra las insoportables pretensiones de los húngaros; pero, en realidad, esa guerra era el comienzo de la reacción austriaca. Yo me hallaba desgarrado por las dudas, no sabía con quién simpatizar. No tenía ninguna fe en Jelatchich, pero el mismo Kossuth era entonces un infeliz demócrata: ponía ojos tiernos a la Asamblea reaccionaria de Francfort y estaba también dispuesto a reconciliarse con Innsbruck y a servir a la corte contra Viena, contra los polacos y contra Italia con tal de que la dinastía quisiera satisfacer sus exigencias húngaras en particular.

En fin, la falta de dinero me retuvo en Berlín. Si yo hubiera tenido plata,[30*] quizás habría ido a Hungría, para seguir ahí los sucesos con mis propios ojos, y habría agregado más de una

---

[65] Esto consta en numerosa documentación, entre ellas una carta de Marx, del 30 de agosto de 1853, en el "Morning Advertiser", del 2 de septiembre del mismo año, una carta de George Sand, del 20 de julio de 1848, inserta en la "Neue Rheinische Zeitung", de Colonia, etc. (M. N.)

[29*] Al margen, de mano de Nicolás I. N. B.

[66] Detalle hasta aquí desconocido. (M. N.)

[30*] Al margen, de mano de Nicolás I. N. B.

página a esta confesión, sin embargo, ya bastante larga. No tenía ninguna relación con los eslavos; salvo una carta insignificante[31*] de Luis Stur, a quien habría querido responder -lo que era imposible porque ignoraba su dirección-,[67] no habría recibido de Austria una sola línea y no escribir a nadie. En una palabra, hasta el mes de diciembre, permanecí en completa inacción y no podría decir nada de ese período, sino que viví en continua espera, decidido a aprovechar la primera oportunidad de actuar. Con qué esperanza deseaba hacerlo, Sire, bien lo sabe Usted, ya. Fue uno de los períodos más duros que he conocido. Sin dinero, sin amigos, tildando de espía, solo en una gran ciudad, no sabía qué acometer, y hasta me llegó a ocurrir que no supe cómo podría vivir al día siguiente. No sólo las circunstancias materiales me inmovilizaban en Berlín, en Prusia y en Alemania del Norte en general, sino también los calumniosos rumores esparcidos sobre mi persona. Aunque las circunstancias políticas no se hubieran modificado, hasta el punto de hacerme abandonar toda espera y toda esperanza, no podía ni quería regresar a París, único asilo que me quedaba, antes de haber demostrado por una acción tangible la sinceridad de mis convicciones democráticas. Para recuperar mi honor tenía que persistir hasta el final. Me volví malo,[32*] misántropo, fanático, dispuesto a arrojarme en cualquier empresa audaz siempre que no fuera infame:[33*] todo mi ser no era ya sino una obsesión revolucionaria y una pasión destructora.[68]

EXPULSADO DE BERLÍN

A fines del mes de septiembre, probablemente a pedido de la Embajada rusa y sin que, por lo demás, yo hubiera dado el menor pretexto, me obligaron a salir de Berlín. Regresé a Breslau,[34*] pero desde comienzos de octubre tuve que dejar esta ciudad, así como el territorio de Prusia en general, bajo amenaza de ser entregado al Gobierno ruso en caso de regreso. Después de tal advertencia no traté más, por cierto, de volver a Prusia. Tuve la intención de residir en Dresde, pero fui igualmente expulsado de ahí a consecuencia de un malentendido, según pretendió más tarde el ministro: habría sido causa de ello pretendió más tarde el ministro: habría sido causa de ello una antigua demanda de la Embajada de Rusia. Arrojado así de un país a otro, me establecí por fin en el Principado de Anhalt-Cöthen,[35*] el cual, enclavado en los territorios prusianos disfrutaba entonces -circunstancia curiosa- de una de las constituciones más libres, no sólo de Alemania sino, según creo, del mundo entero. Aunque pequeño, ese Estado se convirtió, aunque por poco tiempo, en el asilo de los refugiados políticos. Ahí encontré muchos antiguos conocidos del tiempo de mis estudios en la Universidad de Berlín. Había también Asambleas populares, Asambleas legislativas, "Ständchen" y la "Katzenmusik" (encerradas y jaleos), pero en realidad, nadie se ocupaba en ese lugar de política; de manera que, hasta mediados de noviembre, mis conocidos y yo no tuvimos, por decir así, otra ocupación que ir a cazar liebres y otros animales salvajes. Fue para mí un período de reposo.

Esa calma no duró mucho tiempo. La suerte me reservaba el reposo de la tumba: la reclusión en una fortaleza. Todavía en el mes de octubre cuando el Ban Jelatchich, marchaba sobre

---

[31*] Al margen, de mano de Nicolás I. N. B.
[67] Esta carta, cogida entre sus papeles, fue publicada. (M. N.)
[32*] Al margen, de mano de Nicolás I. N. B.
[33*] Al margen, de mano de Nicolás I. N. B.
[68] La descripción de esta fase de sus sentimientos es nueva. (M. N.)
[34*] En Breslau, como en Berlín, los demócratas se preparaban a oponer una resistencia armada a las primeras medidas reaccionarias del gobierno prusiano. Jamás, acaso, estuvo mejor preparada la Silesia prusiana para una insurrección general del pueblo. Yo veía esos preparativos y gozaba, pero no tomé personalmente parte en ellos, esperando circunstancias más decisivas. (M. Bakunin).
[35*] Al margen, de mano de Nicolás I. N. B.

Viena directamente, evitando Budapest, y el general Príncipe Windischgrätz había abandonado Praga en unión de sus ejércitos, yo tenía la intención de volver a esta última ciudad, para empujar a los demócratas checos a una nueva insurrección.[36*] Pero cambié de opinión y permanecí en Cothen. Si me hubiera arrepentido, es porque no tenía aun relaciones con Praga: yo ignoraba qué cambios habían podido producirse ahí desde las jornadas de junio y cuál era el estado del espíritu de la masa. Conocía mal a los demócratas y no contaba con un éxito; además, esperaba una vigorosa resistencia de parte del partido checo constitucional de Palacki. En Praga, pensaba yo, hace tiempo me tienen olvidado. Parte para recuperar mi puesto en la memoria de los praguenses y para dar, hasta donde era posible, al movimiento eslavo, una dirección diferente más conforme a mis esperanzas y a las de los eslavos y demócratas; parte también para demostrar a los polacos y a los alemanes que yo no era un espía ruso y prepararme así a la posibilidad de un nuevo acercamiento; -comencé a redactar un *Llamado a los eslavos* (Aufruf an die Slawen) que en seguida se publicó en Leipzig. Este llamado figura igualmente entre las actas de acusación. Eché mucho tiempo en escribirlo, más de un mes, dejándolo y volviéndolo a tomar, modificándolo en muchas ocasiones sin poderme resolver a publicarlo. No podía expresar en él nítida y claramente mi ideal eslavo, porque trataba de acercarme nuevamente a los demócratas alemanes, considerando ese acercamiento como indispensable. Estaba, pues, en la obligación de "barloventear" entre los eslavos y los alemanes- género de navegación para el cual no poseía yo gran talento y cuyo hábito y sabor ignoraba. Me esforzaba por convencer a los eslavos de la necesidad de una aproximación con los demócratas alemanes y húngaros. Las circunstancias no eran las mismas que en mayo: la revolución se había debilitado, la reacción se había robustecido en todas partes, y sólo las fuerzas reunidas de todas las democracias europeas podían permitir esperar una victoria sobre la unión reaccionaria de los jefes de Estado.

En el mes de noviembre, inmediatamente después de los acontecimientos de Viena, la Asamblea Constitucional de Prusia fue igualmente dispersada por la fuerza. Por lo que algunos ex diputados se reunieron en Cöthen, entre otros Hexamer y d'Ester, miembros del Comité Central de todos los clubes democráticos de Alemania. Este comité, por lo demás, no era clandestino, ya que, poco tiempo antes, el Congreso democrático de Berlín lo había elegido en el curso de sus sesiones públicas. Pero no trató de fundar sociedades secretas alemanas y puede decirse que estas sociedades no datan sino de esa fecha.

Sin duda, había algunas anteriormente, a saber, las sociedades comunistas, pero carecían de toda influencia. En Alemania hasta el mes de noviembre, todo ocurrió abiertamente: conspiraciones, insurrecciones y preparativos de insurrección. Quien se interesara en ello podía ser informado. Halagados por una revolución, por decirlo así caída del cielo, sin ningún esfuerzo de parte suya y casi sin una gota de sangre, los alemanes concebían difícilmente la fuerza siempre creciente de sus gobiernos y la extensión de su propia impotencia. Parloteando, bebiendo, cantando, fueron héroes de palabra y niños en la realidad: creían que su libertad no acabaría nunca y que bastaba una mueca para intimidar a todos los gobiernos. Entretanto, los sucesos de Viena y Berlín les hicieron ver lo contrario; comprendieron entonces que, para consolidar su libertad tan fácilmente adquirida, les hacía falta tomar medidas mucho más serias y toda Alemania comenzó a prepararse secretamente a una nueva revolución.

En Berlín vi a d'Ester y Hexamer por primera vez pero entonces los conocía poco, manteniéndome alejado de ellos al principio. Al comienzo desconfiaron de mí, creyéndome realmente espía; pero, después, me otorgaron su confianza. Yo hablaba y discutía largamente con ellos sobre la cuestión eslava. Durante mucho tiempo no conseguí convencerles de la necesidad que era para los alemanes de renunciar a todas sus pretensiones sobre los territorios eslavos, pero acabé lográndolo. Así es como se iniciaron nuestras relaciones políticas, y que son las primeras relaciones positivas y con un objetivo definido que yo haya mantenido con

[36*] Al margen, de mano de Nicolás I. N. B.

alemanes y con un partido político activo cualquiera en general. Me prometieron utilizar toda su influencia sobre los demócratas alemanes para disipar su odio y hacer desaparecer sus prejuicios contra los eslavos; por mi parte, yo les prometí actuar sobre los eslavos en el mismo sentido. Nuestras obligaciones se limitaron a eso, al principio. Como no me temían, yo estaba al corriente de todas sus intenciones, de sus preparativos y de la organización de sus sociedades secretas; conocía igualmente sus nacientes relaciones con los demócratas del extranjero, pero no me mezclaba para nada en sus asuntos y me abstenía hasta de informarme de ellos, por el temor de despertar nuevas sospechas. En cuanto a mí, me apresuré a terminar mi *Llamado a los eslavos* que hice imprimir poco después en Leipzig.

CONSPIRANDO EN LEIPZIG

A fines de diciembre, me trasladé a Leipzig con Hexamer y d'Ester, en parte por estar más cerca de Bohemia y vivir en una ciudad mejor vinculada con el resto del mundo de lo que estaba Cothen; además, había sabido que el gobierno prusiano tenía la intención de apoderarse de todo refugiado residente en Cothen. En Leipzig, conocí por casualidad algunos jóvenes eslavos, cuyos nombres y características se indican detalladamente en las actas de acusación austriacas. Entre ellos se hallaban dos hermanos: Gustavo y Adolfo Straka, checos que entonces realizaban sus estudios de Teología en Leipzig. Ambos eran buenos y nobles; aunque eslavos convictos, nunca habían pensado en la política antes de conocerme, y su pérdida, de que soy único culpable, pesa sobre mi alma como un gran pecado. Antes de que yo llegara a Leipzig, sus opiniones eran opuestas a las mías; eran grandes admiradores de Jelatchich; para desgracia de ellos, los conocí, los subyugué, cambié su modo de pensar, los arranqué a sus pacíficas ocupaciones y los convertí en instrumentos de mis empresas en Bohemia. Si yo pudiera ahora endulzar su suerte, agravando la mía, ¡con cuánta alegría haría mío su castigo! Pero, es demasiado tarde. Excepto ellos, por lo demás, ni entonces ni antes ni después, no tengo que reprocharme el haber arrastrado a una sola persona. Sólo por ellos es por quienes debo responder ante Dios.[37*]

Precisamente, por su intermedio supe que mi *Llamado a los eslavos* había hallado viva resonancia en Praga, en donde hasta se tradujo y publicó un fragmento en un periódico democrático checo, cuyo redactor-jefe era el doctor Sabina.[69] Esto me sugirió la idea de convocar a algunos checos y polacos en Leipzig con miras a una deliberación y acuerdo con los alemanes, con el objeto de echar las bases primeras de una acción revolucionaria común. Envié, pues, a Gustavo Straka a Praga, con una misión ante Arnold, igualmente redactor de una hoja democrática checa, y ante Sabina.[70] En esa época sólo los conocía de nombre y no personalmente. Escribí igualmente a Posnania, a aquellos conocidos polacos cuya simpatía y concurso esperaba. Pero ningún polaco acudió; más aun, no me contestó ninguno. De Praga, sólo vino Arnold; no permitió a Straka que trajera a Sabina, de quien desconfiaba en parte y contra el cual sentía, supongo, un sentimiento de mezquina envidia.[71] Todos estos hechos se hallan expuestos en detalle, no por mí desde luego sino por el mismo Arnold y los hermanos Straka en las actas de la acusación austriaca. No entraré, Sire, en ridículos pormenores,

---

[37*] Debo advertir aquí que igualmente envié por intermedio de Gustavo Straka una comunicación al "Tilo eslavo", club checo más o menos democrático, pero que Sabina la retuvo en su casa, considerándola muy peligrosa. N. B.

[69] Falla de memoria, probablemente. El "Llamado a los eslavos" apareció sólo en checo, en los "Noving Lipy Slovanské", Praga, de 2 a 5 de enero, 1849. (M. N.)

[70] Los "Obcanské Noviny". (M. N.)

[71] Éste Sabina fue desenmascarado mucho después, en 1872, como agente del gobierno ruso; pero no se dejó establecido nunca, a menos que yo sepa, que desempeñara ese cargo en 1848-1849, época después de la cual sufrió largo encarcelamiento. (M. N.)

necesarios sin duda, en el curso de una instrucción criminal, para descubrir la verdad, pero inútiles y fuera de lugar en una confesión sincera y voluntaria. No mencionaré en este relato sino las circunstancias indispensables para la comprensión del conjunto, o los hechos esenciales aun desconocidos para las dos comisiones encargadas de la instructiva.

Antes de pasar al último acto de mi triste carrera revolucionaria, debo ante todo exponer lo que trataba de conseguir después describiré mis acciones en sí. Mi fiebre política, acrecida y agravada hasta el exceso por mis fracasos anteriores, por mi rara e intolerable situación y, en fin, por la victoria de la reacción en Europa, había alcanzado entonces su paroxismo: yo no era sino deseo, sed revolucionaria y, de todos los republicanos rojo púrpura, me había vuelto, lo supongo, el más rojo púrpura que se pudiera pensar. Mi propósito era el siguiente:

HACIA UNA INSURRECCIÓN ALEMANA

Los demócratas alemanes preparaban una insurrección general en Alemania para la primavera de 1849. Yo deseaba que los eslavos se unieran a ella, igual que los húngaros que entonces se encontraban en insurrección abierta y flagrante contra el Emperador de Austria. Este deseo de unión con unos y otros no tendía a una fusión con los alemanes, o a una sumisión a los húngaros, sino a que, simultáneamente con el triunfo de la revolución de Europa, pudiera del mismo modo afirmarse la independencia de las naciones eslavas. El momento parecía propicio a tal entendimiento: húngaros y alemanes, aleccionados por la experiencia y teniendo necesidad de aliados, estaban dispuestos a renunciar a sus pretensiones anteriores. Yo esperaba que los polacos consintieran en ser intermediarios entre Kossuth y los eslavos de Hungría y yo quería encargarme de mediar entre eslavos y alemanes. A Bohemia, y no a Polonia, es la que yo deseaba ver como centro y cabeza del nuevo movimiento eslavos, por muchas razones: primero, Polonia estaba tan agotada y desmoralizada por sus derrotas anteriores que yo no creía en la posibilidad de su liberación sin que interviniera una ayuda extranjera; mientras que Bohemia, a quien la reacción casi no había llegado, gozaba entonces de una libertad total, estaba fuerte, fresca y disponía de todos los medios necesarios a un movimiento revolucionario exitoso. Si yo no quería que los polacos encabezaran la revolución proyectada, era porque temía además que le confirieran un carácter estrecho y exclusivamente polaco o bien, si les parecía conveniente, que traicionaran a los demás eslavos en beneficio de sus ex aliados, los demócratas de la Europa Occidental, y, caso más fácilmente todavía, en beneficio de los húngaros. En fin, yo sabía que Praga es para todos los eslavos austriacos no polacos una especie de capital a la manera de Moscú, y esperaba, no sin razón me parece, que si Praga se sublevaba, todas las demás naciones eslavas seguirían su ejemplo y se verían arrastradas por su movimiento a despecho de Jelatchich y los demás partidarios de la dinastía austriaca, por lo demás poco numerosos. Así, pues, descontaba la aprobación y la simpatía de los alemanes y, en caso necesario, su ayuda armada contra el gobierno prusiano que arrastrado por el ejemplo ruso y por el temor de una contaminación, no se quedaría probablemente como espectador pasivo del incendio revolucionario de Bohemia. Yo contaba con los polacos, con el concurso de sus oficiales y sobre todo de su dinero. Yo no lo tenía, y sin plata, toda empresa resulta imposible. Pero mi esperanza sustancial estaba concentrada en Bohemia.

REVOLUCIÓN CAMPESINA

Más que con Praga y con los citadinos en general, yo contaba ante todo con los campesinos bohemios, checos o alemanes. La gran falta de los demócratas alemanes e, igualmente, al comienzo, de los demócratas franceses, consistió a mi juicio, en que su propaganda estuvo limitada a las ciudades y no penetró en los villorrios. De este modo, las ciudades se convirtieron en una especie de aristocracia y, por consecuencia, las aldeas, no sólo permanecieron como espectadoras indiferentes de la revolución, sino, que en muchos lugares, se pusieron a hacer manifestaciones contra aquélla. Y, sin embargo, nada parecía más fácil que despertar el espíritu revolucionario de la clase campesina, especialmente en Alemania, en donde tantas antiguas instituciones feudales pesaban aun sobre la tierra; sin exceptuar la Prusia misma, que, habiendo otorgado libertad general de propiedad y personas, ha conservado en ciertas provincias huellas de la antigua servidumbre, por ejemplo en Silesia; al lado de una clase, por lo demás bastante numerosa, de propietarios libres, Prusia cuenta con otra clase, mucho más numerosa, de campesinos pobres y hasta gentes completamente desprovistas de patrimonio. Pero, en ninguna parte, por lo demás, mejor que en Bohemia la clase campesina no era accesible a un movimiento revolucionario. Hasta 1848, se había mantenido integralmente la feudalidad en Bohemia, con todas sus opresiones y todas sus cargas. Jurisdicciones señoriales, impuestos y derechos feudales, diezmos y demás privilegios eclesiásticos pesaban sobre la propiedad de los campesinos ricos. Pero la clase pobre, más numerosa estaba en situación, todavía más dura que en Alemania misma. Además, había en Bohemia muchas usinas y en consecuencia, un gran número de obreros industriales; pero los obreros industriales son, por así decirlo, los reclutas predestinados de la propaganda democrática.

En 1848, todas estas expresiones, objeto de descontento y de eternas quejas de los campesinos, todos los antiguos impuestos, las diversas obligaciones y el complicado sistema de tributación habían sido suspendidos, al mismo tiempo que cesaba la vetusta existencia de la monarquía austriaca. Pero sólo habían sido suspendidos, no abolidos. La ANARQUÍA había reemplazado a la opresión. Asustado, el gobierno había perdido la cabeza y había echado mano a todos los medios imaginables susceptibles de salvarlo de un completo desastre. Acordándose de su subterfugio democrático empleado en 1846 en Galicia proclamó de repente, sin ninguna medida previa, la libertad ilimitada y absoluta de la propiedad y de los campesinos. Sus agentes inundaron la Bohemia, predicando la clemencia del gobierno. Pero, en Bohemia reinan condiciones distintas a las de Galicia. En Bohemia, la detestada clase de los opresores, ricos propietarios, nobles y aristócratas no está compuesta de conspiradores polacos, sino de alemanes consagrados en cuerpo y alma a la dinastía austriaca, y, más todavía, al antiguo orden de cosas austriaco que les era favorable. El pueblo dejó de pagar los tributos, y se negó a cubrir otros impuestos salvo los del Estado, y hasta éstos los pagaba contra su voluntad. La clase de los propietarios, los nobles, la aristocracia, en una palabra todo cuanto compone el partido austriaco en Bohemia fue reducido a desnudez y debilitamiento. Por otra parte, el gobierno no había ganada nada, porque el pueblo que siempre siguiera las enseñanzas de los patriotas checos, no sentía por él afecto ni reconocimiento a cambio de ese gran regalo que era una libertad concedida a regañadientes. Por el contrario, desconfiaba del gobierno sabiéndolo bajo la influencia de la aristocracia; temía además que esta última experimentara tendencia hasta arrastrar al pueblo bajo el antiguo yugo. En fin, las levas extraordinarias, repetidas en varias oportunidades en el transcurso de un mismo año, provocaron en el pueblo de Bohemia pronunciado descontento y general protesta. Con tales disposiciones habría sido fácil provocar insurrección.

Yo aspiraba, en Bohemia, a una revolución absoluta, radical, en una palabra a una revolución que, aunque vencida y por lo mismo lograra sin embargo trastornar todas las cosas. El gobierno austriaco después de su victoria, no habría encontrado nada en su puesto. Yo quería aprovechar de esta circunstancia favorable de que toda la nobleza en Bohemia y, en general,

toda la clase de ricos propietarios estaba compuesta exclusivamente por alemanes, para desterrar a los nobles, al clero hostil y, después de confiscar sin distinción todos los bienes señoriales distribuirlos parte entre los campesinos pobres, para ganarlos a la revolución, y emplear la otra parte en crear ingresos extraordinarios para la revolución. Mi intención era demoler todos los castillos, quemar, en toda Bohemia, los archivos de todos los procesos administrativos, judiciales o públicos, las cartas y títulos señoriales, y anular todas las hipotecas, a la vez que las demás deudas que no pasaran de cierta suma, como, por ejemplo, mil o dos mil guldenes. En suma, la revolución que yo proyectaba era horrible y sin precedentes, aunque se dirigiera más contra las cosas que contra los hombres.[72] En efecto, ella habría trastornado a tal punto las cosas, se habría de tal modo insinuado en la sangre y la vida del pueblo, que el gobierno austriaco, aunque hubiera vencido a la revolución, nunca hubiera conseguido sacarla de raíz, porque le habría sido imposible escoger una táctica eficaz, imposible reunir los restos del antiguo régimen, destruido para siempre, e imposible reconciliarse jamás con el pueblo de Bohemia. Semejante revolución no se habría limitado a una sola nacionalidad; ella habría arrastrado con su ejemplo, con su propaganda ardiente y fogosa, no sólo a Moravia y a la Silesia austriaca, sino también a la Silesia prusiana y en general a todos los territorios alemanes limítrofes, de tal manera que la revolución alemana que hasta ahí no había sido más que una revolución de ciudades, de citadinos, de obreros industriales, de letrados y abogados, se convertiría, a su vez, en una revolución de masas.

EL PLAN DE BOHEMIA

Pero mis intenciones no se limitaban a eso. Yo quería transformar toda la Bohemia en un campamento revolucionario, crear en ella una fuerza capaz no sólo de salvaguardar la revolución en el país mismo, sino también de tomar la ofensiva partiendo de Bohemia; de levantar a su paso a todos los pueblos eslavos, de incitar a la rebelión, de destruir todo lo que lleva el sello de la monarquía austriaca, de socorrer a húngaros, polacos, ¡en una palabra de luchar contra Usted Mismo, Sire!

Ligada a Bohemia desde hacía mucho tiempo por sus recuerdos históricos, por sus costumbres y si idioma. Moravia nunca dejó de considerar a Praga como su capital y, vinculada especialmente entonces a Bohemia por la organización de sus clubes, yo me decía que Moravia seguiría sin duda el movimiento checo. Los eslovacos y la Silesia austriaca serían arrastrados por ella. Así, la revolución habría cubierto un territorio extenso y rico, teniendo por centro a Praga. En Praga debía establecerse la sede del gobierno revolucionario, provisto de poderes dictatoriales ilimitados. La nobleza debería ser arrojada, e igualmente el clero oposicionista; toda la administración austriaca debía ser definitivamente abolida, destituidos los funcionarios y no se conservaría sino a unos pocos en Praga, entre aquellos que fueran más importantes y estuvieran mejor informados, a fin de pedirles consejo y, por decirlo así, a manera de biblioteca para los informes estadísticos. Todos los clubes, todos los ejércitos, toda manifestación de charlatana ANARQUÍA debían ser igualmente abolidos. Todo sometido a un poder dictatorial. La juventud y los hombres útiles, divididos en categorías según sus caracteres, sus capacidades y sus tendencias personales serían distribuidos en todo el territorio a fin de asegurar una organización provisional, revolucionaria y militar. Las masas debían formar dos grupos: uno, armado más o menos bien permanecería en sus domicilios a fin de salvaguardar el nuevo orden de cosas y habrían sido empleados según las necesidades de una guerra de partidarios. En cambio, todos los jóvenes, todos los pobres en estado de portar armas, obreros industriales y artesanos sin trabajo, así como gran parte de la juventud burguesa instruida,

[72] Todos los sucesos de Berlín, Praga, Leipzig, son conocidos y están confirmados por varias obras. Pero, este plan de insurrección en Bohemia es una primicia de esta "Confesión". (M. N.)

habrían compuesto un ejército no de francotiradores, sino un ejército regular, formado con ayuda de los ex oficiales polacos, de soldados y suboficiales austriacos en retiro, que habrían sido elevados a diferentes rangos según su capacidad y su celo. Los gastos habrían sido enormes, pero yo contaba cubrirlos en parte con el producto de las confiscaciones y de los impuestos extraordinarios, así como por asignados semejantes a los de Kossuth. Había imaginado a este efecto un plan financiero más o menos fantástico, cuya exposición sería demasiado extensa.[73]

Tal era el plan que yo había imaginado para la revolución en Bohemia. Acabo de exponerlo en sus rasgos generales, sin entrar en detalles, porque no se llegó a iniciado siquiera; fue ignorado por todos o conocido solamente en inofensivos fragmentos; no existía sino en mi imaginación culpable; no se había formado de un solo golpe, sino a poco a poco, modificándose y completándose según las circunstancias. Sin demorarme en una crítica política y moral ni en un examen criminológico del proyecto, voy a mostrarle, Sire, ahora de qué medios disponía para realizar tan inmensos proyectos.

Primeramente, yo había llegado a Leipzig sin un céntimo; no tenía ni siquiera con que subvenir a mi miserable manutención, y si Reichel no me hubiera enviado una pequeña suma pronto, no sé como habría podido subsistir, porque, en conciencia, yo estaba en situación de exigir de los demás dinero para mis empresas, pero no para mí mismo. Yo tenía una apremiante necesidad de dinero. "Sin plata, no hay Suiza" dice un viejo proverbio francés, y sin embargo yo tenía que crearlo todo de retazos: relacionar a húngaros y bohemios; y crear en Praga, un partido correspondiente a mis aspiraciones y en el cual pudiera apoyarme para la consecución de mis actos ulteriores. Digo bien "crear", porque en el momento de mi llegada a Leipzig no existía ni sombra de una acción cualquiera, todo estaba únicamente en mi imaginación. Yo no podía pedir plata a d'Ester ni Hexamer: sus recursos eran muy limitados, aunque compusieran por sí solos el comité democrático central para toda Alemania. Cobraban una especie de impuesto sobre todos los demócratas alemanes, pero sus cobranzas no bastaban para cubrir sus propios gastos políticos. Yo contaba con los polacos, pero éstos no reaccionaron a mi llamado. Mis nuevas relaciones con ellos, más especialmente con sus demócratas, databan de Dresde y puedo decir con plena conciencia que nunca mantuve relaciones políticas con los polacos hasta el mes de marzo de 1849. En cuanto a las relaciones trabadas en esa época, no hubo tiempo de desarrollarlas. Así, yo no tenía nada de dinero, y sin dinero, ¿qué podía emprender? Primero tuve la intención de ir a París, en parte para buscar ahí plata, parte para entrar en relaciones con los demócratas franceses y polacos, y, en fin, con el objeto de trabar conocimiento con el conde Teleki, embajador o más buen ex agente de Kossuth ante el gobierno francés, por medio del cual habría podido entrar en relaciones con Kossuth mismo. Pero después de pensarlo, renuncié a esta idea por las razones siguientes. Por mi amigo Reichel, yo sabía que a consecuencia de la calumniosa correspondencia publicada por el *Rheinische Zeitung*, los demócratas franceses también habían concebido cierta desconfianza con respecto a mí. Cuando apareció mi *Llamado a los eslavos*, envié un ejemplar a Flocon, acompañándolo de una larga carta en la que, según mis conceptos de entonces, le exponía la situación de Alemania y el aspecto de la cuestión eslava. Junto con mi acuerdo y mi completa cordialidad, con la sociedad central de los demócratas alemanes, le anunciaba los preparativos de una segunda revolución alemana y mis intenciones concernientes a los eslavos y más especialmente a Bohemia.

Yo lo exhortaba a enviar a Leipzig, en donde me disponía a ir, a un hombre de confianza de los demócratas franceses, de manera de reatar el movimiento germano-eslavo proyectado al movimiento francés. En fin, le reproché haber prestado fe a los rumores calumniosos y terminé mi carta declarándole solemnemente que, único ruso en el campo de los demócratas europeos,

[73] También aquí la dictadura es considerada como una medida técnica, y se trata de transformar todo de país en un campo revolucionario. (M. N.)

estaba obligado a velar por mi honor más celosamente que cualquiera y que si no me contestaba, si no probaba su confianza absoluta en mi honestidad por un acto positivo, me vería obligado a romper definitivamente con él. Flocon no me respondió ni envió a nadie, pero verosímilmente para demostrarme su simpatía, reimprimió mi *Llamado* en su periódico. Los polacos hicieron otro tanto en su periódico *Démocrat Polski*, pero en Leipzig no tuve ningún conocimiento de estas dos publicaciones y consideré el silencio de Flocon como una señal injuriosa de desconfianza. También, hasta para un objetivo que consideraba sagrado, no pude decidirme a tentar un nuevo acercamiento con él ni con su partido, con mayor razón con los demócratas alemanes, que fueron si no el primer origen, por lo menos y sin ninguna duda, los principales instrumentos de mi inmerecida deshonra. Reuniendo en cuenta esas relaciones con los franceses y polacos, no me prometía mucho sobre la posibilidad de trabar conocimiento con el conde Teleki, porque conocía sus relaciones con la inmigración polaca. También, después de madura reflexión, me persuadí de que un viaje a París no sería sino una pérdida de tiempo; pero el tiempo era precioso ya que sólo quedaban unos pocos meses hasta la primavera. Así tuve que renunciar una vez más a toda esperanza de relaciones y de más amplios recursos, contentarme con la ayuda benévola de los pobres demócratas de Leipzig y, más tarde, de Dresde; y, de enero a mayo de 1849, no creo haber gastado más de 400 táleros, o a lo sumo 500. ¡Tales eran los medios financieros con los que me preparaba a sublevar toda Bohemia! Pero quiero ahora pasar a mis relaciones y mis actos.[74]

SUS RELACIONES CON LOS DEMÓCRATAS ALEMANES

En mis declaraciones en el extranjero, he declarado en varias oportunidades no haber tomado parte alguna en los preparativos de los demócratas alemanes con vistas a la revolución alemana en general y a la revolución sajona en particular. Pero, en conciencia y conforme a la verdad plena, ahora sólo puedo repetir lo mismo. Yo desearía la revolución en Alemania; la desearía de todo corazón, la desearía como demócrata, la desearía más aún porque, dentro de mi hipótesis, ella habría sido la señal y como el punto de partida de la revolución en Bohemia. Pero no hice nada por su éxito, en ningún sentido y de ninguna manera, salvo alentando y estimulando con mis palabras a los demócratas alemanes conocidos míos. Pero yo no frecuente ni sus clubes ni sus reuniones, no les pedí ningún informe, afectando indiferencia y no deseando saber nada de sus preparativos aunque supe muchas cosas contra mi voluntad, por decirlo así. Yo mismo no me ocupé exclusivamente sino de la propaganda en Bohemia. De los alemanes yo no esperaba ni exigía sino dos cosas.

En primer lugar, debían modificar sus relaciones y sus sentimientos con respecto a los eslavos, expresar públicamente y sin equívocos sus simpatías para los demócratas eslavos y reconocer en términos positivos la independencia eslava. Tal declaración me parecía necesaria. Ante todo, ella habría vinculado a los alemanes mismos por una obligación positiva y manifiesta más, habría actuado vigorosamente sobre la opinión de los demás demócratas europeos y los habría obligado a encarar el movimiento eslavo con más simpatía. En fin, esa misma declaración habría igualmente tenido como efecto combatir el odio inveterado de los eslavos contra los alemanes y hacerles entrar así, a título de amigos y aliados, en la comunidad de las democracias europeas. Debo decir que d'Ester y Hexamer mantuvieron íntegramente la palabra que me habían dado, porque en muy poco tiempo, y gracias exclusivamente a sus esfuerzos, casi todos los periódicos democráticos alemanes, los clubes, congresos se pusieron a hablar un lenguaje totalmente distinto y recordar en términos muy concretos las relaciones de Alemania con los eslavos, reconociendo plena y enteramente los derechos de estos últimos a una

[74] Detalles nuevos, a menos que se hallen en la documentación de ambos procesos, publicados sólo en pequeña parte. (M. N.)

existencia independiente, incitándolos a unirse a la causa revolucionaria paneuropea y prometiéndole su alianza y su concurso contra las pretensiones francfortenses y contra todos los demás partidos reaccionarios alemanes. Tal demostración fuerte, unánime y completamente inesperada, produjo, por los demás, el efecto deseado: no sólo los demócratas polacos de París, sino también los demócratas franceses, y los periódicos democráticos de Francia, y hasta los mismos demócratas italianos de Roma comenzaron a hablar de los eslavos como posibles y deseados aliados. Por su parte, los eslavos, más especialmente los demócratas checos, estupefactos y alegres por ese cambio inopinado, comenzaron a su vez, en los periódicos checos, a expresar su simpatía por los demócratas europeos, incluso los alemanes y húngaros. Así, se había dado el primer paso hacia el acercamiento.

Pero era sólo el principio. Había que vencer el odio de los alemanes de Bohemia contra los checos, había que disminuir no sólo sus sentimientos hostiles sino también empujarlos a unirse a los checos con vistas a una acción revolucionaria común. Difícil tarea porque el odio es siempre tanto más intenso y profundo cuanto más cerca están los pueblos y cuanto mayor es su permanente contacto. Además, el odio entre alemanes y checos, en Bohemia, era de reciente fecha, alimentado de recuerdos quemantes, irritado hasta el exceso y constantemente envenenado por los esfuerzos del gobierno austriaco. Se evidenció por primera vez a comienzos de la revolución de 1848, como consecuencia de las tendencias contradictorias y recíprocamente destructivas de las dos nacionalidades: muy legítimamente, a mi entender, los checos, que componían los dos tercios de la población de Bohemia, exigieron que esta última fuera un territorio exclusivamente eslavo, totalmente independiente de Alemania y, en consecuencia, se negaron a enviar diputados al parlamento de Francfort… Los alemanes, en cambio, haciendo valer el hecho de que Bohemia hubiera pertenecido siempre a la Federación de los Estados Alemanes y desde tiempos inmemoriales, formara parte integrante del antiguo imperio germánico, exigieron su fusión definitiva con la *Alemania renaciente*. Los checos ignoraban los prejuicios de los ministros de Viena; los alemanes se negaban a reconocer otro poder que no fuera el de los ministros vieneses.

De ello resultó un violento conflicto, envenenado por el gobierno de Innsbruck de una parte, y por el de Viena, por la otra. Así cuando Praga se rebeló en junio de 1848, toda la Bohemia alemana empuñó las armas y sus francotiradores se apresuraron a aportar su concurso a las tropas austriacas, el príncipe Windichsgrätz los recibió con mucha frialdad y, después de darles las gracias, los devolvió a sus casas. La hostilidad entre checos y alemanes no cesó desde entonces y no era fácil de vencer. Hexamer y d'Ester me fueron muy útiles en esta circunstancia, así como los demócratas sajones; en muchas oportunidades y en su propio hombre enviaron agentes a la parte alemana de Bohemia sobre la cual no dejaban de actuar, incansablemente, por intermedio de los demócratas residentes a lo largo de la frontera sajona; así, hacia el mes de mayo, gran número de alemanes de Bohemia se habían convertido al nuevo evangelio, y aunque no mantuve con ellos relaciones directas, sé, sin embargo, que muchos de esos alemanes estaban dispuestos a unirse a los checos con miras a una revolución común. Mis relaciones con los demócratas alemanes no e extendieron más allá y, lo repito de nuevo, no me mezclé yo en sus propios asuntos.[75] Ahora me ocuparé de los checos.

[75] Bakunin se hizo muchas ilusiones sobre la acción de Hexamer y d'Ester, pero vivían tan aislados como él. Mientras ocurrían sangrientos sucesos, como la rebelión de dos croatas de Jelatchich, sitiadores de Viena, el fusilamiento de Roberto Blum y muchos más por esa causa, etc., la tímida acción de sus dos amigos carecía de importancia. (M. N.)

BAKUNIN Y LOS CHECOS

Solamente Arnold respondió a mi llamamiento y vino a Leipzig. Por lo demás eso me satisfizo, acostumbrado como estaba a contentarme con poco. No se quedó en Leipzig más que veinticuatro horas, no obstante mis esfuerzos para retenerlo. En tan poco tiempo no pude interrogarle debidamente sobre Bohemia y Praga ni exponerle íntegramente mis ideas. Además, las tres cuartas partes de su tiempo fueron empleados en inútiles conversaciones con d'Ester y Hexamer, quienes proyectaban convocar públicamente en Leipzig un congreso germano-eslavo. Aun entonces, los alemanes no podían llegar a curarse completamente de su desdichada pasión por los congresos. Yo me opuse enérgicamente a tan inepto proyecto. Para negociaciones serias, personalmente, con Arnold, no me quedaban sino cuatro o cinco horas a lo sumo; traté de aprovecharlas hasta donde fue posible para convencer a Arnold de que se hiciera mi aliado y actuara de acuerdo conmigo, según mi espíritu y conforme mis tendencias.

Apoyándome en el conjunto de pruebas y argumentos señalados anteriormente, traté de persuadirlo de la necesidad de apresurar la revolución en Bohemia. Sabía que él ejercía gran influencia sobre la juventud checa, sobre los burgueses pobres y, más en particular, sobre los campesinos checos, en vista de que los conocía bien, ya que durante largo tiempo fue intendente de los dominios del conde de Rohan. Para ellos es que redacto, casi exclusivamente, su periódico democrático popular. Yo le pedí poner en juego esta influencia en pro de la propaganda revolucionaria. Le sugerí que organizara en Praga, luego en toda Bohemia, una sociedad secreta, cuyo plan, establecido por mí, estaba completamente listo. Ese plan, en sus grandes líneas, era el siguiente.

La sociedad debía componerse de tres sociedades separadas, independientes e ignoradas la una de la otra: una para los pequeños burgueses, otra para la juventud y una tercera para las aldeas. Cada una de ellas debía estar sometida a una jerarquía severa y a una disciplina absoluta, pero debería adaptarse, en sus detalles y formas, al carácter y a la fuerza de la clase correspondiente. Esas sociedades debían limitarse a un pequeño número de personas, pero abarcar en su seno hasta donde fuera posible a todos los hombres de talento, saber, energía e influencia que, obedientes a la dirección central, actuaran a su vez, por decir así invisiblemente sobre las masas. Esas tres sociedades debían vincularse, por decir así, por medio de un Comité Central compuesto de tres o a lo sumo de cinco miembros: yo, Arnold y otros más, designados por elección. Gracias a tal sociedad secreta, yo esperaba apresurar los preparativos revolucionarios en Bohemia y poder proceder ahí de acuerdo con un plan único. Hecha la revolución, mi sociedad secreta no debía dispersarse, sino, al contrario, reforzarse, extenderse y agrupar elementos vivos y realmente fuertes, y, poco a poco, englobar todas las tierras eslavas. Yo esperaba que ella proporcionara igualmente hombres para las diferentes tareas de la jerarquía revolucionaria. En fin, contaba con poder crear y consolidar por ella mi influencia en Bohemia, porque, a pesar de Arnold, encargué al mismo tiempo y un joven alemán, de Viena (el estudiante Ottendorf, que se refugió después en América) que organizara, según el mismo plan, entre los alemanes de Bohemia, una sociedad de la que yo sería jefe secreto, sin parte, al principio, de su comité central. De manera que si mi plan se hubiera realizado, todos los hilos esenciales del movimiento habrían estado concentrados entre mis manos y yo habría podido estar seguro de que la revolución proyectada en Bohemia no habría salido nunca del sendero que le había trazado. En lo concerniente al gobierno revolucionario, al número de sus miembros y de su organización, no tenía todavía ideas estables; quería primero conocer más íntimamente a las personas en sí, así como las circunstancias; yo no sabía si debía tomar parte de una manera abierta, intensa e inmediata, paro me parecía evidente que debía actuar en ello. Ni el amor propio ni la ambición eran móviles que me decidían a prescindir de mi antigua modestia, sino que ello era resultado de la experiencia de todo un año, la convicción de que nadie, entre los demócratas que conocía, sería capaz de abrazar con una mirada todas las condiciones de la

revolución, ni de tomar todas las medidas decisivas y enérgicas que yo consideraba necesarias para su triunfo.[76]

En fin, por intermedio de Arnold y sus partidarios de Praga, tenía la intención de poner mano sobre el "Tilo eslavo", sociedad patriótica checa, o más exactamente eslava, consideraba como centro de todas las sociedades y todos los clubes eslavos del imperio de Austria. En general, y no otorgaba gran importancia a los clubes; no me gustaban y los despreciaba, considerándolos tan sólo como reuniones que sirven de pretexto a fanfarronadas estúpidas, a habladurías vacías y hasta perjudiciales. Pero el "Tilo eslavo" formaba una excepción a la regla. Había sido fundado sobre bases prácticas y vivas, por hombres inteligentes y avisados, y formaba la enérgica continuación política de esa potente organización de actividad y propaganda literarias que, antes de la revolución de 1848, despertó y hasta podría decirse creó la nueva vida eslava. Y aun entonces, el "Tilo eslavo" constituía el centro de toda la acción política de los eslavos austriacos; había echado raíces y creado secciones no sólo en Bohemia, sino en todos los países eslavos de Galicia; y el respeto de que gozaba era tan general que todos los jefes eslavos consideraban un honor formar parte de él. El Ban Jelatchich mismo, al acercarse a Viena, consideró necesario dirigir a esta organización una carta en que, a modo de excusa por sus procedimientos, declaraba que no marcharía sobre Viena, porque esta ciudad había hecho una nueva revolución y había entrado entonces en la senda democrática, pero que constituía el centro del partido nacional germánico. El "Tilo eslavo" agrupaba a los patriotas eslavos de todos los partidos sin distinción; el partido de Palacki, el del eslovaco Stur y el de Jelatchich tuvieron primero preponderancia en él; en seguida, circunstancia a la cual no dejó por lo demás de contribuir mi publicación *Llamado a los eslavos*, el número de demócratas creció en él de modo sensible, y a menudo se oía el grito de "Eljen Kossuth" (Viva Kossuth). Finalmente, toda la "Liga Checa" abandonó su antigua tendencia, proclamando en alta voz su simpatía hacia los húngaros y se negó a seguir enviando dinero a los eslovacos y eslavos del sur que combatían a Kossuth. Era, pues, entonces fácil apoderarse del "Tilo eslavo" que podía convertirse en manos de los demócratas checos en un instrumento poderoso y eficaz para llegar a mis fines.

Arnold se sintió algo sorprendido y desconcertado por la audacia de estos últimos. Por lo demás, me hizo muchas promesas, pero confusa, vaga y tímidamente, quejándose ya de falta de dinero, ya de mala salud, tanto que cuando dejó Leipzig yo tenía la impresión de no haber obtenido nada de él en nuestras citas y conversaciones. Al despedirse, me prometió, sin embargo, escribirme desde Praga y llamarme cuando estuvieran más o menos terminados los preparativos que permitieran iniciar una acción ulterior más decisiva. Tuve que contentarme con esas vagas promesas, ya que no disponía de ningún otro recurso ni de la posibilidad de llevar a cabo una más activa propaganda. Cuando me acuerdo ahora con qué pobres medios proyectaba hacer la revolución en Bohemia, me parece ridículo; no puedo concebir yo mismo cómo pude creer en el éxito. Pero, entonces, nada podía detenerme. Yo razonaba de la manera siguiente: la revolución es necesaria, luego es posible. Ya no era dueño de mí; el genio de la destrucción se había apoderado de mí. Mi voluntad, o más bien mi obstinación crecía con las dificultades, y no sólo no me espantaban los innumerables obstáculos, sino que ellos excitaban mi sed revolucionaria, empujándome a una actividad febril e infatigable. Caminaba a mi pérdida, la presentía y me precipitaba a ella con alegre corazón. La vida era un peso para mí.

Arnold no me escribió; nuevamente me desconecté de Bohemia. Entonces, aprovechando del viaje a Viena de un joven (un tal Heimberger, hijo de un funcionario austriaco que se refugió en seguida en América), a quien había iniciado parcialmente en mis secretos, le pedí que se detuviera donde Arnold, a su regreso, y me escribiera a Praga. Se quedó ahí definitivamente por su propia voluntad, y se convirtió en mi corresponsal regular. Supe así que aunque Arnold parecía trabajar poco y mal, la disposición espiritual en Praga era cada vez más viva, más

[76] Este proyecto de organización reaparece en los planes de sociedades secretas de los años sesenta; pero, en la práctica, se veía el sello de la individualidad de sus promotores. (M. N.)

decisiva y más conforme a mis deseos. Resolví entonces ir en persona a Praga y decidí igualmente a los hermanos Straka de que volvieran a Bohemia. Estábamos a mediados o fines de marzo, quizá a comienzos de abril, según el calendario occidental: he olvidado las fechas. Por lo demás, ellas constan en detalle en las actas de acusación.

Se comenzaba entonces a hablar por primera vez de la intervención de Rusia en la guerra de Hungría y de la entrada del ejército ruso a Hungría, aportando su ayuda a los ejércitos austriacos. Esa noticia me impulsó a escribir mi segundo *Llamado a los eslavos* (que fue publicado en seguida en el *Dresdener Zeitung* y figura en las actas de acusación); como en mi primer *Llamado*, pero con mayor energía y en lenguaje más popular, exhorté en él a los eslavos a la revolución y a la guerra contra los ejércitos austriacos y contra los rusos, aunque estos últimos fueran eslavos, "¡mientras que tuvieran en la boca el funesto nombre del Emperador Nicolás!" El llamamiento fue al punto traducido al checo por los hermanos Straka y publicado en Leipzig, en ambas lenguas y en una gran cantidad de ejemplares. Encargué a los demócratas sajones de la edición en alemán, y a los dos hermanos Straka de la edición checa, para una más rápida difusión en Bohemia.

Me dirigí a Praga por Dresde, en donde me detuve algunos días. Ahí conocí a algunos de los principales jefes del partido democrático sajón, sin ningún objetivo preciso, por lo demás, porque no tenía misión ni carta de recomendación de Leipzig. Los conocí, se diría que por casualidad, en una cervecería democrática, por intermedio del doctor Wittig a quien yo había conocido personalmente cuando mi primera residencia en Dresde, en 1842. Wittig me presentó al diputado demócrata Röckel, de quien me hice íntimo y quien desempeñó más tarde un rol activo en las tentativas revolucionarias de Dresde y Praga. Fue también en Dresde en donde comencé mis relaciones, esta vez positivas, con los polacos. Las cosas ocurrieron así:

BAKUNIN Y LOS POLACOS

Absolutamente por casualidad, encontré en Dresde al emigrado galiciano Krzyzanowski, miembro activísimo de la sociedad democrática a quien conocí en Bruselas en 1847, pero no había mantenido con él ninguna relación política. Estaba de paso por Dresde y volvía a París, habiendo tenido aparentemente que escapar de Galicia para evitar persecuciones de la policía austriaca. Nos abordamos como viejos conocidos, y, después de las primeras fórmulas de cortesía, le hice reproches a propósito de las calumnias propagadas sobre mí por los demócratas polacos. A lo que él contestó que él, así como su amigo Heltman con quien vivía en Galicia, nunca habían prestado fe a tan estúpidos rumores, que siempre los combatieron, que más bien habían estado deseando mi llegada a Galicia en donde podría ser útil y que habían tenido la intención de escribirme, pero no conocían mi dirección. Lo que no me dijo es cómo y en qué podía ser útil en Galicia. Así, después de una larga conversación sobre asuntos generales, habiendo encontrado en sus ideas mucha semejanza con las mías y viendo en él deseos de acercárseme, me franqueé a él con mis proyectos concernientes a la revolución en Bohemia -sin darle por cierto detalles-: le dije que tenía relaciones en Bohemia y que me dirigía a Praga para apresurar los preparativos revolucionarios; que desde hacía mucho tiempo deseaba unirme a los polacos, con miras a actuar de acuerdo con ellos, pero hasta entonces todas mis tentativas para acercarme a ellos, no solamente habían resultado vanas, sino que me habían atraído odiosas calumnias. Krzyzanowski penetró apasionadamente en mis ideas y me pidió autorización para mantener la organización central, casi oficialmente, y en mi nombre.

Me sentí muy dichoso de ello y convinimos en los siguientes puntos:

1º. El comité central enviaría dos hombres de confianza de antemano, de acuerdo conmigo, para ocuparse en Dresde de los preparativos de la revolución en Bohemia, y, una vez comenzada la revolución, entraría conmigo en el Comité central paneslavo del que en la medida de los posible, formarían parte igualmente los representantes de los demás pueblos eslavos;

2º. El comité central se encargaría de proporcionar oficiales polacos para la revolución en Bohemia, enviaría dinero y persuadiría por fin al conde Teleki para que mandara en su nombre un agente húngaro provisto de medios suficientes para actuar con nosotros sobre los ejércitos húngaros que entonces se hallaban en Bohemia, y que estaría en permanentes relaciones con Teleki y Kossuth;

3º. Era todavía nuestra intención organizar en Dresde un comité germano-eslavo a fin de conjugar los preparativos revolucionarios de Bohemia con los de Sajonia; pero este último proyecto no fue siquiera comenzado, en vista de que, como expondré en seguida, no existían preparativos sajones especiales. Puede decirse, por lo demás, que todos mis convenios resultaron letra muerta, con excepción a caso de la venida de Holtman y Krzyzanowski en nombre del comité central, pero éstos llegaron con las manos vacías. Todo cuanto gané en el encuentro con Krzyzanowski fue un pasaporte inglés con el cual viajé a Praga, después de separarme de Krzyzanowski, quien continuó su camino hacia París.[77]

OTRA VEZ EN PRAGA

En Praga tuve la desagradable sorpresa de comprobar que no había nada preparado, literalmente nada. Ni siquiera se habían echado las primeras bases de la sociedad secreta y nadie parecía pensar en una revolución inminente. Le hice reproches a Arnold, quien se escudó en su estado de salud. En seguida, a los que parece, se puso más activo; digo "a lo que parece", porque siempre pensé, hasta el fin, que no hizo absolutamente nada. Tan sólo por la comisión investigadora austriaca es que supe (si es cierto), que había actuado con intensidad y energía, pero, a la vez, con tanta prudencia, que sus mismos íntimos no sabían de esa actividad. Además, de mis conversaciones con Arnold, sostuve una noche una conferencia con gran número de demócratas checos que habían acudido a invitación mía, pero que, con gran disgusto de mi parte, fueron más numerosos de lo esperado. Esa conferencia ruidosa y absurda, me dejó la impresión de que los demócratas de Praga son unos charlatanes incorregibles, más aficionados a la retórica imprecisa y vana que a las empresas de peligro. Por mi parte, según me pareció, los atemoricé con la rudeza de algunas de las expresiones que se me escaparon. Me dio la impresión en que era posible la revolución en Bohemia. Al igual que los alemanes, de quienes por lo demás, a pesar de su odio, los checos han tomado muchas cosas, se les veía dominados por la pasión de los clubes y por la misma fe en la realidad de vacías habladurías. Me convencí, además, que, cediendo gran espacio a su amor propio y otorgándoles todas las señales externas del poder, no me sería difícil apoderarme del poder en sí, cuando estallara la revolución. Hablé después, personalmente, con algunos checos y me di cuenta de que todavía existían, paralelamente a mis ideas, otros planes, menos decisivos y a mayor plazo, pero tendiendo siempre a los mismos fines revolucionarios y me puse a reflexionar sobre la manera de utilizarlos. A este efecto, debía yo de haberme quedado en Praga, pero ello era absolutamente imposible, puesto que, a pesar de todos mis esfuerzos para mantener en secreto mi presencia, los demócratas de Praga fueron tan charlatanes que, al día siguiente, no sólo los partidos democráticos, sino que hasta los liberales checos sabían que yo me hallaba en

[77] Todos los polacos aquí mencionados se hallaban fuera del alcance de Nicolás I, estaban en Suiza, Norteamérica, Londres, etc. (M. N.)

la ciudad. Como, además, el gobierno austriaco me perseguía en esa época por mi primer *Llamado a los eslavos*, sin duda, me habrían detenido si no me alejo a tiempo.

A falta de otras posibilidades tuve que concentrar todas mis esperanzas en los hermanos Straka, cuyo espíritu logré, por decir así, modelar y formar en el curso de diarias entrevistas durante más de dos meses. Les comuniqué instrucciones detalladas y completas sobre los preparativos para la revolución en Praga, y en general, en Bohemia; les di plenos poderes para actuar en mi nombre, y aunque ignoro de qué manera actuaron como consecuencia de aquello, debo declararme responsable de sus más insignificantes actos, mil veces más responsable y delincuente de lo que fueron ellos mismos.

Mi corta permanencia en Praga bastó para convencerme de que no me había engañado al esperar que hallaría en Bohemia los elementos necesarios para una revolución exitosa. Bohemia, en efecto, se encontraba entonces en la más completa ANARQUÍA. Las conquistas revolucionarias del mes de marzo (Die Märzerrungenschaften", según la expresión favorita de la época), anuladas ya en las otras partes del Imperio de Austria, florecían aun plenamente en Bohemia. El gobierno austriaco todavía tenía necesidad de los eslavos y no quería o temía aplicarles medidas reaccionarias. Así, en Praga y en toda Bohemia, la libertad ilimitada de clubes, de mítines populares y de prensa reinaba irrestrictamente. Tal libertad llegaba a tan lejos que los estudiantes vieneses y demás refugiados en la capital austriaca, que entonces habrían sido simplemente fusilados en Viena, paseaban abiertamente en las calles de Praga y vivían bajo sus propios nombres, sin temer a nada. Todo el mundo, en las ciudades y aldeas, estaba armado y descontento. Descontento y desconfiado porque se sentía la proximidad de la reacción, y se temía perder los derechos recientemente conquistados. En las aldeas se temía el retorno de la aristocracia amenazadora y el establecimiento de la antigua servidumbre. En fin, los enrolamientos que se acababa de anunciar habían llevado el descontento a su colmo, y, doquiera, en efecto, se aprestaban a la insurrección. Por otra parte, había entonces muy pocos soldados en Bohemia y los que ahí se encontraban provenían de regimientos húngaros trabajados por irresistible espíritu subversivo. En esa época, cuando los estudiantes encontraban a soldados húngaros en la calle los abordaban gritando: "Viva Kossuth". Y los soldados respondían con idéntico grito, sin cuidarse de la presencia de oficiales. Cuando se mandaban soldados húngaros a detener un estudiante por conflicto o riña con la policía, los soldados fraternizaban con los estudiantes y, de acuerdo con ellos, golpeaban a los policías. En una palabra, las disposiciones de los regimientos húngaros eran tales que tan pronto como llegó la noticia del movimiento revolucionario que había estallado en Dresde, el medio escuadrón acantonado en la frontera se amotinó y se apresuró a pasar a Sajonia sin recibir órdenes para hacerlo. Más de dos años han transcurrido desde entonces, y, en el curso de esos dos años, el gobierno austriaco ha empleado evidentemente todos los medios posibles para arrancar de los húngaros el espíritu revolucionario, el espíritu de Kossuth; mas ese espíritu ha echado raíces tan profundas en el corazón de cada húngaro -especialmente en el corazón de los simples más que entre los cultos-, que abrigo la convicción de que si estallara una guerra, el grito de "Viva Kossuth", bastaría para que ellos se rebelaran y se pasaran al enemigo. Pero, en ese tiempo, ello no era dudable. Yo estaba absolutamente persuadido de que harían causa común, desde el primer día, desde la primera hora, con la revolución de Bohemia, ventaja muy importante porque el ejército revolucionario de Bohemia habría recibido así una sólida base. En fin, para completar este cuadro, es preciso agregar además que las finanzas austriacas se hallaban entonces en deplorable estado: en Bohemia, no se conocían ya los billetes del Estado sino billetes emitidos por personas particulares. Todo banquero, todo comerciante tenía sus asignados. Circulaba al mismo tiempo moneda fraccionaria de madera y de cuero, como ocurre todavía en los pueblos que ocupan las gradas más bajas de la civilización.

Había, pues, elementos revolucionarios suficientes. Se trataba tan sólo de apoderarse de ellos, y para eso ya no disponía, por cierto, de los medios necesarios. Sin embargo, no desesperaba aún. Encargué a los hermanos Straka de que organizaran a toda prisa sociedades secretas en

Praga, sin seguir estrictamente el antiguo plan, para cuya ejecución no había tiempo suficiente, pero concentrado todos sus esfuerzos sobre Praga, de modo de preparar la ciudad, tan rápidamente como fuera posible, a un movimiento revolucionario. Les pedí especialmente que entraran en relación con los obreros y que organizaran poco a poco, entre los hombres más seguros, una fuerza de 500, 400 o 300 hombres, según las posibilidades. Estos hombres habrían formado una especie de batallón revolucionario con el cual habría podido yo echar mano sobre los demás elementos revolucionarios de Praga, más o menos organizados. Después de apoderarme de Praga, esperaba hacer otro tanto con Bohemia, pues contaba con obligar a que se me unieran los principales jefes de la democracia checa, sea por medio de persuasión, reservándoles, como se ha dicho antes, todos los honores y prerrogativas del poder. En fin, si esos dos métodos hubieran fracasado, yo habría recurrido a la fuerza. Pedí, además, a los hermanos Straka que se introdujeran en todos los ambientes, pero sin traicionarse ni jactarse. Les recomendé que se presentaran modestamente, que no lastimaran el amor propio de nadie, sino que observaran con atención todos los movimientos, todas las empresas paralelas, porque temía ser adelantado, y que me trasmitieran todos los detalles a Dresde, de donde les prometí enviarles dinero y acudir en persona, en caso dado, con oficiales polacos.

CONSPIRANDO EN DRESDE

Poco después de mi regreso a Dresde, Krzyzanowski y Heltman llegaron allí, esta vez en nombre del comité central democrático. Ni plata ni oficiales polacos, ni agente húngaro: tan sólo declaraciones de simpatía y una multitud de cumplidos de parte de los demócratas polacos y parisienses. En lo concerniente al dinero, supe que el comité central se encontraba él mismo en simpleza falencia, así como los demócratas franceses, agotados por las jornadas de junio del año anterior. Cuanto a oficiales polacos, gran número de ellos debía llegar de Francia y del Ducado de Posnania, tan pronto como se dispusiera del dinero suficiente para su viaje. En fin, el conde Teleki disponía de grandes medios, pero no podía decidirse a entrar en relaciones con nosotros y a disponer del agente húngaro para el movimiento de Bohemia, antes de ser autorizado para ello por Kossuth, a quien había escrito sobre el particular y cuya respuesta esperaba. Así yo no podía mantener ninguna de las promesas hechas, primero a los hermanos Straka, y, luego, por su intermedio, a Arnold y demás demócratas checos que habían entrado en relación con aquéllos, después de mi salida de Praga. Obligado a subvenir a las necesidades de los hermanos Straka en Praga, tuve que pedir limosna, como un mendigo, a todos mis conocidos. Nadie me dio un céntimo, excepto el diputado Röckel, ya mencionado, hombre imprudente, charlatán, excéntrico, pero celoso demócrata y que, para procurarme lo poco que pudo, llegó a vender sus muebles.

Trabé luego conocimiento con el difunto Barón Baier, ex oficial del ejército austriaco, que más tarde tomó parte en la insurrección húngara. Durante algún tiempo, comandó un destacamento húngaro en una fortaleza cuyo nombre he olvidado; gravemente herido, tuvo que abandonar Hungría y no sé muy bien cómo se convirtió en agente del conde Teleki, en Dresde donde me pareció ocuparse exclusivamente del enrolamiento de oficiales para el ejército húngaro. Me mostró una carta del conde Teleki en la que éste formulaba preguntas sobre Bohemia. Cogí la oportunidad y, bajo mi dictado, le hice escribir una carta dirigida a Teleki, anunciando en nombre mío la inminencia de la revolución en Bohemia y exponiendo todos los resultados favorables que debían resultar de ello para los húngaros mismos. En fin, reclamé el envío de un hombre de confianza con dinero. Teleki respondió que vendría en persona y que, a lo que me parece, se encontró en efecto en Dresde, en determinado momento, pero demasiado tarde, porque yo estaba prisionero. Mis relaciones con los húngaros no fueron más allá.

Entre tanto, mi correspondencia con los hermanos Straka continuaba. Ellos pedían dinero. Yo les enviaba lo que podía, es decir, muy poco. Pera consolarlos les hablaba del porvenir, exhortándolos a mantenerse firmes, como yo lo hacía entonces, sin mirar atrás, sin detenerse, a despecho de todas las dificultades y de todos los obstáculos. Los exhortaba a la revolución, y les decía que me llamaran cuando se acercara el momento de la insurrección. En efecto, fueron muy activos, como lo supe más tarde por la comisión investigadora; pero sus cartas no me decían gran cosa, por vagas y oscuras. Ahora he expuesto todo cuanto tenía que decir sobre mis proyectos y actos, el último de los cuales ha consistido en mandar a Röckel a Praga.

RELACIONES CON KRZYZANOWSKI Y LOS POLACOS

Pero, ahora quiero exponer ante todo cuáles fueron mis relaciones con los polacos que vinieron a juntárseme, especialmente con Krzyzanowski y Heltman. Puedo decir con plena conciencia que esas relaciones no existieron. Entonces ni siquiera reinaba entre nosotros completa confianza, ni de parte suya ni de la mía. Nunca me comunicaron una palabra de los asuntos polacos, que me parecían preocuparlos más que los asuntos de Bohemia, lo que por lo demás no era muy difícil, ya que no se ocupaban de los últimos. Devolviéndolos disimulo por disimulo, a mi vez guardaba secreto sobre muchas cosas, mostrándoles sólo la superficie de mis propios proyectos y no dejándoles entrar en relación inmediata con Bohemia. Yo sólo era quien mantenía la correspondencia con Praga y todo lo que ellos sabían acerca del movimiento checo era a través de mí. Cuando recibía noticias desfavorables, las callaba; pero cuando las noticias eran propicias las hinchaba a sus ojos. En una palabra, los mantenía un poco al margen de todas las circunstancias reales y de los preparativos en marcha. Yo consideraba estar en mi derecho al proceder así con ellos, porque veía claramente que le Comité Central no me había enviado ayuda, plata, colaboradores ni el agente húngaro que me habían prometido, sino, por todo y como único aporte, a esos dos emisarios, y no para unión efectiva, sino para intervenir hasta donde fuera posible, en el movimiento de Bohemia. Me habrían querido poner al servicio de sus propios objetivos, (los cuales me eran desconocidos) de acuerdo con sus tendencias puramente polacas. Frecuentemente, casi a diario, veía a Heltman y a Krzyzanowski pero más bien en plan de camaradas que en el de conjurados: nos ocupábamos muy poco en los preparativos de Bohemia; antes bien, me hablaban rara vez de ellos, sea que se hubieran dado cuenta de mi falta de franqueza, sea que hubieran renunciado a esperar grandes resultados; de preferencia se interesaban en otras empresas que yo ignoraba. Sólo estábamos de acuerdo en un punto: en la necesidad de organizar en Praga, para el momento en que estallara la revolución, un comité revolucionario paneslavo. En lo demás, nos confiábamos a la inspiración del porvenir y a las circunstancias. Ellos tenían, probablemente, sus designios particulares, mientras que, contando con mi influencia predominante en Praga, yo mismo tenía la firme intención de apartarlos no bien se mostraran como mis adversarios. Heltman y Krzyzanowski mantenían igualmente en Dresde relaciones independencia a las mías. Pero, para concluir mi relato debo ocuparme una vez de los alemanes.

NUEVOS PUNTOS DE VISTA SOBRE LOS ALEMANES

Los alemanes son, decididamente, un pueblo extraño, y, por lo que vi cuando vivía entre ellos, no creo que la suerte les reserve una existencia política prolongada. Al escribir que los demócratas alemanes habían tratado durante los últimos tiempos de centralizarse, quise decir

que al fin habían comprendido la necesidad de una acción centralizada y de un poder central.[38*] Frecuente e insistentemente hablaban de ello y hasta daban la apariencia de centralizarse de veras, pero, a pesar de la existencia de un comité central democrático, no había entre ellos nada de centralización verdadera. Creían que lo habían hecho todo con haber designado el comité, y no juzgaban preciso obedecerlo. Lo que hace a los demócratas franceses fuertes y peligrosos, a su extraordinaria disciplina: franceses de condición, situación y caracteres diferentes, representantes de tendencias totalmente distintas, pertenecientes hasta a partidos diversos, saben unirse con miras a un objetivo común, y una vez realizada la unión, no hay amor propio, ambición ni nada, absolutamente nada, que pueda desunirlos antes de lograr su objetivo. *Entre los alemanes, al revés predomina la anarquía. Consecuencia del protestantismo y de toda la historia política alemana*,[39*] la ANARQUÍA es el rasgo distintivo, y fundamental del espíritu alemán, del carácter alemán y de la vida alemana; anarquía entre las provincias, anarquía entre la ciudad y el campo, anarquía entre habitantes del mismo lugar, entre gentes que frecuentan el mismo círculo *anarquía, en fin, en todo alemán, tomado individualmente, entre su pensamiento, su corazón y su voluntad*[40*] "*Jeder darf und soll seine Meinung haben*!" (*Cada cual puede y debe tener su opinión*). Tal es el primer artículo de de del catecismo alemán, el principio según el cual se rige, sin excepción, todo alemán; igualmente, la unidad política no ha sido ni será posible entre ellos.

Así, en el mismo instante en que era necesaria la más estrecha unión entre los demócratas y liberales para luchar con cierta, esperanza de éxito contra la reacción triunfante, no sólo lo era posible realizar el acuerdo entre demócratas y liberales, sino que los demócratas de toda Alemania no conseguían ponerse de acuerdo;[41*] más aún, los demócratas de un mismo estado no sabían ni podían ni querían unirse. "Jeder wollte seine Meinung haben" (Cada cual quería tener su opinión). Lo que los dividía era una rivalidad mezquina, hecha más de amor propio que de ambición. Así, ni Breslau ni Colonia querían someterse a Berlín, y, a la vez se hacían mutuamente la guerra. Königsberg se mantenía al margen; Sajonia prusiana, igualmente. No hablo del Brandeburgo ni de la Pomeriana, cuya opinión fue siempre monárquica, ni, mucho menos todavía, del gran ducado de Posnania, en el que reinaba entonces un invencible odio a todo lo alemán, sin distinción. Westfalia se inclinaba más del lado de Colonia; Hannover formaba, con los demás Estados marítimos, un grupo aparte, que entró en relación con el resto de Alemania sólo para la guerra del Schleswig-Holstein, en la cual, por lo demás, los liberales se mostraron sensiblemente más activos que los demócratas. Los demócratas del reino de Sajonia tenían su propio comité central, el cual era, al mismo tiempo, el comité de los demócratas de Turingia. Baviera, excepto el Palatinado y el Norte de Franconia, no había sido, por decirlo, así, rozada por la propaganda democrática. En el resto de la Alemania del Sur, el país de Baden. Wurtemburgo, así como las dos Hesse y demás pequeños ducados, se reconocía en apariencia al comité central en cuya elección habían tomado parte cuando el congreso democrático de Berlín; pero, de hecho, no tenían ninguna consideración por dicho comité. Nunca cumplían sus órdenes ni le enviaban dinero, y, en la mayor parte de las veces, se agrupaban en torno a los demócratas del Parlamento de Francfort el cual, desde su origen, se había mostrado rival y enemigo de los demócratas del Norte. Así, no existía en realidad la menor centralización, y el comité central de los demócratas alemanes se encontraba en la más completa falencia.

Ese comité era pobre, impotente; en fin, se componía de miembros incapaces de asumir el trabajo. Se había designado a tres: a d'Ester, Hexamer y el conde Reichenbach, pero éste último se había retirado desde el principio. Hexamer y d'Ester eran sólo activos. Hexamer era un joven honorable, inofensivo, nada tonto, pero muy limitado y de concepciones lentas; era un

---

[38*] Escrito mucho antes de la unificación alemana llevada a cabo por Bismarck y Guillermo I. (N. del T.)
[39*] Al margen, de mano de Nicolás I: "¡Notable verdad!"
[40*] Al margen, de mano de Nicolás I: "¡Irrebatible verdad!"
[41*] Al margen, de mano de Nicolás I: "¡Es cierto!"

demócrata doctrinario y utopista. D'Ester -no le oculto, Sire, que hablo de ellos con tantos detalles es porque sé que ambos han logrado evadirse-, d'Ester al contrario, era un hombre bien dotado, lleno de vida, de fácil trabajo, de concepción rápida, pero superficial; un poco retorcido, por lo demás, desinteresado, político intrigante, perteneciente a la escuela de los demócratas de Colonia, es decir, de los demócratas comunistas: espiritual, lleno de recursos, diestro, capaz de aguijonear en un debate parlamentario a un ministerio; en una palabra hecho para la guerrilla política, -pudo ser el Duverger de Hauranne alemán, bajo un Thiers demócrata-germánico (así Alemania hubiera tenido un Thiers); pero no contaba ni con inteligencia bastante amplia, ni con suficiente carácter para ser jefe de partido.[42*]

Siempre me abstuve de mezclarme en sus asuntos; pero, habiendo vivido con ellos, en la misma casa, durante dos meses más o menos, estaba yo al corriente de muchas cosas, y puedo decir, con seguridad y en conciencia, que el comité central se agitó mucho, pero que nada hizo para lograr el éxito de la proyectada revolución, en la que, sin embargo, cifraba su última esperanza. D'Ester mismo me había confiado en efecto, que ese debía ser el último ensayo y la tentativa decisiva, y que en caso de fracaso sería preciso postergar por largo tiempo, por muy largo tiempo, todos los proyectos revolucionarios. Pero, ¿qué hacían? En lugar de ocuparse exclusivamente de los preparativos de la revolución, dejando el resto de lado, empleaban lo mejor de su tiempo en cosas secundarias, sin importancia, en cosas que hasta los ponían incesantemente en oposición con numerosas secciones del partido democrático. Se burlaban de los sajones, que creían firmemente en la inquebrantable solidez de su constitución democrática recientemente creada; afirmaban que era necesaria una segunda revolución, aunque sólo fuera para conservar los derechos políticos inviolables, restos de las conquistas revolucionarias de 1848 que la reacción no se había aún atrevido a tocar. Afirmaban que, sin una segunda revolución, todo continuaría incierto y vacilante. Sin embargo, actuaban como si no duraran ni por un instante de la solidez del terreno político sobre el cual se hallaban. D'Ester estaba mucho más preocupado de su elección a la Segunda Asamblea Legislativa prusiana que por los preparativos revolucionarios. Hexamer se entregaba a una correspondencia política hueca, inútil, llena de cumplidos y ñoñeces, con los demócratas franceses, italianos y polacos. Ambos hacían sondeos para fundar en Berlín un nuevo periódico democrático cuyos redactores jefes querían ser. Cobraban suscripciones y se peleaban con tal motivo con todos los demócratas, y todo eso en una época en que era evidente que si no se producía una segunda revolución, la subsistencia de aquel periódico en Berlín, sería simplemente imposible y que si, en cambio, triunfaba la revolución, todas las gestiones anteriores, las pendencias y suscripciones resultarían perfectamente inútiles. Cuando vino Arnold a Leipzig, en lugar de ocuparse del único objetivo del viaje, es decir, de la fusión del movimiento de Bohemia con el de Alemania, o bien en lugar de interrogarlo sobre Bohemia, sobre la que tenía una absoluta ignorancia, no le hablaron sino, por decirlo así, del desdichado periódico y del congreso germano-eslavo, de que hablé anteriormente. Nada se dijo de los demás problemas, de las condiciones y medidas comunes por fijar: "Preparamos la revolución para la primavera; trate de prepararse para esa época", es todo lo que dijeron a Arnold. Por tal ejemplo puede juzgarse lo que fueron sus preparativos y sus actos con vistas a la revolución alemana misma.

No digo que no hayan hecho nada en absoluto, y que no pensaran en los preparativos revolucionarios. Digo sólo que sus actos fueron insignificantes, insuficientes y que de ninguna manera podían conducir al éxito de la revolución. Así, sé que organizaron sociedades secretas en diferentes puntos de Alemania, pero esas sociedades no tuvieron ninguna influencia en la insurrección pan-alemana de mayo. No dudo que mantuvieran relaciones con algunos de los principales jefes del partido demócrata, en diversas comarcas de Alemania, aunque no tengo ningún informe positivo al respecto. Pero sé con seguridad que se pelearon mucho con dichos demócratas, por ejemplo, en Breslau con el comité central de los demócratas sajones. En fin, en Francfort tenían más enemigos que amigos, de manera que en vísperas de la revolución

[42*] Escrito antes que Thiers tomara el rol reaccionario que asumió cuando la Comuna de 1870. (N. del T.)

badense, los demócratas del sur no sólo se oponían a su intervención, sino que los instaron a no unirse a ellos. Conocí este hecho por una circunstancia especial de que hablaré después.

Se me podría preguntar: si el Comité Central era realmente a tal punto inactivo e impotente, ¿cómo se que pudo desencadenar, en toda Alemania y en favor de los eslavos, la unánime y poderosa demostración de que hablé antes, y de dónde fue que sacó de golpe la energía, la influencia y la actividad necesarias a su infatigable propaganda? Yo respondería que nada era más fácil de llevar a cabo que semejante demostración. El Comité, al respecto, disponía de los medios precisos y de la influencia necesaria. Tenía correspondencia con todos los periódicos demócratas y poseía además las direcciones de los principales jefes de comité y de club; actuaba frecuentemente sobre esos jefes fuera de sus comités, por intermedios de hombres influyentes conocidos del Comité Central, porque nada es más fácil que conquistar a cualquier alemán para cualquier causa, en tanto que se crea independiente y no sospeche que se le quiere someter a una disciplina cualquiera. Yo componía los artículos enviados a los periódicos, bajo su propio nombre, por d'Ester y Hexamer; o bien, en mi presencia, y casi bajo mi dictado, los obligaba a escribir cartas, iguales para todos los clubes, sin dejarlos descansar hasta tanto que no hubieran hecho todo lo que me parecía indispensable. Es así como aparecieron, de súbito, en todos los periódicos, artículos simpáticos en favor de los eslavos. Cuanto a los clubes ya trabajados como estaban por las cartas y declaraciones del Comité Central, siguieron el ejemplo de la prensa y se dedicaron a componer sonoras comunicaciones a los eslavos. Una vez comenzado el movimiento siguió por sí mismo, sin ninguna intervención exterior. La propaganda en Bohemia habría quedado reducida igualmente a letra muerta si yo no hubiera incitado incesantemente a hacerla a los miembros del Comité Central y, más aún, a los demócratas que conocían y que residían en Leipzig, los cuales actuaban a su vez por intermedio de sus amigos establecidos en la frontera de Bohemia. Pero esto fue realizado sin indicaciones especiales, sin conspiraciones y sin condiciones particulares, simplemente gracias a buenas relaciones.[78]

Lo repito, no faltaban, en toda Alemania, conversaciones generales sobre la inminente revolución, pero no había absolutamente ninguna conspiración de conjunto, ninguna organización común, ningún plan de dirección y de acción centralizada, a pesar de la existencia de un Comité Central designado con tal efecto. En mayo de 1849, la insurrección alemana fue, más bien en su conjunto, resultado de la acción unánime de los gobiernos alemanes, antes que de un convenio entre los demócratas. Seis meses antes, todo el mundo sabía que habría una revolución en primavera, porque se había comprendido al fin que los gobiernos, una vez recomenzado con éxito su acción reaccionaria, no se detendrían a medio camino ni abandonarían la lucha antes de restaurar el antiguo orden de cosas destruido por la revolución de 1848. Todo el mundo esperaba, para la primavera, medidas reaccionarias más pronunciadas todavía, y todo el mundo se preparaba a responder a ellas por una resistencia revolucionaria. No había quien no previera un conflicto inevitable entre el Parlamento de Francfort y los soberanos alemanes, conflicto que daría la señal para una insurrección general. La unanimidad de los demócratas alemanes no iba más allá. La actividad del Comité Central se limitaba a alentar a todo el mundo a prepararse para la revolución, pero el comité no pudo ni supo ser el centro de esos preparativos. En todas las regiones de Alemania se preparaban de ese modo, cada uno por su propia cuenta, conforme al carácter, las posibilidades y la situación de cada cual, independientemente del Comité Central y sin el menor acuerdo. Lo repito una vez más: la generalidad de los preparativos se limitaba a lo que todo el mundo sabía que estaba en gestación; pero los demócratas no eran los únicos que lo sabían; también lo sabía el partido adverso, porque todos intervenían en los preparativos y organizaban abiertamente hasta las sociedades secretas. Todos se preparaban, pero esos preparativos eran poca cosa. No puedo, por lo demás, juzgar la actividad desplegada por los demócratas del sur, pues, salvo en un caso sobre el cual volveré más tarde, no entré en contacto con ellos a partir de la primavera de 1848.

[78] Una vez más se ve que Hexamer y d'Ester actuaban por mandado de Bakunin, sin carácter propio. (M. N.)

En el país de Baden, parece como que existió algo así como una organización real. Pero puedo juzgar sobre los preparativos sajones, que vi de cerca, aunque sin tomar parte en ellos. Sé que los demócratas sajones no poseían plan, organización ni siquiera jefes designados de antemano para la hora del levantamiento. Todo estaba entregado al azar.

Esto se vio nítidamente cuando la tentativa revolucionaria de Dresde, tan poco prevista por los jefes del partido demócrata mismo, quienes tuvieron en mente marcharse la víspera. Nadie, en Dresde ni en ninguna otra ciudad de Sajonia, dudo de que precisamente en ese instante comenzaba la revolución profetizada desde hacía mucho tiempo por todo el mundo; y cuando ella estalló, nadie supo qué hacer ni qué partido tomar. Todos se dejaban guiar por su propio instinto, ya que nada se había previsto. Resuelta apenas increíble, pero así lo fue. Si ahora reúno todos mis recuerdos para sacar de ello algo de positivo sobre los preparativos de los demócratas sajones, no encuentro absolutamente nada, salvo quizás el hecho de que en algunos rincones de Sajonia existieran minúsculas sociedades secretas en miniaturas compuestas por cinco, seis o a lo sumo diez personas, en su mayoría obreros; o también, que en algunas ciudades, como Dresde, Chemnitz y más tarde, igualmente en Leipzig, se fabricaran granadas de mano de hiero dulce, inofensivos juguetes de niños en los que, sin embargo, fundaban grandes esperanzas los demócratas. No había necesidad de preparar armas y municiones, ya que Sajonia como el resto de Alemania estaba armada por la revolución anterior; pero lo que hacía falta preparar era un plan de levantamiento, un plan para toda la Sajonia así como para cada ciudad en particular. Habría sido preciso designar jefes, establecer una jerarquía revolucionaria, convenir en las primeras acciones a realizar, en las primeras medidas a tomar para la proyectada revolución. Había necesidad de que la propaganda revolucionaria irradiara de las ciudades al campo; que los campesinos fueran empujados a tomar parte en el movimiento, a fin de formar una revolución fuerte y general y no una revolución urbana, aislada y fácil de ser combatida. Pero no había la menor señal de todo eso; los preparativos se limitaban a nimiedades. En una palabra, los demócratas sajones hicieron lo bastante como para ser condenados como criminales políticos, pero nada para el éxito de la revolución en sí. Se podría decir otro tanto de mí, con la diferencia de que yo estaba solo, mientras que ellos eran numerosos. Disponían de todos los medios, y yo carecía de todo. La comisión de investigación sajona ha buscado largo tiempo las huellas de una conspiración, de planes preparativos de motín y relaciones clandestinas entre los demócratas sajones y los demás demócratas alemanes; al no haber encontrado nada se han consolado con la idea de que dicha conspiración existió efectivamente, como un horrible complot que implicara relaciones muy extensas, como un plan profundamente meditado y de incalculables recursos; sólo que se consideró que, al escapar Röckel,[79] el más insignificante de los tres miembros poco brillantes y nada activos del comité democrático sajón, se había llevado a Londres todos los secretos y todos los hilos. Digo, pues, que la comisión se consoló con esta idea, porque los gobiernos alemanes probablemente enrojecieron de vergüenza ante el pensamiento de haber temblado tanto tiempo ante los demócratas de Alemania. Por lo demás, como todo es relativo en este mundo, los demócratas alemanes estaban muy capacitados para atemorizar a los gobiernos alemanes.

Pero es ya tiempo de abandonar estos razonamientos generales sobre la miserable actividad revolucionaria de los demócratas alemanes, y volviendo a mi persona, acabar ahora mi no menos miserable historia. Me queda poco que agregar.

[79] Lapsus calami, Röckel, como bien lo sabía Bakunin, fue detenido y permaneció encarcelado hasta el 10 de enero de 1862. Se trata, aquí, del conde Oscar Reichenbach. Tal vez Bakunin no quiso exhibir su nombre. (M. N.)

ACTIVIDAD DE BAKUNIN EN DRESDE

He expuesto a qué se limitaron mis relaciones con d'Ester y Hexamer, así como con los demócratas de Leipzig. He explicado por qué esperaba la revolución alemana con certidumbre y por qué la deseaba. Conforme a la verdad, he agregado que no estuve mezclado en forma alguna en los asuntos alemanes. Otro tanto debo decir sobre mi residencia en Dresde, hasta el día en que se eligió el gobierno provisional. Yo me hallaba en Dresde, no por Sajonia ni por Alemania, sino por causa de Bohemia, y había elegido Dresde por domicilio por cuanto era la ciudad más cercana a Praga. Hice lo que antes en Leipzig, donde, no frecuenté ni clubes ni conferencias de los demócratas; al contrario, me ocultaba ya que no tenía pasaporte ni estaba en modo alguno seguro de que la policía de Dresde tolerara mi presencia. Veía a muy poca gente. Conocía a numerosos demócratas, pero los veía rara vez. Sólo dos o tres veces estuve con el diputado demócrata Zsirchirner, quien fue según mi opinión, aunque muy mezquino él también, el principal, si no el único instigador de la revolución sajona. No lo vi en su casa ni en la mía sino en una cervecería demócrata. Nuestras relaciones fueron de los más superficiales y sólo cambiamos unas cuantas palabras. Los únicos alemanes con los cuales tuve relaciones positivas en Dresde fueron el Dr. Wittig redactor-jefe del periódico democrático de Dresde[80] y el diputado demócrata Augusto Röckel, anteriormente nombrado. El primero me fue útil por muchos aspectos; la redacción de su periódico me sirvió de oficina para mis conexiones con Praga, el periódico mismo, en todo lo relativo a la cuestión eslava, estuvo sometido a mi exclusiva influencia. Yo estaba más íntimamente vinculado aun con el demócrata Röckel. Este tuvo mucha parte en la propaganda en la Bohemia alemana, gracias a sus relaciones con los demócratas sajones de la frontera. Reunió dinero para mí cuando yo lo necesitaba con urgencia, y, como ya lo dije, llegó hasta vender sus muebles con el objeto de permitirme sostener a los hermanos Straka, mi única esperanza para la revolución de Praga. Yo no le disimulé mis maniobras, así como él no me ocultaba nada. Pero no me inmiscuía nada en sus asuntos ni en sus relaciones alemanas, y no recurrí a él sino en caso de necesidad. Entre los demócratas alemanes que conocía, aunque sin tener con ellos relaciones positivas, se encontraba cierto Dr. Erbe, demócrata de Altenburgo, diputado desterrado, electo más tarde, no sé por qué ciudad de Sajonia, al parlamento de Francfort. Si menciono este hecho es porque mis relaciones con Erbe fueron motivo del único contacto que por casualidad hubo entre yo y los demócratas badenses, a los cuales he aludido antes. Llegado a Francfort, Erbe tomó más tarde, según parece, parte activa en el movimiento de la Alemania del Sur y me han dicho que se refugió en América. Algunos días antes de la sublevación de Dresde, vino a verme un camarada de Erbe, también diputado francfortense y, sin duda, llevado a Dresde por otros asuntos que yo ignoraba. Me pidió de parte de Erbe y de todos los demócratas badenses cuyos saludos me transmitió, que le diera una carta de recomendación para el Comité Central polaco en París, porque tenían necesidad de oficiales polacos. Lo presenté a Heltman y Krzyzanowski, y así fue como entraron en escena, en el ducado de Baden, el general Schreide[81] y otros polacos. Fue solamente entonces cuando me di cuenta del desacuerdo existente entre los demócratas del norte y los del sur, y comprendí cuán nula era la influencia del Comité central democrático sobre estos últimos. D'Ester, llegado el mismo día a Dresde encontró en mi casa al camarada francfortense d'Erbe. Hablaron largamente sobre la inminente revolución badense y sobre el movimiento en Alemania del Sur en general, D'Ester declaró que habría querido ver reunidos en Francfort a todos los parlamentos alemanes disueltos por la fuerza, ya que ahí habrían compuesto, en unión de los demócratas francfortenses, un nuevo parlamento democrático alemán. El camarada d'Erbe respondió que los demócratas de Francfort y de Alemania del Sur en general, pedían a los señores demócratas del norte que no se entrometieran en sus asuntos y que no se les juntaran sino que permanecieran tranquilos en

[80] "Dresdener Zeitung". (M. N.)
[81] Sznayde. (M. N.)

sus casas y se ocuparan en apresurar la revolución en el norte. A eso siguió una discusión; luego, una pelea cuyo relato estaría fuera de lugar aquí.

Al acercarse el mes de mayo, los signos precursores de la revolución se hicieron de día en día más claros y característicos en toda Alemania. El Parlamento de Francfort, que al final de su existencia manifestaba una tendencia cada vez más favorable a los demócratas, estaba en evidente conflicto con el Gobierno. Por fin se había arreglado una constitución alemana. Ciertos gobiernos, como por ejemplo el de Wurtenberg, lo habían reconocido, pero a regañadientes y bajo la no disimulada amenaza de revolución. El rey de Prusia había rechazado la corona que le habían ofrecido. El gobierno de Sajonia titubeaba. Unos esperaban que se sometiera a la necesidad y que todo volviera al orden, sin estrépito. Otros preveían un conflicto. Yo era de estos últimos, y convencido de la cercanía de una revolución pan-alemana, empujaba en mis cartas a los hermanos Straka a redoblar la actividad, a acelerar los preparativos y a proceder a las últimas medidas decisivas. Pero no pudiendo enviarles dinero ni otros socorros que consejos y estímulos, les mandaba algunos táleros, privándome así de mis últimos recursos. No podía entonces gastar para mis propias necesidades más de cinco o seis *silbergroschem* diarios. No había plata ni oficiales polacos, ni la menor posibilidad de actuar. Todos los días esperaba la llegada del conde Teleki y también esperaba que me llamaran pronto a Praga. No sabía qué hacer, ni a dónde ir, y me encontraba, en una palabra, en la más penosa de las situaciones.

Finalmente, el parlamento democrático sajón fue disuelto. Era el primer paso de retorno hacia la reacción en Sajonia. Hasta los mismos que antes habían tenido dudas comenzaban a admitir la posibilidad de una revolución sajona. Entre tanto, esta última parecía aún a todo el mundo tan alejada que Röckel, temeroso de persecuciones, se decidió a abandonar Dresde por cierto tiempo. Lo persuadí de que fuera a Praga. Le entregué misiva para Arnold y Sabina, así como para los hermanos Straka y le encargué que apresurara cuanto fuera posible los preparativos de la insurrección en Praga. ¿De qué modo actuó? ¿Con qué personas? ¿Qué sucesos en general se desarrollaron en Praga, después de su partida de Dresde? He aquí otras tantas cosas que ignoro del todo, y si algunos detalles de ello conozco lo debo a la comisión austriaca. Día de su salida, vino a verme (siempre en su presencia y traído por mi camarada y colaborador Ottendorfer) el Dr. Zimmer, ex miembro del parlamento austriaco a la sazón disuelto, demócrata celoso, uno de los más influyentes jefes del partido alemán en antaño y uno de los más encarnizados enemigos de la nación checa. Después de larga y apasionada discusión, logré convencerle de mi punto de vista. Se despidió de mí prometiéndome ir inmediatamente a Praga y colaborador ahí por la unión de alemanes y checos con vistas a la revolución. Todos estos hechos, revelados no por mí sino por el Dr. Zimmer mismo, se hallan expuestos en detalles en las actas de acusación austriacas. El viaje a Praga de Röckel y el Dr. Zimmer fueron mis últimos pasos en lo concerniente a Bohemia.

Sire, lo he dicho todo, y deseo reflexionar. No consigo encontrar la omisión de un solo hecho de cierta importancia. No me queda ya ahora sino explicar a Su Majestad de qué modo pude, mientras permanecía extraño a los asuntos alemanes y esperando de un día a otro ser llamado a Praga, participar -y participar activamente- en la insurrección de Dresde.

Al día siguiente de la partida de Röckel, es decir después de la disolución del Parlamento, estallaron motines en Dresde. Duraron varios días, sin tomar un carácter decisivo, pero la índole de esos desórdenes fue tal que no podían terminar sino por la revolución o por una reacción absoluta. Yo temía a la revolución, pero, sí, a la reacción que forzosamente habría acabado por detener a todos los emigrados políticos desprovistos de pasaporte y a todos los voluntarios revolucionarias, entre los cuales yo ocupaba un lugar preponderante. Largo tiempo no supe qué hacer, ni cómo decidirme. Quedarme era peligroso, pero huir era vergonzoso, absolutamente imposible. Yo era el principal y único instigador de la conspiración praguense alemana y checa; yo había mandado a los hermanos Straka a Praga y yo había expuesto a gran número de

personas a un peligro evidente. Por tanto no tenía derecho de librarme del peligro. Sólo me quedaba un recurso: retirarme a los alrededores, y esperar, en las inmediaciones de Dresde, que el movimiento tomara carácter más decisivo y más revolucionario. Pero para esto habría hecho falta tener dinero, y, a lo que recuerdo, no poseía como toda fortuna sino dos táleros. Dresde era el centro de mi correspondencia. Yo esperaba al conde Teleki; a cada instante podía ser llamado a Praga. Entonces me resolví a quedarme y decidí a lo mismo a Krzyzanowski y a Heltman, a punto de partir. Una vez resuelto a quedarme, ni mi carácter ni mi situación me permitían permanecer como espectador inactivo e indiferente de los sucesos de Dresde. Sin embargo, me abstuve de toda actividad hasta el día de la elección del Gobierno Provisorio.

INSURRECCIÓN DE DRESDE Y APRESAMIENTO DE BAKUNIN

No voy a entrar en detalles sobre la insurrección de Dresde. Usted los conoce, Sire, y mejor y en más aspectos que yo mismo. Por lo demás, todos los hechos que me conciernen igualmente están expuestos con pormenores en las actas de la comisión investigadora sajona. A mi ver, la insurrección fue primeramente ocasionada por tranquilos ciudadanos, por los "Bürger" (burgueses) que no vieron, al comienzo, en ello más que una de estas manifestaciones de exhibición, inofensivas y legales, tan compenetradas en las costumbres alemanas que me asombraban y asustaban más que a nadie. Cuando se dieron cuenta de que el movimiento se convertía en revolución se batieron en retirada y cedieron el puesto a los demócratas, porque, decían, cuando juraron "mit Gut und Blut für die neuerrungene Freiheit zu stehen" (sacrificar sus bienes y derramar su sangre en defensa de la libertad nuevamente adquirida), lo que tenían en sus espíritus era realizar una demostración pacífica, no cruenta, inofensiva pero no una revolución. La revolución fue, al principio, constitucional y sólo después se volvió democrática. Se dio entrada en el Gobierno provisorio a dos representantes del partido constitucional monárquico: Heubner y Todt (algunos días antes, el último o en calidad de comisario gubernativo había llegado a disolver el Parlamento en nombre del Rey), y no se le colocó sino un solo demócrata: Zschirner. Yo había conocido a Todt, desde mi primera residencia en Dresde. En seguida lo vi, al pasar a Francfort, en la primavera de 1848, y no lo encontré en Dresde sino el día de su elección para el Gobierno Provisorio. El diputado Heubner me era completamente desconocido y ya he dicho anteriormente a qué se habían limitado hasta entonces mis relaciones con Zschirner.

Después de la formación del Gobierno Provisorio, comencé a esperar el éxito de la revolución. Y en efecto, las circunstancias eran en esos días muy favorables: mucho pueblo y pocos soldados. Gran parte de ejército sajón -en general poco numeroso- luchaba entonces por la libertad y la unidad alemana en el Schleswig-Holstein, "stammverwandt und meerumschlungen" (padres de raza y rodeados por el mar); no quedaban en Dresde, si no me equivoco, más que dos o tres batallones; las tropas prusianas no habían tenido aún tiempo de llegar y nada era tan fácil como apoderarse de la ciudad de Dresde íntegramente. Una vez Dresde en manos de la revolución, apoyándose ésta sobre Sajonia, que se levantó entera y bastante unánimemente, pero sin ningún plan ni orden, así como sobre el movimiento del resto de Alemania, habían podido hasta medirse con las tropas prusianas, las cuales, a ejemplo de los sajones, no dieron prueba en Dresde de un coraje extraordinario, ya que los prusianos emplearon cinco días en un asunto en el que tropas más enérgicas habrían podido liquidarlo en una jornada y hasta en menos tiempo todavía, porque si es cierto que había en Dresde un gran número de demócratas armados éstos se hallaban desmoralizados por el desorden que reinaba entre los jefes.

El día de la elección de Gobierno provisorio, toda mi actividad se limitó a dar consejos. Fue, según me parece, el 4 de mayo en el calendario occidental. Las tropas sajonas parlamentaron;

yo aconsejé a Zschirner que no se dejara adormecer, pues era evidente que el gobierno no trataba sino de ganar tiempo en la espera de ayuda prusiana a Zschirner que suspendiera inútiles conversaciones, que no perdiera el tiempo y aprovechara de la debilidad de las tropas para apoderare de toda la ciudad de Dresde. Le ofrecí reunir a todos los polacos que conocía -había gran número de ellos en Dresde- y llevar con ellos, al arsenal, al pueblo que reclamaba armas. Todo el día se perdió en conversaciones. Al día siguiente Zschirner se acordó de mis consejos y de mi proposición, pero las circunstancias habían cambiado. Los ciudadanos se habían dispersado con sus armas y el pueblo había perdido su entusiasmo. Los francotiradores no habían llegado todavía en número suficiente. A lo que parece, asonaban ya los primeros batallones prusianos. Pero, cediendo a la demanda de Zschirner y más aún a sus promesas, fui en busca de Heltman y de Krzyzanowski y los persuadí, no sin trabajo, de que tomaran parte conmigo en la revolución de Dresde, haciéndoles ver qué favorables consecuencias podría tener un éxito para la revolución de Bohemia que era nuestra aspiración. Consintieron y acudieron al *Hotel de Ville*, en donde tenía su sede el Gobierno provisorio, acompañados por un tercer oficial polaco que me era desconocido. Convinimos entonces con Zschirner una especie de tratado: en primer lugar nos declaró que no le bastaría, si triunfaba la revolución, el reconocimiento del Parlamento de Francfort y de la constitución francfortense, sino que proclamaría la república democrática. En segundo lugar, se comprometió a ser nuestro auxiliar y fiel aliado en todas nuestras empresas eslavas. Nos prometió dinero, armas, en una palabra todo lo que tendríamos necesidad para una revolución en Bohemia. Nos pidió tan sólo que no dijéramos nada a Todt ni a Heubner, a quienes calificaba de traidores y reaccionarios.

Así, pues, nos instalamos detrás de una mampara en la sala del Gobierno provisorio, Heltman, Krzyzanowski, el oficial polaco ya mencionado y yo. Nuestra situación era más que singular: componíamos nosotros una especie de Estado Mayor, ante el Gobierno provisorio, el cual ejecutaba todas nuestras órdenes sin contradicción, pero independientemente de nosotros y de hasta del Gobierno Provisorio, el teniente Heinse comandaba a la milicia revolucionaria. Este nos consideraba con evidente malevolencia, hasta con animosidad. No sólo no cumplía ninguna de nuestras órdenes, que le eran transmitidas bajo la forma de instrucciones del Gobierno Provisional, sino que hasta actuaba al revés de éstas, de manera que todos nuestros esfuerzos resultados inútiles. Durante veinticinco horas, no pedimos sino quinientos o aun trescientos hombres a quienes queríamos conducir al arsenal, pero no conseguimos reunir cincuenta. No porque faltaran sino porque Heinse no permitía que nadie se nos juntara y dispersaba a todo el mundo en la ciudad, no bien llegaban nuevas fuerzas. Estuve entonces, y sigo estando convencido de que Heinse era un traidor, y no puedo concebir que haya sido condenado como criminal político. El contribuyó a la victoria de las tropas en una medida mucho más grande que las tropas mismas las cuales, conforme lo he dicho ya, actuaban con mucha, con infinita timidez.

Al día siguiente -era creo, el 6 de mayo- mis polacos y Zschirner con ellos, desaparecieron.[82] Ello ocurrió del modo siguiente. Heubner… pero no puedo acordarme de él sin profunda tristeza. Yo no lo conocí antes, pero aprendí a conocerlo durante esos pocos días. En semejantes circunstancias uno se conoce rápidamente. Rara vez he visto hombre más puro, más noble, más honesto. Su índole, sus tendencias, pero no sus ideas, no lo predestinaban a actividades revolucionarias. Era de apacibles costumbres. Acababa de casarse y estaba apasionadamente enamorado de su mujer y sentía más disposiciones a escribirle versos sentimientos que a formar parte de un Gobierno revolucionario, en el cual se había embarcado, por lo demás como Todt, a causa de una casualidad. Si se halló en eso fue a causa de faltas cometidas por sus camaradas constitucionales, que lo eligieron aprovechando de su abnegación con la esperanza de paralizar las tendencias democráticas de Zschirner. El mismo

[82] Bakunin escribió a su defensor que cuando huyeron los polacos, él no quiso huir, porque consideraba que, como ruso, debía evitar ese acto. Testimonios posteriores, entre ellos el del doctor Enno Sander, ratifican lo dicho por Bakunin. (M. N.)

no veía en esta revolución sino una guerra santa y legítima para la unidad alemana, de la que era apasionado y un poco iluso adorador. Había creído no tener derecho a rehusar un puesto peligroso y lo admitió. Dado su consentimiento, quiso llenar su rol honestamente y hasta el fin, y realmente hizo el más grande de los sacrificios en aras de lo que consideraba justo y cierto.[83] Yo no diría nada de Todt. Desde el comienzo se le vio desmoralizado por la contradicción existente entre su antigua y su nueva situación y escapó en varias ocasiones. En cambio, debo decir una palabra sobre Zschirner. Zschirner era el jefe reconocido del partido democrático de Sajonia. Fue él quien preconizó, preparó y desencadenó la revolución. Pero, a la primera amenaza de peligro, fugó y lo hizo a consecuencia de un simple rumor inexacto y sin fundamento, en suma, se reveló ante todos, amigos y enemigos, como un canalla y cobarde. Reapareció poco después, pero el solo hecho de hablarle me causaba molestia y no le dirigía la palabra a Heubner, por quien sentía amistad y a quien respetaba con toda mi alma. Los polacos habían desaparecido igualmente. Sin duda, se creían destinados a conservarse para la Patria polaca. Desde esa época no he vuelto a ver a un solo polaco. Esos fueron mis últimos adioses a la nación polaca. Pero he interrumpido mi relato; Heubner y yo subimos a las barricadas, de una parte por alentar a los combatientes, y de otra parte para formarnos un poco sobre la situación general, de la que nadie en las tropas del Gobierno Provisional tenía la más pequeña idea. Al volver supimos que Zschirner y los polacos asustados por una falsa arma, habían preferido alejarse y nos aconsejaban hacer otro tanto. Heubner decidió quedarse; yo hice lo mismo. Luego regresó Zschirner y, después de él, Todt; pero éste último no se quedó mucho rato y desapareció pronto, definitivamente.

Me quedé. No porque tuviera fe en el éxito. Aquellos señores Zschirner y Heinse habían echado a perder de tal manera la situación que sólo un milagro habría podido salvar a los demócratas. Restablecer la disciplina, era absolutamente imposible. Todo estaba enmarañado a tal punto que nadie sabía dónde tenía la cabeza ni a quién dirigirse. Estaba seguro de la derrota, pero me quedé. Primero, porque no podía decidirme a abandonar al pobre Heubner, que parecía un cordero resignado al sacrificio; luego, razón aun más imperiosa, yo era ruso, es decir estaba mucho más expuesto que los demás a infames sospechas y a incesantes calumnias. Al igual de Heubner me sentía obligado a resistir hasta el fin.

No puedo, Sire, darle cuenta detallada de los tres o cuatro días que pasé en Dresde después de la fuga de los polacos. Hacía gestión tras gestión, daba consejos y órdenes, y formaba por decirlo así, solo yo, todo el Gobierno Provisorio. En suma, hice todo cuanto estaba en mi mano para salvar la revolución, una revolución desfalleciente y perdida. No dormía, no comía, no bebía, ni siquiera fumaba. No podía más y me era imposible ausentarme un solo minuto de la sala de Gobierno, de miedo de que Zschirner se escapara de nuevo y dejara abandonado a Heubner. Convoqué muchas veces a los jefes de barricadas, traté de imponer un poco de orden, de concentrar las fuerzas con miras a una ofensiva, pero todas mis medidas eran frustradas en su génesis por Heinse, de manera que toda esta actividad tensa y febril resultaba inútil. Algunos comunistas, jefes de barricadas, tuvieron la idea de quemar Dresde y reducir muchas casas a cenizas. Nunca di la orden de hacerlo. Lo hubiera consentido, por lo demás si hubiera creído que se habría podido salvar la revolución sajona por medio de incendios. Nunca he podido concebir que se pueda uno lamentar más por las casas y las cosas inanimadas que por los hombres. Los soldados sajones y prusianos, se entretenían en disparar sobre inofensivas mujeres que miraban a sus ventanas, y esto no sorprendió a nadie. Pero cuando los demócratas se lanzan a incendiar casas para su propia defensa, todo el mundo grita: "barbarie". Además es preciso decir que los soldados alemanes tan buenos, tan morales y tan cultivados evidenciaron en Dresde infinitamente más barbarie que los demócratas. Yo mismo fui testigo de la indignación con la que algunos demócratas, todos ellos personas sencillas, se arrojaron sobre uno de los suyos que se había dejado arrastrar al acto de injuriar a soldados prusianos

[83] Se lamenta por Heubner, que quedó encerrado en su prisión sajona, hasta 1859. Todt y Zschirner se hallaban refugiados en Suiza, igual que Ricardo Wagner. (M. N.)

heridos. Pero ¡ay del demócrata que caía entre las manos de los soldados! Los señores oficiales aparecían rara vez, se manejaban con mucho cuidado, pero habían ordenado a los soldados no hacer prisioneros. Igualmente, en las casas conquistadas, se ultimó, apuñaleándolas o fusilándolas, a muchas personas que nunca habían tenido la idea de participar en la revolución. Así fue cómo apuñalearon, en unión de su ayuda de cámara, a un joven príncipe, que era hasta pariente, si no me equivoco, de uno de los pequeños soberanos alemanes y que había llegado a Dresde para curarse los ojos.[84] Este hecho no me fue contado por demócratas, sino que lo conozco por una fuente absolutamente segura, a saber, por suboficiales que habían tomado parte activa en los acontecimientos de Dresde y a quienes, como consecuencia, se encargó de mi vigilancia. Trabé amistad con varios de ellos y así supe, durante mi residencia en la fortaleza de Königstein, muchas cosas que están muy lejos de hablar en favor de la humanidad, el coraje y la inteligencia de los señores oficiales, sajones y prusianos. Pero vuelvo a mi relato.

Yo no ordené los incendios, pero tampoco permití que bajo pretexto de extinguirlos se entregara la ciudad a las tropas. Cuando fue evidente que Dresde no podría ser ya defendida, propuse al gobierno Provisional que se hiciera saltar, él y el *Hotel de Ville*. Para esto tenía suficiente pólvora. Pero se negaron. Zschirner escapó de nuevo y no lo volvía a ver. Heubner y yo dimos la orden de retirada general. Esperamos todavía un poco de tiempo, hasta que nuestras órdenes fueron ejecutadas. Luego nos retiramos con toda la milicia, llevándonos toda nuestra pólvora, nuestras municiones y nuestros heridos. Todavía hoy no puedo concebir cómo pudimos lograr retirarnos, cómo nos dejaron hacerlo, sin apelar a la fuga, en regla y buen orden, cuando era tan fácil que nos aniquilaran enteramente a campo raso. Quizá pensaría que fueron sentimientos de humanidad los que detuvieron a los jefes de las tropas, si es que, según lo que vi antes y después de mi encarcelamiento, pudiera creer todavía en su humanidad. No puedo hallar para ello más que una sola explicación. Me digo que en el mundo todo es relativo y que las tropas alemanas, igual que los gobiernos alemanes, fueron creados para luchar contra los demócratas alemanes.

Sin embargo, aunque nuestra retirada fuera ejecutada con un orden, nuestras tropas se desmoralizaron totalmente. Cuando llegaron a Freiberg, yo tenía la intención de continuar la guerra en los confines de Bohemia -siempre contaba con la insurrección de Bohemia-, y nos esforzábamos en alentar a nuestros hombres y restablecer la disciplina entre ellos. Pero era del todo imposible; todos se hallaban fatigados, extenuados; habían dejado de creer completamente en el éxito. Y nosotros mismos, nos manteníamos mal que bien, por un último esfuerzo, por una última tensión enfermiza. En Chemnitz, en vez de la esperada ayuda, encontramos la traición. Ciudadanos reaccionarios nos detuvieron en nuestras casas para entregarnos a las tropas prusianas. La comisión de investigación sajona se asombró, después, de que yo me hubiera dejado prender sin hacer una tentativa de liberación. Y, en efecto, habría sido posible escapar a los burgueses, pero estaba agotado y sin fuerzas, no sólo en lo físico sino más aún en lo moral, y me era del todo indiferente la suerte que me esperaba. Me limité a destruir en el camino mi "carnet". Yo esperaba ser fusilado al término de algunos días, como Robert Blum en Viena, y mi único temor era el de ser entregado al Gobierno Ruso. Mi esperanza no se cumplió: el destino me reservaba distinta suerte. Así acabé mi vida, inútil, vacía y criminal, no quedándome más que dar gracias a Dios porque El me haya detenido en la ruta que conduce a toda clase de crímenes.

[84] Detalle histórico. (M. N.)

BAKUNIN PIDE LA MUERTE, CASTIGO CORPORAL O TRABAJOS

¡He terminado mi confesión, Sire! Ella ha aliviado mi alma. Me he esforzado por exponer todos mis pecados sin olvidar nada esencial. Si algo olvido es por descuidado. Y en las deposiciones, acusaciones y denuncias dirigidas contra mí, todo cuanto se halle en contradicción con lo que aquí digo, es absolutamente falso, erróneo o calumnioso.[85]

Y ahora, me dirijo de nuevo a mi Soberano, y cayendo a los pies de Su Majestad Imperial, le imploro:

Sire: ¡soy un gran criminal y no merezco gracia! Lo sé, y si me hubieran condenado a la pena capital, la habría aceptado como merecido castigo casi con alegría: me habría librado de una existencia intolerable. Pero, el conde Orloff me ha hecho saber, de parte de Su Majestad Imperial, que la pena capital no existe en Rusia. ¡Sin embargo, Sire, yo le suplico, si la ley no se opone a ello y si el ruego de un criminal logra conmover el corazón de Su Majestad Imperial, no me deje consumirme en perpetua reclusión! No me castigue por mis pecados alemanes con un castigo también alemán. Si los trabajos forzados más duros debieran ser mi destino, los aceptaría con gratitud y como una gracia; cuanto más penoso sea el trabajo, más fácilmente olvidaré. Pero en la reclusión se acuerda uno de todo, y se recuerda inútilmente. La inteligencia y la memoria se trasforman ahí en inexplicable suplicio. Se vive largo tiempo, se vive a pesar de uno mismo, y, sin morir, se muere día a día en medio de la inactividad y la angustia. ¡En ninguna parte, ni en la fortaleza de Königstein, ni en Austria, he estado mejor que aquí en la fortaleza de Pedro y Pablo, y quiera Dios conceder a todo hombre libre el encontrar un jefe tan bueno y tan humano como el que he hallado aquí, por inestimable felicidad! Sin embargo, si pudiera escoger, yo preferiría, en vez de la reclusión perpetua en la fortaleza, no sólo, según creo, la muerte, sino hasta el castigo corporal.

Otro ruego, Sire: permítame, por única y última vez, ver a mi familia y despedirme de ella, si no de todos, al menos de mi anciano padre, de mi madre y de mi hermana preferida, de quienes ni siquiera sé si viven todavía.

Concédame, oh el Más Gracioso de los Soberanos, estas dos grandes mercedes y bendeciré a la Providencia que me libertó de las manos de los alemanes para entregarme a los paternales de Su Majestad Imperial.

Ya que he perdido el derecho de llamarme fiel súbdito de Su Majestad Imperial, firmo, con sincero corazón, el criminal arrepentido

Mijail Bakunin.

"No veo para él otra salida que la deportación a Siberia". Conde Dolgorukof

---

De la propia mano de Su Majestad, se nota escrito a lápiz lo siguiente:

"Consiento que vuelva a ver a su padre y a su hermana en presencia de G. Nobokov".

---

[85] Al revisar nuevamente esta "Confesión", que parece a ratos verdaderas Memorias, he sacado la impresión de que Bakunin quería dar al Zar la sensación de que todos sus planes habían fracasado y que carecía de peligrosidad. Alterna de este modo el tono ritual, de respeto y hasta humildad litúrgica indispensable para hablar al Soberano, y una audacia difícil de igualar para hablarle de cuestiones peligrosas y hasta insolentes. En la corte zarista reconocían el carácter de de este documento. Un hermano de Bakunin supo en 1851 que una prima de Madame K. I. Elaquin, que vivía en la Corte, decía en una carta a ésta, refiriéndose a la Confesión, que era "hecha de manera muy inteligente, lisa como una serpiente". (M. N.)

A pesar de lo anterior, Bakunin permaneció en la fortaleza de Pedro y Pablo y, luego, en la prisión de Schluselburgo, a donde lo condujeron en 1854, a consecuencias del temor de que los ingleses, vencedores del Zar en Crimea, pudieran llegar a San Petersburgo y poner en libertad a Bakunin. – Nicolás I murió en febrero de 1855. Entretanto, sumamente enfermo en su celda, Bakunin se decidió en 1857, a dirigirse a Alejandro II, hijo de Nicolás. Alejandro conmutó la pena de cárcel perpetua por la deportación a Siberia, a donde fue enviado el 27 de marzo de 1857.

La carta a Alejandro II dice así:

MAJESTAD IMPERIAL
MUY GRACIOSA MAGESTAD

Se ha dignado completar las múltiples gracias con que me colmó Su Padre magnánimo y de imperecedera memoria, y Su Majestad misma, al agregar una nueva merced, inmerecida, pero que yo acepto con el más profundo reconocimiento. Me ha concedido permiso para escribirle. Pero ¿qué puede escribir un criminal, sino implorar la clemencia de su Soberano? Así, pues, Sire, me está permitido invocar a Su Clemencia, me está permitido esperar. Desde el punto de vista de la justicia, toda esperanza de mi parte sería locura; pero, ante Su Clemencia, Sire, ¿acaso es locura esperar? Un débil corazón torturado quisiera creer que la presente gracia es ya la mitad del perdón; y debo apelar a toda la firmeza de mi espíritu para no dejarme arrastrar por una esperanza seductora, pero prematura y tal vez vana.

Cualquiera que, por lo demás, sea la suerte que me reserva el porvenir, imploro ahora de Su Majestad permiso para abrir mi corazón ante Ella, y hablarle, Sire, tan sinceramente como lo hiciera ante Su Difunto Padre, cuando Su Majestad se dignó prestar oídos a la confesión completa de mi vida y de mis actos. Cumplí la voluntad del Difunto Soberano, que me fue transmitido por el conde Orloff; me confesé a El, tal como un hijo espiritual se confiesa con su confesor, sin ningún pensamiento oculto. Pero aunque ya compuesta mi confesión, lo recuerdo, como si fuera un pasado todavía próximo, ella no pudo, por su espíritu, hallar la aprobación del Zar; nunca he tenido, no obstante, el menor motivo para lamentar mi sinceridad, sino que, muy por el contrario, ya que a ella y a la magnanimidad del Soberano es lo que debo atribuir el indulgente endulzamiento impuesto a mi reclusión. Y, una vez más ahora, Sire, no puedo ni quiero fundar mi esperanza en la posibilidad de perdón sino en una absoluta y total franqueza.

Conducido de Austria a Rusia en 1851, había yo olvidado la clemencia de las leyes del país y esperaba la muerte pensando que la tenía ampliamente merecida. Tal perspectiva no me atormentaba mucho. Hasta deseaba abandonar lo más rápidamente posible la vida que no tenía para ningún consuelo en lo porvenir. La idea de que iba a pagar mis faltas con la vida me reconciliaba con el pasado, y, en la espera de la muerte, creí casi tener razón.

Pero la magnanimidad del Difunto Zar se dignó prolongarme la vida y suavizar mi suerte en la misma reclusión. Era una gracia inmensa, y sin embargo, esa gracia del Zar se ha convertido para mí en el peor de los castigos. Después de haberme despedido de la vida, me vi obligado a volver a ella, y experimentar hasta qué punto son peores los sufrimientos morales que los físicos. Si mi reclusión hubiera sido agravada por un régimen severo, asociado a privaciones mayores, tal vez lo habría soportado fácilmente. Pero una reclusión suavizada se convierte hasta los más extremos límites, dejando libertad al pensamiento, en suplicio. Los vínculos de familia, que consideraba ya como rotos para siempre, se reanudaron por el generoso permiso para volver a ver a los míos, y esos vínculos han renovado en mí el apego a la vida. Mi corazón agriado se ha ablandado poco a poco al cálido soplo del amor paterno. La fría indiferencia que yo consideraba primero como quietud, cedió poco a poco su puesto a un ardiente interés por la

suerte de mi familia que yo había perdido de vista desde hacía tiempo, y con la pena de la felicidad perdida y de una apacible vida familiar, mi alma sintió despertar la aflicción profunda e indeciblemente dolorosa de haber destruido sin remedio y por mi propia culpa, la posibilidad de ser un día el ejemplo de mis cinco hermanos, el sostén de mi familia, un servidor útil y capaz para mi Patria. El testamento de mi padre moribundo, a quien nunca dejé de amar y respetar con todo mi corazón, aun en la época en que actué sin tener en cuenta sus recomendaciones; su bendición suprema trasmitida por mi madre, que me fue concedida a condición de que me arrepintiera sinceramente, encontraron en mí el corazón presto a abrirse y conmoverse después de largo tiempo.

Sire, la reclusión es el más terrible de los castigos. Sin esperanza, sería peor que la muerte. Es la muerte en la vida misma, la destrucción lenta, consciente y día por día sentida en todas las fuerzas físicas, morales e intelectuales del hombre. Cada día se siente uno más indiferente, más decrépito, más embrutecido, y cien veces al día invoca a la muerte como una liberación. Pero ese asilamiento atroz tiene al menos una ventaja inmensa e indudable; coloca al hombre frente a la verdad de sí mismo. En medio del tumulto de la existencia mundana, entre la corriente de los acontecimientos, se cede fácilmente al encanto y a las ilusiones del amor propio; pero, en la forzada inactividad de la reclusión, en medio del silencio sepulcral del aislamiento perpetuo, es imposible engañarse mucho tiempo. Si el hombre conserva una sola chispa de verdad, verá ciertamente entonces toda su vida pasada en su valor y bajo su aspecto real. Y si esa vida ha sido hueca, inútil y perniciosa como lo fue mi pasado, el prisionero se convierte en su propio verdugo. Y si dura la implacable conversación consigo mismo y sobre sí mismo, por agudos que sean los pensamientos que entonces nazcan, una vez que esa conversación se inicie nadie puede interrumpirla. Eso lo sé por una experiencia de ocho años.

Sire: ¿con qué nombre calificaría mi pasado? Dilapidado entre aspiraciones quiméricas y vanas, ha concluido en un delito. Sin embargo, yo no fui ni interesado ni malo; yo amaba ardientemente el bien y la verdad y estaba listo a sacrificarme en su nombre; pero erróneos principios, una situación falsa, un amor propio culpable me arrastraron a extravíos criminales; y, una vez entrado en el mal camino, consideré de mi deber y de mi honor seguirlo hasta el final. Eso me ha conducido al abismo en que he caído y del que sólo me puede sacar la mano todopoderosa y redentora de Su Majestad.

¿Merezco semejante gracia? Tan sólo puedo decir lo siguiente: durante los ocho años de mi reclusión y más especialmente durante estos últimos tiempos he sufrido torturas cuya sola posibilidad ignoraba. Lo que me atormentaba no era el haber perdido los goces de la vida, sino la conciencia de haberme condenado yo mismo a la nada, de no haber ejecutado, durante mi vida, sino crímenes, de no haber sabido ser útil a mi familia, sin hablar de la gran Patria contra la cual traidoramente osé levantar mi impotente mano. De este modo, la misma gracia del Zar, el amor y los tiernos cuidados de mis cosas que yo no había merecido en lo absoluto, se han transformado para mí en un nuevo suplicio. Envidiaba a mis hermanos que han podido probar con actos el amor que tenían a su madre; que, Sire, han podido servir a Su Majestad y a Rusia. Pero cuando toda Rusia se alzó, al conjuro del Zar, contra los enemigos coligados; cuando, como los demás mis cinco hermanos tomaron las armas y, abandonado a su anciana madre, a sus familias y sus hijos pequeños, cuando ellos formaron con sus cuerpos un parapeto para la Patria, entonces maldije mis errores, mis extravíos y mis crímenes por haberme condenado a una inactividad vergonzosa, aunque obligada, en el momento en que habría podido y debido servir al Zar y a la Patria. Mi situación se me hizo intolerable, la angustia se apoderó de mí y no pedí sino una sola cosa: la libertad o la muerte.

Sire, ¿quería más le diré? Si pudiera recomenzar mi vida, la guiaría de otra manera; pero, ay, ¡el pasado no vuelve! Si pudiera borrar el mío, con hechos, suplicaría que se me otorgara la posibilidad de hacerlo: mi espíritu no retrocedería ante las pruebas de un servicio expiatorio; me sentiría feliz de borrar mis crímenes con mi sudor y mi sangre. Pero, mis fuerzas físicas no

corresponden en nada a la fuerza y la frescura de mis sentimientos y deseos: la enfermedad me ha vuelto incapaz de todo. Aunque no soy viejo de edad -tengo cuarenta y cuatro años- los últimos años de reclusión han agotado mis últimas fuerzas, roto el resto de mi juventud y de mi salud. Me hago el efecto de un anciano y siento que no me queda mucho tiempo por vivir. No extraño una vida sin actividad ni utilidad; un solo deseo alienta aún en mí: respirar por última vez en libertad, echar una mirada al cielo claro, al frescor de los campos, volver a ver la casa de mi padre, inclinarme sobre su tumba y, consagrando el resto de mis días a mi madre afligida por la suerte de su hijo, prepararme dignamente para la muerte.

Ante Usted, Sire, no siento vergüenza de confesar mi debilidad. La digo abiertamente: la idea de morir en la soledad de la reclusión me espanta -esta idea me atemoriza más que la muerte misma-; y desde lo más profundo de mi corazón, desde lo más profundo de mi alma, suplico a Su Majestad que me liberte, si es posible, de este castigo supremo y atroz.

Cualquiera que sea el juicio que me reserve el porvenir, en él me someto de antemano, resignadamente, porque será emitido con toda justicia, y me atrevo a esperar, Sire, que me será permitido, esta última vez, expresar ante Usted mis sentimientos de profunda gratitud hacia Su Padre de Imperecedera Memoria y hacia Su Majestad por todas las gracias que me han sido concedidas. Un criminal suplicante

Mijail Bakunin.

14 de febrero de 1857.

Trasladado a Siberia, Bakunin permaneció ahí cuatro años, hasta 1861, en que escapó por el Japón y volvió a Europa a seguir su vida de revolucionario, más incansablemente que antes, según queda narrado en el prólogo que precede a esta “Confesión”.